

Cuentos de Tomás Carrasquilla Naranjo

Fecha de Publicación:
1964-01-01

Portada:

CUENTOS

Tomás Carrasquilla



Descripción:

Contiene los cuentos: En la diestra de Dios Padre, Simón el mago, San Antoñito, El prefacio de Francisca Vera, La mata, A la plata, Rogelio, Blanca, Dimitas Arias, El ánima sola y El rifle

DC.Identifier:

1070191

Ficha:

Sin ficha

CUENTOS DE TOMÁS CARRASQUILLA NARANJO

Presidencia de la República ~ 1996

Ernesto Samper Pizano

Presidente de la República

Jacquin Strouss de Samper

Primera Dama de la Nación

José Antonio Vargas Lleras

Secretario General de la Presidencia de la República

Juan Gustavo Cobo Borda

Asesor Cultural Presidencia de la República

Rafael Lamo Gómez

Subdirector Departamento Administrativo
de la Presidencia de la República

Jaime Jaramillo Uribe

Fernando Charry Lara

Hernando Valencia Goelkel

Consejo Asesor

María Teresa Pineda Buenaventura

Gerente General

Imprenta Nacional de Colombia

Nubia Cely

Oficina de Contratos

Magistra Editores

Asesoría Editorial

Ana Virginia Isaza

Diseño de cubierta

ISBN 958-18-0130-8

ISBN 958-18-0127-8 OBRA COMPLETA

Imprenta Nacional de Colombia

Edición e Impresión

1996

Biblioteca Familiar Colombiana

Ernesto Samper Pizano
Presidente de la República

En los hogares del país se requiere siempre tener a mano un repertorio básico de textos claves sobre Colombia.

Con este objeto la Presidencia de la República inicia la Biblioteca Familiar Colombiana compuesta por treinta títulos. Ensayo, historia, economía, novela y poesía, relatos infantiles, miradas extranjeras sobre el país, humor e ideas. Se busca así brindar una visión renovada de nuestra tradición y proyectar los nuevos caracteres de una sociedad en transformación, como es la colombiana de hoy, dentro del gran énfasis que este gobierno del Salto Social ha puesto en la educación.

Una educación para ser más libres, responsables y participativos, donde nuestras visiones se enriquezcan al contacto con el mundo.

La detallada lectura de un libro bien puede cambiar el destino. Definir una vocación. Abrir un horizonte. Brindar válidos instrumentos críticos para el análisis y transformación de una realidad compleja como la nuestra. También un buen libro puede contribuir a depararnos el simple y gratificante placer de su desinteresada lectura. Que ojalá las páginas de estos 30 volúmenes contribuyan a querer más a Colombia, orgullosos de su capacidad intelectual y de las obras admirables que sus creadores literarios han producido para vernos mejor a nosotros mismos, con mayor tolerancia comprensiva y también para que los hijos de esta Colombia que se supera a

sí misma cada día compartan la alegría de leer. Leamos entonces a Colombia para entenderla y sentirla en forma más justa a través de estos 30 títulos.

~ Tomás Carrasquilla Naranjo

Prólogo

Tomás Carrasquilla Naranjo nació en un pequeño pueblo minero de Antioquia, Santo Domingo, el 17 de enero de 1858, época de intensas agitaciones políticas en Colombia, al borde de una nueva guerra federalista, y el año en que se publicó esa pequeña obra maestra del costumbrismo, *Manuela*, de Eugenio Díaz. Carrasquilla era hijo de un ingeniero, habitualmente ausente del hogar por razones de trabajo, y de una devota ama de casa que al parecer impulsó en su hijo el gusto por la lectura. Poco se sabe de los primeros años de Carrasquilla. El norteamericano Kurt Levy, su más completo estudioso y biógrafo, supone que Carrasquilla fue un "diablo" y un niño buscaproblemas: metiche, altanero, sabelotodo. Pero sus hermanos, tías y abuelos lo adoraban por su carácter risueño, imaginativo y sus aires intelectuales.

Su familia no era adinerada, pero tampoco sufría penurias. Poseía pequeñas propiedades y estaba vinculada al próspero, aunque riesgoso, negocio de extracción de oro. Hay que situarse en aquellos lejanos años de la sexta década del siglo XIX para comprender un poco mejor el contexto en que vivió el futuro escritor. Antioquia era uno de los más conflictivos estados federales, habitualmente enfrentada al centralista estado de Cundinamarca o al hostigante Cauca dirigido por Tomás Cipriano Mosquera. La ventaja de Antioquia consistía en su creciente poderío económico y su vigoroso proceso de modernización agrícola e industrial vivido durante el período federal (1856-1885). Tenía la tasa de natalidad más alta -las mujeres habitualmente parían entre cuatro y doce hijos-, pero también el analfabetismo más bajo, pues en esta época se fundaron muchos colegios católicos y laicos, normales y la Universidad de Antioquia.

Los antioqueños representan, sin duda alguna, como región y tipología humana en Colombia un caso especial, extraordinario. Entre la tradición y la modernidad, el amor al terruño y el ánimo de colonización, el respeto a los más ancestrales ritos católicos y la tendencia a la anarquía, el culto feroz al dinero y el derroche desbordado, los "paisas" -como habitualmente llamamos a los antioqueños- forjaron una cultura dominante durante el siglo XIX que finalmente sería desplazada en 1886 por los centralistas Núñez y Caro, quienes prefirieron volver capital del país a la atrasada y fea Bogotá, antes que a la pujante Medellín.

Poblada en el período de la Conquista, aparentemente por laboriosos vascos y andaluces, y enfrentada a una naturaleza brusca rodeada por montañas, bosques y

selvas, Antioquia desafió estos obstáculos y a finales del siglo XIX presentaba altos índices de crecimiento industrial y financiero, impulsados por la extracción de oro en más de tres mil minas, el cultivo del café, el negocio en maderas y una vigorosa colonización de campesinos que "tumbaron monte" y convirtieron en zonas agrícolas vastas regiones: por el sur hasta el Cauca, Chocó y el gran Caldas, por el norte hasta Urabá y Córdoba, y por el oriente hasta el Magdalena Medio en límites con Boyacá y Cundinamarca.

Seguramente el niño Tomás Carrasquilla asumió prontamente estas circunstancias antagónicas, acentuando su regionalismo al tiempo que fortalecía el sentido de que su provincia era particularmente superior dentro del contexto colombiano al punto de hacerle decir antes de morir: "¡Antioquia, Antioquia! ¡No saben lo que es Antioquia!". Carrasquilla estudió su primaria en varias escuelas, pero recordó con especial amor la del Tullido, protagonista de su cuento "Dimitas Arias", donde seguramente recibió clases con base en la trilogía educativa de la época: la *Ortografía* de José Manuel Marroquín, las *Doctrinas* ultracatólicas del padre Astete y las *Reglas de Urbanidad* de Manuel Carreño.

A los 15 años, en 1873, Carrasquilla viajó a Medellín e ingresó en cursos preparatorios en la Universidad de Antioquia. La parranda, "la pereza y algo más de los pecados capitales, a quienes siempre he rendido ardiente culto", como recordaba el propio Carrasquilla en su corta y divertida *Autobiografía* de 1915, lo marcaron como uno de los alumnos más vagos. En una carta a su mamá de 1873 el adolescente, con pésima ortografía, excusa sus faltas, pero alivia el castigo comentando que ganó un discurso de oratoria que probablemente iba a ser publicado en Madrid: "Me parece que inútil contarle todos los moños que he hecho donde las Echavarrias y todas las veces que ago falta al colejo... Espero en la semana que entra una cartica mas dulce que la almibara y yo le prometo una de una resma". Al año siguiente, en 1874, el rector de la Universidad, en una sola frase resumió el fracaso académico del joven Carrasquilla: "La lectura constante de novelas perjudicó mucho a este alumno".

En 1876 Carrasquilla ingresó a la facultad de Derecho, pero la guerra civil entre liberales y conservadores interrumpió los estudios y el "loquito y filipichín" Carrasquilla no se unió a las tropas de ninguno de los dos bandos, alegando que "en estas cosas yo prefiero que otros peleen por mí". Regresó a su pueblo y comenzó a trabajar como sastre. Entre 1879 y 1891 fue secretario y luego juez municipal. En estos años contribuye a fundar la biblioteca pública de Santo Domingo y seguirá leyendo de todo: "bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo". Se refería a lecturas de obras de Pereda, la Pardo Bazán, Galdós, Zola, Flaubert y Guillermo Valencia. Además continuaba en sus lides amorosas, perseguía a sus primas, asistía a cuanta fiesta y paseo se organizaba, hablaba con mineros y campesinos, oía los chismes de comadres en la cocina de su casa y memorizaba los cuentos de medianoche que recitaban familiares y amigos.

Invitado en 1890 por el futuro presidente de la república y en esa época literato, Carlos E. Restrepo, Carrasquilla se compromete a escribir un cuento para ingresar al Casino Literario de Medellín. Aquella noche entre asombro, risas y extrañeza los asistentes oyeron "Simón el mago". Al final un estruendoso aplauso de reconocimiento servía de calificación para que Carrasquilla, a sus 31 años, adquiriera carta de ciudadanía en el mundo literario. Pero no imaginaba Carrasquilla lo que vendría, pues como decía el escritor norteamericano Truman Capote, "cuando Dios le da a uno un don también le da un látigo y ese látigo es para flagelarse".

En "Simón el mago" ya se hallan plenas todas las características de la obra carrasquilleana. Está definido que contará historias de su Antioquia amada, que transcribirá literalmente en la narración y en los diálogos la forma de hablar típica de sus habitantes y que lo hará con gran humor así los hechos degeneren en tragedia. Es decir, se declara regionalista, realista y antimodernista. Lo extranjero le enardece, pero sobre todo por el hecho de copiar sin criticar. En asuntos literarios sus ideas son tradicionales, firmes aunque no dogmáticas. Por estos años, en una carta, recuerda una velada escandalosa que hubo en la biblioteca de Santo Domingo, donde un invitado cuestionó que no se admitieran obras prohibidas por la Iglesia. Alegaba que los libros de Voltaire, Balmer, Spencer, Darwin tenían derecho a ser leídos. La oposición fue cerrada e incluso Carrasquilla se declaró preocupado ante ese "ese rojismo tan subido de punto, que no cree ni en mi Dios ni en Santa María, y entregado a toda la herejía malina de esos hombres sabidos que dicen que un cristiano no fue criado por su Divina Majestá sino que todos venimos de los micos, y que semos micos".

Carrasquilla en 1894 comienza a redactar su primera novela *Frutos de mi tierra*, ante el reto que le han impuesto sus amigos, quienes niegan que Antioquia diera para "materia novelable". Carrasquilla sí lo cree y asume su tarea bajo el ideal flaubertiano de que no hay malos temas, sino malos novelistas. Todo tema o personaje, por mediocre o ridículo que fuera, podía ser elevado a la altura del Arte si el autor se lo proponía.

Seguramente no fue fácil para Carrasquilla construir su primera novela. Su modelo, en algún sentido, eran las novelas de Galdós, pero más que eso, su verdadero faro literario lo constituía su instinto soberbio y recursivo. Ciego, inseguro y dándose golpes llegaría hasta el final. Cuando repartió los manuscritos con el ánimo de escuchar opiniones, las reacciones fueron encontradas. José Manuel Marroquín encontró la novela detestable, pero conocidos como José Asunción Silva y amigos fieles como Antonio José Restrepo lo estimularon a publicarla. Para lograrlo tuvo que viajar, por primera vez, a la lejana Bogotá: primero en barco de vapor hasta Honda, luego en mula hasta Facatativá y finalmente en tren hasta Bogotá. Como a Gabriel García Márquez en 1940, a Tomás Carrasquilla en 1895 la visión de la capital lo deprimió absolutamente: "Bogotá es una ciudad muy fea. Es una vieja emperifollada, a quien los adornos empeoran. El sol es aquí un astro enfermo que no alumbra. El color dominante es el negro en el vestido de hombres y mujeres. Yo tengo nostalgia de mi tierra, por la cal, por el bolo y por las ventanas apartadas y por la gente vestida de color".

Con *frutos de mi tierra* (1896) Carrasquilla inauguraba una etapa de la novela colombiana. Rafael Maya, otro de sus más entusiastas estudiosos y divulgadores, la opuso a *María* (1867) de Isaacs, que había acostumbrado al país a esperar de las novelas, amor, romanticismo y ensoñamiento, en tanto que la novela de Carrasquilla, dura y directa en el cruel retrato de una familia antioqueña, hacía lo contrario. Carrasquilla, pues, fundaba el piso de la novela realista en Colombia, que en su proceso se consolidaría con *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *El día del odio* (1956) de José Antonio Osorio Lizarazo hasta llegar a su punto más acabado, *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez.

Por su parte Carrasquilla se tomó los homenajes con mucho humor (decía despreciar todo lo que escribía) y comentó sobre su modesta fama: "Yo, como venda mi librito, lo mismo me da que me chiflen o que aplaudan. Hago lo que Filomena Carvajal cuando la expulsaron del colegio: Levantó la pata y dijo: '¡Piss!! ¡Piss! ¡Pa lo que a mí se me da!' ". Es importante llamar la atención que el año de publicación de *Frutos de mi tierra*, José Asunción Silva -el principal modernista colombiano- se suicidó y Rubén Darío -el padre del modernismo y principal renovador de las letras hispánicas en el siglo XIX- publicó *Prosas profanas* donde declaró su credo estético cosmopolita al decir: "abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París".

Nada más lejano a ese cosmopolitismo de Silva y Darío que el regionalismo pertinaz de Carrasquilla. En sus dos *Homilias* (1906) se opuso a la estética modernista a la que acusó de inauténtica, incapaz de reflejar al hombre americano, y rastacuerista al querer imitar modelos extranjeros: "¿Tienen Medellín, Manizales [y Bogotá, CSL] alguna analogía con París o con otra capital europea?". Razón y sinrazón tenía Carrasquilla: el modernismo colombiano se apagaba con Silva y de Greiff, adquiría carácter simulador en Valencia y rasgos cursis en la explosión del sentimentalismo que hizo Julio Flórez; pero el realismo regionalista, también, tomaba la forma de "plaga" y se prolongaba en infinidad de pequeños Carrasquillas que imitaron al maestro sin renovarlo, cerrando las puertas a autores experimentales y oscureciendo el devenir de la novela colombiana hasta la primera mitad del siglo XX.

A su regreso a Antioquia, Carrasquilla comenzó a escribir cuentos y durante un tiempo "fisgoneó" labores en una mina. En un paseo a caballo cayó y el golpe significó el comienzo de un futuro reumatismo que lo llevaría a la invalidez. "Sin plata, pero contento", seguía en sus andanzas. De vez en cuando sus familiares le reclamaban que se casara y tuviera hijos, pero él se oponía argumentando que sufría tendencias polígamas, le resultaba más barato tener muchas novias y además -agregaba- no se lo aguantarían porque le gustaba demasiado el "aguardientico de mi Dios": "Me llaman Tomás, porque tomo mucho". Efectivamente fue célibe hasta su muerte. Entre 1897 y 1925 Carrasquilla escribió novelas cortas o "nouvelles" (*Luterito*, *Salve Regina*, *Entrañas de Niño*, *Grandeza*, *Ligia Cruz* y *El zarco*), maravillosos cuentos y crónicas y viñetas locales que publicó en el periódico "El Espectador".

La gran mayoría de los cuentos tocan temas relacionados con la religiosidad antioqueña y revelan de un modo u otro la crisis producida por la secularización de fin

de siglo, es decir, la progresiva devaluación de los valores cristianos y su sustitución por valores nihilistas. En algunos predomina el humor utilizando temas bíblicos, como "San Antoñito" o "En la diestra de Dios Padre"; otros cuestionan el fanatismo religioso como "El ánima sola" y "Dimitas Arias" o describen someramente la beatitud enfermiza y la crisis familiar que esto origina como "Rogelio" y "Esta sí es bola". Sin duda alguna "El rifle", cuyo argumento sucede en Bogotá, es un retrato dramático de la pobreza y de la violación de sus derechos que sufre un niño, al tiempo que anticipa historias de Osorio Lizarazo y recuerda el hermoso cuento "Vañka" de Anton Chejov. "Mirra" parece un cuadro erótico del pintor Fernando Botero. "Fulgor de un instante", "Regodeos seniles" y "El superhombre" son abiertas burlas a las tipologías sociales de las clases medias de Medellín, la comadrería y el caciquismo político. "¡A la plata!", uno de los cuentos de Carrasquilla que mejor se acomodaría para ser llevado al cine o la televisión, narra un crudo episodio familiar en medio de la Guerra de los Mil Días.

Preocupado por su situación económica en 1914, Carrasquilla ingresó a trabajar como empleado de bajo rango en el Ministerio de Obras Públicas y se mantuvo como cuota burocrática del liberalismo durante los gobiernos de Concha y Suárez hasta 1919. Poco se sabe sobre sus labores allí, salvo que figuraba en nómina como "profesor de mecánica", pero nunca se supo de qué mecánica, pues fue pésimo estudiante de matemáticas y física. Vivía en modestos hoteles y pensiones y frecuentemente se le veía en tienditas oscuritas (odiaba los bares) hablando de lo divino y lo humano con sus amigotes. Agitaba las manos, decía procacidades, se reía de cuanta estupidez veía o escuchaba, animaba a sus amigos a escribir y, tal como lo recordara el hoy olvidado poeta Eduardo Castillo, cuando se deprimía se quedaba mudo y se iba a dormir.

Poco amigo de militar en partidos, pues tenía amigos en juntos, evadió hasta donde pudo la política doméstica. Doctrinariamente se consideraba liberal, pero a veces sus ideas hubieran podido ser las propias de un conservador o "godo" como se decía en la época: no creía en las teorías evolucionistas, estaba en desacuerdo con el divorcio, la escuela laica y el matrimonio civil, apoyaba devotamente a la Iglesia católica, salvo en los casos de "curas que tienen unos deseos terribles de guerra civil... Como si fuera muy sabroso". Se entenderán, entonces, sus críticas mordaces al gobierno progresista de López Pumarejo (1934 - 1938).

En 1926 Carrasquilla publicó su novela más madura, *La marquesa de Yolombó*, que recuperaba una historia de amor, estafa y demencia sucedida en el siglo XVIII, historia mantenida viva gracias a la memoria oral antioqueña, y cuyo personaje central, la "marquesita" Bárbara Caballero, constituye uno de los personajes femeninos mejor delineados en la literatura colombiana al lado de María de Isaacs, la turca Zoraida de Rivera y Ursula Iguarán de García Márquez. Con esta novela histórica que había exigido a Carrasquilla un largo trabajo de documentación, entrevistas con viejos mineros y campesinos, y laboriosa redacción de dos años, el autor antioqueño alcanzaba cierta notoriedad, pero siempre dentro del provinciano ámbito nacional. Este des-

conocimiento de la obra de Carrasquilla a nivel latinoamericano, fue cuestionado por críticos como Federico de Onís, Arturo Torres Rioseco, Anderson Imbert, Rafael

Maya y Eduardo Zalamea Borda, quienes años después se preguntarán con preocupación: ¿por qué Carrasquilla no ha alcanzado dimensión universal?

A partir de 1926 la invalidez en las piernas y la progresiva ceguera causada por unas cataratas mal cuidadas afectarán la salud del "Maestro" como le llaman sus amigos de Medellín y Bogotá. Carrasquilla se vuelve cascarrabias, frecuentemente está silencioso y manifiesta su molestia ante la radio y los reporteros que le inventan "muchas mentiras e inquinas contra mis amigos". Ya roza los 70 años y es evidente que se lamenta por no poder ejercer sus placeres preferidos: leer, escribir, conversar. En su casa de Medellín se le encontrará, todo este tiempo hasta su muerte en 1940, sentado en una amplia silla, tapadas las piernas con una cobija, mirando hacia ningún lado a través de anteojos de gruesas lupas y protegida la cabeza con una boina vasca. Parece bravo o melancólico, pero es falso. Ya medita y empieza a componer mentalmente su última trilogía novelística: *Hace tiempos*. Dividida en *Por aguas y pedregones*, *Por cumbres y cañadas*, *Del campo a la ciudad*, se publicará entre 1934 y 1936. Los méritos de la primera de las obras convencen a Jorge Zalamea, Baldomero Sanín Cano y Antonio Gómez Restrepo de otorgarle el Premio Nacional de Literatura en 1934. Con esta trilogía dictada a sus familiares a sus casi 80 años quiso Carrasquilla, según lo expresó en la carta de agradecimiento, dejar un retrato histórico-social de "la Antioquia de hace ochenta años, en relación con la minería, la pedagogía y los signos generales de ese tiempo". Interesante en apartes, fatigosa en otras, la obra es fundamental para comprender en América Latina el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna y los múltiples conflictos que ello originó.

En una de las pocas entrevistas que concedió, en 1936, le comentó a un periodista que se sentía muy viejo y solamente aguardaba la visita de la Pelona (la muerte) "para que venga a libertarme de esta vida". La fatiga ya era evidente: Su populoso mundo de arrieros, brujas, magos, sacerdotes, niños, mujeres, apóstoles, madremones, agricultores y mineros se había disuelto. Otro mundo más complejo y abigarrado lo había reemplazado. Nuevas voces se necesitarían para interpretar esa nueva realidad y esa región, Antioquia, que Carrasquilla había observado apasionadamente. Y desde luego: nuevas voces preguntarían de otro modo la Colombia que eclosionaba a partir de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, de la violencia y de la formación del Frente Nacional. Carrasquilla, en tanto, recibía los santos óleos. Ya todo estaba dicho para él: "Soy un viejo conservero, lo que se llama un semanasanto. Las inquietudes de la actualidad no me inquietan; los trastornos no me trastornan. Veo en ellos el anhelo del bien, la sed de lo eterno que mueve a la humanidad. Sé que sobre este mundo que se agita está el reino infinito de los cielos: Está Cristo". Moría el 19 de diciembre de 1940.

La obra de Carrasquilla intentaba alcanzar la premisa expuesta por Sarmiento en *Facundo* (1845): "Conocer primero las cosas de mi país", pero no había abordado la siguiente parte de la frase: "Y luego conocer las cosas del mundo". En sus propios fines, esta literatura contenía sus límites. Por eso la obra de Carrasquilla, necesariamente, es contemporánea de novelas como *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, *Los sertones* de Euclides da Cunha, *Los de abajo* de Mariano Azuela y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, con las que comparte una preocupación evidente

por describir directamente la realidad social que les había tocado en suerte en cada uno de sus países: Colombia, Argentina, Brasil, México, Venezuela. Sólo una posterior catarsis permitirá que los problemas de la novela regionalista -uso de jergas locales, intenciones de hacer sociología, exposición de tesis políticas, configuración de personajes caricaturescos- sean enfrentados y asumidos por una nueva generación de novelistas pertenecientes al realismo cosmopolita o "realismo crítico", como lo llamó el crítico uruguayo Angel Rama: Machado de Assis, Rulfo, Arguedas, Onetti, García Márquez. Pero la lección es clara: sin novela regionalista no hubiera existido la novela realista cosmopolita. Esta es, en definitiva, la lección del afable e inolvidable Tomás Carrasquilla.

Carlos Sánchez Lozano

En la Diestra de Dios Padre

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el Rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrída.

No había en el pueblo quién no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llagüentos; él asistía a los enfermos; él enterraba a los muertos; se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa. "¿Qué te ganás, hombre de Dios -le decía la hermana-, con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo a tanto perezoso y holgazán? Casáte, hombre; casáte pa que tengás hijos a quién mantener". "Cálle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quién servir. Mi familia son los prójimos". "¡Tus prójimos! ¡Será por tanto que te lo agradecen; será por tanto que ti han dao! ¡Aí te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés! Bien podías comprarte una muda y comprármela a yo, que harto la necesitamos; o tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tantos hambres. Pero vos no te afanás por lo tuyo: tenés sangre de gusano".

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo lámparo; con el fagoncito encendido tal cual vez, la despensa en las puras tablas y una pobrecía, señor, regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino todos los lisiaos y leprosos, que

se habían apoderado de los cuartos y de los corredores de la casa "convidaos por el sangre de gusano", como decía la hermana.

Una ocasioncita estaba Peralta muy fatigado de las afugias del día, cuando, a tiempo de largarse un aguacero, arriman dos pelegrinos a los portales de la casa y piden posada: "Con todo corazón se las doy, buenos señores -les dijo Peralta muy atencioso-; pero lo van a pasar muy mal, porqu'en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan pa dentro, que la buena voluntad es lo que vale".

Dentraron los pelegrinos; trajo la hermana de Peralta el candil, y pudo desaminarlos a como quiso. Parecían mismamente el taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitraste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en cachumbos que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la capita de pelegrino. Todos dos tenían sombreritos de caña, y unos bordones muy gruesos, y albarcas. Se sentaron en una banca, muy cansaos, y se pusieron a hablar una jerigonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban de oirla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo; ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa: aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incensio y del sahumero de alhucema que le echan a la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesado, le dijo Peralta a la hermana: "Hija, date una asomaíta por la despensa; desculcá por la cocina, a ver si encontrás alguito que darles a estos señores. Mirálos qué cansaos están; se les ve la fatiga". La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se fué derecho a la cocina. No halló más que media arepa tiesa y requemada, por allá en el asiento de una cuyabra. Confundida con la poquedad, determinó que alguna gallina forastera tal vez si había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrón viejo de una montonera qui había en la despensa; que lo que era corotos y porquerías viejas sí había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto; pero de comida, ni hebra. Abrió la puerta, y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrones, por el suelo, había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falda, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cuchino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y s'enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrones estaban rebosaos de frijol cargamanto, de papas, y de revuelto de una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de cachos de sal de Guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz, tan blancas, tan esponjadas, y tan bien asaítas, que no parecían hechas de mano de cocinera d'este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. "Por fin le surtió a Peralta -pensó la

hermana-. Esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. ¡Hasta ai viver! Pues, aprovechémonos".

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero y echó a cortar por lo redondo; trajo la batea grande y la colmó; y al momentico echó a chirriar la cazuela y a regase por toda la casa aquella güelentina tan sabrosa. Como Dios li ayudó les puso el comistraje. Y nada desganao qu'era el viejito; el mozo sí no comió cosa. A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo sargentió por todas partes, y con lo menos roto y menos sucio de la casa les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual si acostó.

Peralta se levantó, oscuro, oscuro, y no topó ni rastros de los güéspedes; pero sí topó una muchila muy grande requintada di onzas del Rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto cacao; corrió a contarle a los llaguietos y a los tullidos, y los topó buenos y sanos y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque. Salió como loco en busca de los güéspedes pa entregarles la muchila di onzas del Rey. Echó a andar y a andar, cuesta arriba, porque puallí dizque era qui habían cogido los pelegrinos. Con tamaña lengua a fuera se sentó un momentico a la sombra di un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba, casi a punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansao qu'estaba, pero ai como pudo les gritó: "¡Hola, señores; espéremen que les trae cuenta!". Y alzaba la muchila pa que la vieran. Los pelegrinos se contuvieron a las voces que les dió Peralta. Al ratico estuvo cerca d'ellos, y desde abajo les decía: "Bueno, señores, aquí está su plata". Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, y entonces Peralta les dijo: "¡Caramba qu'el pobre siempre jiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuenten y verán que no les falta ni un medio!".

El mocito lo voltió a ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, anqu'estaba muy cansao, volvió a sentir por dentro la cosa sabrosa qui había sentido por la noche; y el mocito le dijo: "Sentáte, amigo Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte". Y Peralta se sentó. "Nosotros -dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa- no somos tales pelegrinos; no lo creás. Este -y señaló al viejo- es Pedro mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro que no fuera tan cristiano como vos, se guarda las onzas y si había quedao muy orondo. Voy a premiarte: los dineros son tuyos: lleváelos; y voy a darte de encima las cinco cosas que me querás pedir. ¡Conque, pedí por esa boca!".

Peralta, como era un hombre tan desentendido pa todas las cosas y tan parejo, no le dió mal ni se quedó pasmao, sino que muy tranquilo se puso a pensar a ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y a un rato dice San Pedro: "Hombre, Peralta, fijáte bien en lo que vas a pedir, no vas a salir con una buena bobada". "En eso estoy pensando, Su Mercé", contestó Peralta, sin nadita de susto. "Es que si pedís cosa mala, va y el Maestro te la concede; y, una vez concedida, te amolaste, porque la palabra del Maestro no puede faltar". "Déjeme pensar bien la cosa, Su Mercé"; y

seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña a una barranquita. San Pedro le tosía, le aclariaba, y el tal Peralta no lo voltiaba a ver. A un ratísimo voltea a ver al Señor y le dice: "Bueno, Su Divina Majestá; lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre que me dé la gana". "Concedido", dijo el Señor. "Lo segundo - siguió Peralta- es que cuando me vaya a morir me mande la Muerte por delante y no a la traición". "Concedido", dijo el Señor. Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y a San Pedro se lo llevaba Judas con las bobadas de ese hombre: él se rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba el brazo y, con el dedito parao, le señalaba a Peralta el cielo; pero Peralta no se daba por notificado. Después de mucho pensar, dice Peralta: "Pues, bueno, Su Divina Majestá; lo tercero que mi ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo qui a yo me parezca". "Rara es tu petición, amigo Peralta -dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecía que limpiaban el alma de todo pecao mortal, con solamente fijarlos en los cristianos-. En verdá te digo que una petición como la tuya, jamás había oído; pero que sea lo que vos querás". A esto dió un gruñido San Pedro, y, acercándose a Peralta, lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: "¡El cielo, hombre! ¡Pedí el cielo! ¡No sias bestia!". Ni an por eso: Peralta no aflojó un pite; y el Señor dijo: "Concedido". "La cuarta cosa - dijo Peralta sumamente fresco- es que Su Divina Majestá me dé la virtud di achiquitame a como a yo me dé la gana, hasta volveme tan chirringo com'una hormiga". Dicen los ejemplos y el misal que el Señor no se rió ni una merita vez; pero aquí sí li agarró la risa, y le dijo a Peralta: "Hombre, Peralta; ¡otro como vos no nace, y si nace, no se cría! Todos me piden grandor y vos, con ser un recorte di hombre, me pedís pequeñez. Pues, bueno...". San Pedro le arrebató la palabra a su Maestro, y le dijo en tonito bravo: "¿Pero no ve qu'esti hombre está loco?". "Pues no me arrepiento de lo pedido -dijo Peralta muy resuelto-. Lo dicho, dicho". "Concedido", dijo el Señor. San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventiaba con el sombrero, y veía chiquito a Peralta. No pudo contenerse y le dijo: "Mirá, hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sino una sola cosa". "Por eso lo'stoy pensando; no si apure Su Mercé". Y se volvió a quedar callao otro rato. Por allá, a las mil y quinientas, salió Peralta con esto: "Bueno, Su Divina Majestá; antes de pedile lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, Su Divina Majestá, por si fuere mal preguntao; pero eso sí: ¡mi ha de dar una contesta bien clara y bien patente!". "¡Loco di amarrar!

-gritó San Pedro juntando las manos y voltiando a ver al cielo como el que reza el Bendito-. Va a salir con un disparate gordo. ¡Padre mío, ilumínalo!". El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: "Preguntá, hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré a tu gusto". "Dios se lo pague, Su Divina Majestá... Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos, go es vusté, go el Padre Eterno". "Yo, y mi Padre y el Espíritu Santo juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al Diablo l'hemos largao el mando del Infierno: él es amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao". "Pues bueno, Su Divina Majestá -dijo Peralta muy contento-. Si asina es, voy a hacerle el último pido: yo quiero, ultimadamente, que Su Divina Majestá me conceda la gracia de que el Patas no mi haga trampa en el juego". "Concedido", dijo el Señor. Y El y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra; sacó yesquero, encendió su tabaco, y se puso a bombiar muy satisfecho. ¡Valientes cosas las que iba a hacer con aquel platal! No iba a quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulsetilla de chocolate de canela. ¡Allá verían los del sitio quién era Peralta! Se metió las onzas debajo del brazo; se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañonas que parecían de ternero.

Al otro día se fué p'al pueblo, y puso monte. ¡Cómo sería la angurria que se li abrió a tanto logrero cuando vieron en aquella mesa aquella montonera di onzas del Rey! "¿Onde te sacates ese entierro, hombre Peralta?, le decía uno. "Este se robó el correo", decían otros en secreto; y Peralta se quedaba muy desentendido. Se pusieron a jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladronicio y todos los perdidos. Pero eso sí; no les quedó ni un chimbo partido por la mitá; por más trampas qui hacían, por más que cambiaban baraja, por más que la señalaban con la uña, les dió capote, con ser que en el juego estaban toditos los caimanes d'esos laos. "Con ésta no nos quedamos -dijo el más caliente-. A nosotros no nos come este... -y ai mentó unas palabras muy feas-. ¡Voy a idiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendra a este sinvergüenza!". Y ai salió del garito, echando por esa boca unos reniegos y unos dichos qui aquello parecía un condenao.

Al otro día, desdi antes di almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera; pero Peralta tampoco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones pa empecinarlos más. Determinaron jugar dao, y montedao, y bisbís, y cachimona y roleta, a ver si con el cambio de juegos se caía Peralta; pero si se caía a raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta con tantísimo caudal como iba consiguiendo no se daba nadita d'importancia, ni en la ropita, ni en la comida ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirrotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón di agua, pelada y hecha un cochambre.

Pero eso sí: lo qu'era limosnas ni el Rey las daba tan grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo plañendo a toda hora; y no tan solamente los del pueblo, sino que también echó a venir cuanto avistrujo había en todos los pueblos de por ai y en otros del cabo del mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo que ni cocina de minas. Consiguió un montón de molenderas, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los plataos de frijol y las arepas de maíz sancochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos, asistiendo sus enfermos, y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no canta el carro lo canta la carreta: ¡la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse a señora de media y zapato! Con todo el platal que le sacó al hermano, compró casa de balcón en el pueblo, y consiguió serviciala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón, y apenas veía gente, gritaba: "¡Maruchenga, tréme el pañuelo de tripilla, que voy a visitar a la Reina! ¡Maruchenga, tréme los frascos de perjume pa ruciar por aquí qu'está jediendo!". Y si veía pasar alguna señora, decía: "¡No pueden ver a uno de peinetón ni con usos nuevos, porqui al momento la imitan estas ñapangas asomadas!". Cuando salía a la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y aunque era tan pánfila y tan feróstica caminaba muy repechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. "Maruchenga, dáca la sombrilla qui hace sol; Maruchenga, sacame la crizneja; Maruchenga, componeme el esponje, que se me tuerce"; y no dejaba en paz a la pobre Maruchenga, con tanto orgullo y tanta jullería.

La caridá de Peralta fué creciendo tanto que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos; y él mismo pagaba las medecinas, y él mismo con su misma mano se las daba a los enfermos.

Esto llegó a oídos de su Saca Rial y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a cas del Rey; pero Peralta no hizo caso, sino que tuvo cara de presentársele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo qui un montañero. El Rey y la Reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco, y pusieron a Peralta en medio de los dos, y le sirvieron vino en la copa del Rey qu'era di oro, y l'echaron un brindé con palabras tan bonitas, qui aquello parecía lo mismo que si fuera con el obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas partes socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tanta gente mala y tan caudilla echaron a levantale testimonios. Unos decían qu'era ayudao; otros, qui ofendía a mi Dios, en secreto, con pecaos muy horribles; otros, qu'era duende y que volaba de noche por los tejaos, y qu'escupía la imagen de mi Amito y Señor. Toíto esto fué corruto en el pueblo, y los mismos qu'él protegía, los mismitos que mataron la hambre con su comida, prencipiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que si habían apoderao d'ella; y Peralta decía: "¿Pa qué, señor? La plata qu'he de gastar en eso, la gasto en mis pobres: yo no soy el Rey pa tener palacio".

Estaba un día Peralta solo en grima en dichosa la casa, haciendo los montoncitos de plata pa repartir, cuando, ¡tun, tun! en la puerta. Fué a abrir, y... ¡mi amo de mi vida! ¡Qué escarramán tan horrible! Era la Muerte, que venía por él. Traía la güesamenta muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillante y cortadora que s'enfriaba uno hasta el cuajo de ver aquéllo! Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, para probar el filo de la herramienta. Cada rato sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. "Vengo por vos", le dijo a Peralta. "¡Bueno! -le contestó éste-. Pero me tenés que dar un placito pa

confesame y hacer el testamento". "Con tal que no sea mucho -contestó la Muerte, de mal humor- porqui ando di afán". "Date por ai una güeltecita -le dijo Peralta-, mientras yo mi arreglo; go, si te parece, entretenéte aquí viendo el pueblo, que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto; trepáte a él pa que divisés a tu gusto".

La Muerte, que es muy ágil, dió un brinco y se montó en una horqueta del aguacatillo; se echó la desjarretadera al hombro y se puso a divisar. "¡Dáte descanso, viejita, hasta qui a yo me dé la gana -le dijo Peralta- que ni Cristo, con toda su pionada, te baja d'es'horqueta!".

Peralta cerró su puerta, y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas y pasaban los meses y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas; vino el sarampión y la tos ferina; vino la culebrilla, y el dolor de costao, y el descenso, y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales; pues tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los dotores con todo lo que sabían; pero luego la gente fue colando en malicia qu'eso no pendía de los dotores sino di algootra cosa. El cura, el sacristán y el sepulturero pasaron hambres a lo perro, porque ni un entierrito, ni la abierta di una sola sepultura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver a los viejorros comiendo arepa, y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismito les sucedía a los sobrinos con los tíos solteros y acaudalaos; y los maridos casaos con mujer vieja y fea se revestían di una enjuria, viendo la viejorra tan morocha, ¡habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerlas! De todas partes venían correos a preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una batajola y una confundición tan horrible, como si al mundo li hubiera entrao algún trastorno. Al fin determinaron todos qu'era que la Muerte si había muerto, y ninguno volvió a misa ni a encomendarse a mi Dios.

Mientras tanto, en el Cielo y en el Infierno estaban ofuscaos y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni un alma asomaba las narices por esos laos: aquello era la desocupez más triste. El Diablo determinó ponese en cura de la rasquiña que padece, pa ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la puerta del Cielo; se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bosteciando y rezando a raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al Cielo y le dijo al Señor: "Maestro; toda la vida l'he servido con mucho gusto; pero ai l'entrego el destino; ¡jesto sí no lo aguanto yo! ¡Póngame algootra oficio qui'hacer o saque algún recurso!". Cristico y San Pedro se fueron por allá a un rincón a palabriase. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: "Pues eso tiene que ser; no hay otra causa. Volvé vos al mundo y tratá a esi'hombre con harta mañita, pa ver si nos presta la muerte, porque si no nos embromamos".

Se puso San Pedro la muda de pelegrino, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito, cuando s'encontró con un atisba que mandaba el Diablo pa que vigiara por los laos del Cielo, a ver si era que todas las almas

s'estaban salvando. "¡Qué salvación ni qué demontres! -le dijo San Pedro-. ¡Si esto s'está acabando!".

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua a Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegao en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desde afuera: "¡Abríme, Peralta, por la Virgen, qu'es de mucha necesidad!". Se levantó Peralta, y al abrir la puerta se topó mano a mano con el viejito, que le dijo: "Hombre; no vengo a que me des posada tan solamente; ¡vengo mandao por el Maestro a que nos largués la muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro!". "Lo que menos, su Mercé -dijo Peralta-. La tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se la presto con mucho gusto, con la condición de qui a yo no mi'haga nada". "¡Contá conmigo!" -le dijo San Pedro-.

Apenitas aclaró salieron los dos a descolgar a la Muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los güesos los tenía toítos mogosos y verdes, con tantos soles y aguaceros comu'había padecido; el telarañero se l'enredaba por todas partes, qui aquello parecía vestido di andrajos; la pelona la tenía llena di hojas y de porquería di animal, que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaíta qu'estaba. Pero lo que más enjuria le daba a San Pedro era que parecía tuerta, porqui'un demontres diavispa había determinao hacer la casa en la cuenca del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida d'estar horquetiada tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y San Pedro pa descolgala del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos; le sacaron el avispero, y ello más bien quedó medio decente. Apenas se vio andando recobró fuerza, y en un instantico volvió a amolar la desjarretadera... y tomó el mundo. ¡Cómo estaría di hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los dijuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enterraban, sino que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinizada del mundo alcanzaba a comérsela. Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende, di aquí pa'cá, en una y en otra casa, amortajando los dijuntos y consolando y socorriendo a los vivos.

La Muerte si aplacó un poquito; los contaítos cristianos que quedaron volvieron a su oficio; y como los vivos heredaron tanto caudal, y el vicio del juego volvió a agarrarlos a todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la qui había conseguido en tanto tiempo. ¡Hijue pucha si'staba ricachón! ¡Ya no tenía ondi acomodala!

Pero cáatelo ai qui un día amanece con una pata hinchada, y le coló una discípula de la mala. Al momentico pidió cura y arregló los corotos, porque se puso a pensar qui harto había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morise hoy que mañana go el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico, y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y comu'era tan humilde quiso que lo enterraran sin ataúl, en la propia puerta del cementerio onde todos lo pisaran harto. Asina fué qui apenas se le presentó la Pelona cerró el ojo, estiró la pata y le dijo: "¡Matáme pues!". ¡Poquito sería lo duro que li asestó el golpe, con el rincor que le tenía!

Peralta s'encontró en un paraje muy feíto, parecido a una plaza. Voltió a ver por todas partes, y por allá, muy allá, descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego casi cerrado por las zarzas y los charrascales. "Ya sé aonde se va por ese camino -pensó Peralta-. ¡El mismito que mentaba el cura en las prédicas! ¡Cojo pu'el otro lao!". Y cogió. Y se fué topando con mucha gente muy blanca y di agarre, que parecían fefes o mandones, y con señoras muy bonitas y ricas que parecían principesas. Como nunca fué amigo de metese entre la gente grande, se fué por un laíto del camino, que se iba anchando y poniéndose plano como las palmas de la mano. ¡María Madre si había qué ver en aquel camino! ¡Parecía mismamente una jardinera, con tánta rosa y tánta clavellina y con aquel pasto tan bonito! Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían, sino que parecían flores muertas.

Peralta seguía a la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitá di un llano, alcanzó a divisar una cosa muy grande, muy grandísima; mucho más que las iglesias, mucho más que la Piedra del Peñol. Aquello blanquiaba com'un avispero; y como toda la gente se iba colando a la cosa, Peralta se coló también. Comprendió qu'era el Infierno, por el jumero que salía de p'arriba y el candelón que salía de p'abajo. Por ai andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y piones del Infierno.

El se dentró por una gulunera muy oscura y muy medrosa que parecía un socavón, y fué a repuntar por allá a unas californias ondi había muchas escaleras que ganar, y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita oyó un chillido como de cuchinito cuando lo'stán degollando, y si asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan horrenda! No era cuchino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tenazonas muy grandes; y un par de diablos herreros muy macuencos y cachipandos li alzaban macho a toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condena! ¡Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía, ni saltaba en pedazos: ai se quedaba intauta! Y a cada golpe le gritaban los diablos a la señora: "¡Esto es pa que levantés testimonios, vieja maldíta! ¡Esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona! ¡Esto es pa qu'enredés a las personas, vieja culebrona!". Y a Peralta le dio tanta lástima que salió de güída.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se topó en un salón muy grandote y muy altísimo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy junticos, como los roticos de las colmenas onde se meten las abejas. No había nadie en el salón; pero por allá en la mitá se veía un trapo colgao a moda de tolda di arriero. Peralta si asomó con mucha mañita, y ai estaba el Enemigo Malo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridón él. De presto se recordó; se enderezó, y a lo que vió a Peralta le dijo muy fanfarrón y arrogante: "¿Qué venís hacer aquí, culichupao? Vos no sos di aquí; ¡rumbati al momento!". "Pues, como nadie mi atajó, yo me fué colando, sin saber que me iba a topar con Su Mercé", contestó Peralta con mucha moderación. "¿Quién sos vos?", le dijo el Diablo. "Yo soy un pobrecito del

mundo qui ando puaquí embolatao. Me dijeron qu'estaba en carrera de salvación, pero a yo no mi han recibido indagatoria ni nadie si ha metido con yo".

Al momento le comprendió el Diablo qu'era alma del Purgatorio o del Cielo. ¡Figúresen, no entenderlo él, con toda la marrulla que tiene! Pero como los buenos modos sacan los cimarrones del monte, y la humildá agrada hasta al mismo Diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito y querido. "¿Su Mercé está como enfermoso?", le preguntó Peralta. "Sí, hombre -contestó Lucifer como muy aplacao-. Se mi han alborotao en estos días los achaques; y lo pior es que nadie viene a hacerme compañía, porqu'el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días". "Pues, si yo le puedo servir di algo a su Mercé -dijo Peralta haciéndose el lambón-, mándeme lo que quiera, qu'el gusto mío es servile a las personas".

Y ai se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta qu'el Diablo dijo que quería entretenerse en algo. "Pues, si su Mercé quiere que juguemos alguna cosita -dijo Peralta muy disimulao-, yo sé jugar toda laya de juegos; y en prueba d'ello es que mantengo mis útiles en el bolsico". Y sacó la baraja y los daos. "Hombre, Peralta -dijo el Diablo-, lo malo es que vos no tenés qué ganarte, y yo no juego vicio". "¿Cómo nu he de tener -dijo Peralta-, si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con su Mercé, pues también soy muy vicioso. La juego contra cualquiera otra alma de la gente de su Mercé". El Enemigo Malo, que ya le tenía ganas a esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, li aparó la caña al momentico.

Determinaron jugar tute, y le tocó dar al Diablo. Barajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y principiaron a jugar. Iba el Diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas, y dice: "¡Cuarenta, as y tres! ¡No la perderés por mal que la jugués!". "¡Así será! -dijo el Diablo bastante picao-. Pero sigamos a ver qué resulta". Pues, ¿qué había de resultar? Que Peralta se fué de sobra. Se puso el Diablo como la ira mala, y le dijo a Peralta, con un tonito muy maluco: "¿Vos sos culebra echada go qué demonios?". "¡Tanté, culebra! Lo que menos, su Mercé -le contestó Peralta con su humildá tan grande-. Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, su Mercé, que se desquita". Siguieron; a la otra mano salió Peralta con tute de reyes. "¡Doblo!", gritó Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el Infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los di un alacrán; los ojos le bailaban, que ni un trompo zangarria, de lo más bizcornetos y horrendos; ¡y por la boca echaba aquella babaza y aquel chispero! "Doblemos", dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. "¡Doblo!", gritó el Diablo.

Y doblando, doblando, jugaron diecisiete tutes. Hasta que el Patas dijo: "¡Ya no más!". Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toítica la gente del Infierno acudió a ver. ¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron a su Amo y Señor llorando a moco tendido! Y aquellas lagrimonas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanquiando la montonera, y toda la cama del Diablo quedó tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante que

parecía recién adotorao, dijo con tonito llorón: "¡Nunca me figuré que a mi Señor le diera pataleta!". "¿Pero por qué no seguimos, su Mercé? -dijo Peralta como suplicando-. Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas; pero yo veo qu'el Infierno está sin tocar". "¡Cierto! -dijo el Enemigo Malo haciendo pucheros-. Pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas; ¡son mi familia, porque son las que más se parecen a yo!". Siguió moquiando, y a un ratico le dijo a uno de sus edecanos: "¡ Andá, hombre, sacá a este calzonsingente sus ganancias, y que se largue di aquí".

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras qui'una vieja ñata se persina, fueron echando toditas las puertas del Infierno la churreta di almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no si acababa. Lo qui a Peralta le parecía más particular era que, a conforme iban saliendo, s'iban poniendo más negras, más jediondas y más enjuncidas. Parecía como si a todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas a la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselos aquellas almas endemoniadas fueron haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron escureciendo, escureciendo, con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fué yendo muy despacio, hasta que s'encontró con los tuneros del caminito del Cielo. ¡Aquello era caminar y caminar, y no llegaba! El tuvo que pasar por puentes di un pelo que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidá, que tan solamente Nuestro Señor, ¡por ser quien es, la ha podido medir! Pero a Peralta no le dió váguido, sino que siguió serenito, serenito, y muy resuelto, hasta que se topó en las puertas del Cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó a San Pedro recostao en su banco. Apenitas lo vió San Pedro, se le vino a la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño: "¡Quitá di aquí, so vagamundo! ¿Te parece que ti has portao muy bien y nos tenés muy contentos? ¡Si allá en la tierra no ti amasé fue porque no pude, pero aquí sí chupás!". "¡No se fije en yo, viejito; fíjese en lo que viene por aquel lao! Vaya a ver cómo acomoda esa gentecita, y déjese de nojase". Voltió a ver San Pedro, estiró bien la gaita y se puso la manito sobre las cejas, como pa vigiar mejor; y apenas entendió el enredo, pegó patas; abrió la puerta, la golvió a cerrar a la carrera y la trancó por dentro. Ni por ésas si agallinó Peralta, ni le coló cobardía, ni cavilosió qu'en el Cielo le fueran a meter machorrucio.

No bien se sintió San Pedro de puertas pa dentro corrió muy trabucao, y le hizo una señita al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del Cielo, y agarraron a conversar en un secreto tan larguísimo que a toda la gente de la Corte Celestial le pañó la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba San Pedro y por lo desencajao qu'estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ¡pero muy gorda! Las santas, qui aunque sea en el Cielo siempre son mujeres, pusieron los antojos de larga vista pa ver qué sacaban en limpio. ¡Pero ni lo negro e'l'uña! El Señor, qui había estao muy sereno oyéndole las cosas a San Pedro, le dijo muy pasito a lo último: "¡En buena nos ha metido este Peralta! Pero eso no se puede de ninguna manera: los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andáte

a tu puesto, que yo iré a ver cómo arreglamos esto.
No abrás la puerta; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito".

Se volvió el Señor pa su trono, y a un ratico le hizo señas a un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El santo se le vino muy respetoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dio: se le veía, porque de presto se puso descolorido y principió a meniase el bonete. A ésas le hizo el Señor otra seña a una santica qu'estaba por allá muy lejos, ojo con él; y la santica se vino muy modosa y muy contenta al llamao, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡Esto sí fue lo que más embelecó a las otras santas! Por todos los balcones empezó a oise una bullita y unos mormullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. ¡Pero nada que les valió! Figúrese qu'en ese momento salió un ángel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada a un lao como carriel, y que llevaba en las dos manitos un tinterón di oro y piedras preciosas; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata; y los cuatro arreglaron por allá en un campito de lo más bueno un puesto como d'escribano. El cura y la monjita se fueron derecho a los tabretes, y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡Valientes criaturas las de mi Dios! En esti angelito sí s'esmeró El: tenía la cabecita com'una piña di oro; era de lo más gordito y achapao, con los ojos azulitos, azulitos, que ni dos flores de linaza, y sus alitas de garza eran más blancas qui una bretaña. Casi estaba en cueritos: tan solamente llevaba de la cinta p'abajo un faldellín coposo di un jeme di ancho, di un trapo qui unas veces era di oro y otras veces era de plata, flequiao de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito, era la cargadera de la vigüelita, qu'era todita de topacios y esmeraldas; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerdas di oro. Dizque era el ángel de la guarda de la monjita, y por eso 'staba tan confianzado con ella.

La santica entró como en un alegato con el cura; pero a lo último, él se puso a relatar y ella a jalar pluma. ¡Esa sí era escribana! ¡Se le veía todo lo baquiana qu'era en esas cosas d'escribanía! Acomodada en su tabrete, iba escribiendo, escribiendo, sobre el atril; y a conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotriles ésos, un papelón muy tieso ya escrito, que se iba enrollando, enrollando. Sólo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el Cielo nu'hay reló. Por allá al mucho rato la monja echó una plumada muy larga, y le hizo seña al Señor de que ya había acabado.

No bien entendió el Señor, se paró en su trono, y dijo: "¡Toquen bando y que entre Peralta!". Y principiaron a redoblar todas las tamboras del Cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, pa oír aquello nunca oído en ese paraje: porque ni San Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la Corte Celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que si asilenciaran los tamboreos, y

dijo: "¡Pongan harto cuidao, pa que vean que la Gloria Celestial nu'es cualquier cosa!". Y después se voltió p'onde la monjita, y muy cariñoso, le dijo: "Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia".

¡Caramba si la tenía! Esu'era como cuando los mozos montañeros agarran a tocar el capador; como cuando en las faldas echan a gotiar los rezumideros en los charquitos insolvaos. La leyenda comenzaba d'esta laya: "Nós, Tomás di Aquino y Teresa de Jesús, mayores d'edá, y del vecindario del Cielo, por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso..." tan trabajoso, tan sumamente trabajoso, que ni an siquiera se puede contar bien patente las retajilas tan lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta. ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Ultimadamente el documento quería decir qu'era muy cierto que Peralta li había ganao al Enemigo Malo esa traquilada di almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy decente; pero que, mas sin embargo, esas almas no podían colar al Cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedasi afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar sin que Peralta ni el Patas se llamaran a engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta si ajuntaran en una gloriona grande y se la metieran enterita a Peralta, qu'era el que l'había ganao con su puño. Y que la cosa del Infierno si arreglaba d'esta laya: qu'esos condenaos no volvían a las penas de las llamas sino a otro infierno de nuevo uso que valía lo mismo qu'el de candela. Y era este Infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizqu'era d'esta moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y qu'esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y qu'estas almas, manque los taitas de los cuerpos creyeran qu'eran pal Cielo, ya'staban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, aunque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros, y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que di ai pendelante las ponían a voltiar en rueda en redondo del Infierno por *secula seculorum amen*.

Que por todo esto quizqu'es qui hay en este mundo una gente tan canóniga y tan mala, que goza tanto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjuncados y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue qu'el Enemigo Malo no quiso arriesgar las almas aquellas del Infierno, porqu'esas también eran d'envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate, y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandia. Pero este Peralta era tan sumamente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vio mover las pestañas de ternero: ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vio solo en la plaza del Cielo. ¡Hast'ai placitas!

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de toda color, qui hacían unas labores como los dechaos de las maestras. En redondo había una

ringlera de pilas di oro que chorriaban agua florida y pachulí de la gloria; y cada una d'estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criaio, pero toditas di oro y de plata. También era di oro y de plata el balconerío de la plaza; y al mismito frente de l'entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidad. Era a modo de una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custoria estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta di arriba estaba prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de p'abajo. De la punta del piquito le salía un vaho di una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba y se desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los costaos del Cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía brillante con aquella luminaria.

El Padre Eterno, qu'en todas las bullas de Peralta nu'había hablao palabra, se paró y dijo d'esta moda: "Peralta; escogé el puesto que querás. ¡Ninguno lu'ha ganao tan alto como vos, porque vos sos la Humildá, porque vos sos la Caridá! Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. ¡No ti humillés más, que ya'stás ensalzao!". Y entonaron todos los coros celestiales el trisagio d'Isaías, y Peralta, que todavía nu'había usao la virtud di achiquitase, se fue achiquitando, achiquitando, hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas; y derechito, con la agilidad que tienen los bienaventuraos, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, si acomodó muy bien y si abrazó con la Cruz. ¡Allí está por toda l'Eternidá!

¡Botín colorao, perdone lo malo qui hubiera'stao!

Simón el Mago

Entre mis paisanos criticones y apreciadores de hechos es muy válido el de que mis padres, a fuer de bravos y pegones, lograron asentar un poco el geniazo tan terrible de nuestra familia. Sea que esta opinión tenga algún fundamento, sea un disparate, es lo cierto que si los autores de mis días no consiguieron mejorar su prole no fue por falta de diligencia: que la hicieron, y en grande.

¡Mis hermanas cuentan y no acaban de aquellas encerronas de día entero en esa despensa tan oscura donde tanto espantaban! Mis hermanos se fruncen todavía al recordar cómo crujía en el cuero limpio, ya la sogá doblada en tres, ya el látigo de montar de mi padre. De mi madre se cuenta que llevaba siempre en la cintura, a guisa de espada, una pretina de siete ramales, y no por puro lujo: que a lo mejor del cuento, sin fórmula de juicio, la blandía con gentil desenfado, cayera donde cayera; amen de unos pellizcos menuditos y de sutil dolor con que solía aliñar toda reprensión.

¡Estos rigores paternales, bendito sea Dios, no me tocaron!

¡Sólo una vez en mi vida tuve de probar el amargor del látigo!

Con decir que fui el último de los hijos, y además enclenque y enfermizo, se explica tal blandura.

Todos en la casa me querían a cual más, siendo yo el mimo y la plata labrada de la familia; ¡y mal podría yo corresponder a tan universal cariño cuando todo el mío lo consagré a Frutos!

Al darme cuenta de que yo era una persona como todo hijo de vecino, y que podía ser querido y querer, encontré a mi lado a Frutos, que, más que todos y con especialidad, parecióme no tener más destino que amar lo que yo amase y hacer lo que se me antojara.

Frutos corría con la limpieza y arreglo de mi persona; y con tal maña y primor lo hacía, que ni los estregones de la húmeda toalla me molestaban cuando me limpiaba "esa cara de sol", ni sufría sofocones cuando me peinaba, ni me lastimaba cuando con una aguja y de un modo incruento extraía de mis pies una cosa que ... no me atrevo a nombrar.

Frutos me enseñaba a rezar, me hacía dormir y velaba mi sueño; despertábame a la mañana con el tazón de chocolate.

¿Qué más? Cuando, antes del almuerzo, llegaba de la escuela, ya estaba Frutos esperándome con la arepa frita, el chicharrón y la tajada.

Lo mejor de las comidas delicadas en cuya elaboración intervenía Frutos -que casi siempre consistían en chocolate sin harina, conservón de brevas y longanizas-, era para mí.

¡Válgame Dios! ¡Y las industrias que tenía! Regaba afrecho al pie del naranjo; ponía en el reguero una batea recostada sobre un palito; de éste amarraba una larga cabuya cuyo extremo cogía, yendo a esconderse tras una mata de caña a esperar que bajara el "pinche" a comer... Bajaba el pobre, y no bien había picoteado, cuando Frutos tiraba, y ¡zas!... ¡Debajo de la batea el pajarito para mí!

Cogía un palo de escoba, un recorte de pañete y unas hilachas; y, cose por aquí, rellena por allá, me hacía unos caballos de ojo blanco y larga crin, con todo y riendas, que ni para las envidias de los otros muchachos.

De cualquier tablita y con cerdas o hilillos de resorte me fabricaba unas guitarras de tenues voces; y cárame a mí punteando todo el día.

¡Y los atambores de tarros de lata! ¡Y las cometillas de abigarrada cola!

Con gracejo para mí sin igual contábame las famosas aventuras de Pedro Rimales -Urde, que llaman ahora-, que me hacían desternillar de risa; transportábame a la "Tierra de Irasynovolverás", siguiendo al ave misteriosa de "la pluma de los siete colores", y me embelesaba con las estupendas proezas del "patojito", que yo tomaba por otras tantas realidades, no menos que con el cuento de "Sebastián de las Gracias", personaje caballeresco entre el pueblo, quien lo mismo echa una trova por lo fino, al compás de acordada guitarra que empunta alguno al otro mundo de un tajo, y cuya narración tiene el encanto de llevar los versos con todo y tonada, lo cual no puede variarse so pena de quedar la cosa sin autenticidad.

Con vocecilla cascada y sólo para solazarme entonaba Frutos unos aires del país - dizque se llamaban "Corozales"-, que me sacaban de este mundo: ¡tan lindos y armoniosos me parecían!

Respetadísimos eran en casa mis fueros. Pretender lo contrario estando Frutos a mi lado era pensar en lo imposible. Que "¡Este muchacho está muy malcriado!", decía mi madre; que "¡Es tema que le tienen al niño!", replicaba Frutos; que "¡Hay que darle azote!", decía mi padre; que "¡Eso sí que no lo verán!", saltaba Frutos, cogiéndome de la mano y alzando conmigo; y ese día se andaba de hocico, que no había quién se le arrimase.

¡Y cuando yo le contaba que en la escuela me habían castigado! ¡Virgen Santa! ¡Las cosas que salían de esa boca contra ese judío, ese verdugo de maestro; contra mamá, porque era tan madre de caracol y tan de arracacha que tales cosas permitía; contra mi padre, porque era tan de pocos calzones que no iba y le metía unos sopapos a ese viejo malaentraña! Con ocasión de uno de mis castigos escolares se le calentaron tanto las enjundias a Frutos, que se puso a la puerta de la calle a esperar el paso del maestro; y apenas lo ve se le encara midiéndole puño, y con enérgicos ademanes exclama: "¡Ah, maldito! ¡Pusiste al niño com'un Nazareno! Mío había de ser... pero mirá: ¡ti había di'arrancar esas barbas de chivo!". Y en realidad parecía que al pobre maestro no le iba a quedar pelo de barba. El dómine, que fuera de la escuela era un blando céfiro, quedóse tan fresco como si tal cosa; y yo "me la saqué", porque Frutos en los días de azote o férula me resarcía con usura, dándome todas las golosinas que topaba y mimándome con mil embelecos y dictados a cual más tierno: entonces no era yo "El niño" solamente, sino "Granito di'oro", "Mi reinito", y otras cosas de la laya.

En casa el de más ropa que relevar era yo, porque Frutos se lamentaba siempre de que "el niño" estaba en cueros, y empalagaba tanto a mi madre y a mis hermanas, que, quieras que no, me tenían que hacer o comprar vestidos; no así tal cual, sino al gusto de Frutos.

De todo esto resultó que me fui abismando en aquel amor hasta no necesitar en la vida sino a Frutos, ni respirar sino por Frutos, ni vivir sino para Frutos; los demás de la casa, hasta mis padres, se me volvieron costal de paja.

¿Qué vería Frutos en un mocoso de ocho años para fanatizarse así? Lo ignoro. Sólo sé que yo veía en Frutos un ser extraordinario, a manera de ángel guardián; una cosa allá que no podía definir ni explicarme, superior, con todo, a cuanto podía existir.

¡Y venir a ver lo que era Frutos!

Ella -porque era mujer y se llamaba Frutuosa Rúa- debía de tener en ese entonces de sesenta años para arriba. Había sido esclava de mis abuelos maternos. Terminada la esclavitud se fue de la casa, a gozar, sin duda, de esas cosas tan buenas y divertidas de la gente libre. No las tendría todas consigo, o acaso la hostigarían, porque años después hubo de regresar a su tierra un tanto desengañada. ¡Y cuenta que había conocido mucho mundo, y, según ella, disfrutado mucho más!

Encontrando a mi madre, a quien había criado, ya casada y con varios hijos, entró a nuestra casa como sirvienta en lo de carguío y crianza de la menuda gente. Por muchos años desempeñó tal encargo con alguna jurisdicción en las cosas de buen comer, y llevándola siempre al estricote con mi madre a causa de su genio rascapulgas y arriscado, si bien muy encariñada con todos allá a su modo, y respetando mucho a mi padre a quien llamaba "Mi Amito".

Mi madre la quería y la dispensaba las rabietas y perreras.

Frutos había tenido hijos; pero cuando mi crianza no estaban con ella, y no parecía tenerles mucho amor, porque ni los nombraba ni les hacía gran caso cuando por casualidad iban a verla. Por causa de la gota que padecía casi estaba retirada del servicio cuando yo nací; y al encargarse del benjamín de la casa hizo más de lo que sus fuerzas le permitían. A no ser porque su corazón se empeñó en quererme de aquel modo no soportara toda la guerra que la di.

Frutos era negra de pura raza; lo más negro que he conocido; de una negrura blanda y movable, jetona como ella sola, sobre todo en los días de vena que eran los más, muy sacada de jarretes y gacha. No sé si entonces usarían las hembras, como ahora, eso que tanto las abulta por detrás; sí lo usarían, porque a Frutos no le había de faltar; y era tal su tamaño que la pollera de percal morado que por delante barría le quedaba tan alta por detrás, que el ruedo anterior se veía blanquear, enredado en aquellos espundiosos dedos; de aquí el que su andar tuviese los balanceos y treguas de la gente patoja.

Camisa con escote y volante era su corpiño; en primitiva desnudez lucía su brazo roñoso y amorcillado; tapábase las greñudas "pasas" con pañuelo de color rabioso que anudaba en la frente a manera de oriental turbante; sólo para ir al templo se embozaba en una mantellina, verdusca ya por el tiempo; a paseo o demás negocio callejero iba siempre desmantada. Pero eso sí: muy limpia y zurcida, porque a pulcra en su persona nadie le ganó.

¡Muy zamba y muy fea! ¿No? Pues así y todo tenía ideas de la más rancia aristocracia, y hacía unas distinciones y deslindes de castas de que muchos blancos no se curan: no me dejaba juntar con muchachos mulatos, dizque porque no me tendrían el suficiente

respeto cuando yo fuera un señor grande; jamás consintió que permaneciese en su cuarto, aunque estuviera con la gota, "porqui un blanco -decía- metido en cuarto de negras, s'emboba y se güelve un tientagallinas"; iguales razones alegaba para no dejarme ir a la cocina, y eso que el tal paraje me atraía: cuestión bucólica. Sólo por Nochebuena podía estar allí cuanto quisiera, y hasta meter la sucia manita en todo; pero era porque en tan clásicos días toda la familia pasaba a la cocina. Mi padre y mis hermanos grandes, con toda su gravedad de señores muy principales, se daban sus vueltas por allí, y sacaban con un chuzo, de la hirviente cazuela, ya el dorado buñuelo, ya la esponjosa y retorcida hojuela; o bien haciendo del mecedor revolvían el pailón de natilla, que, revienta por aquí, revienta por más allá, formaba cráteres tamaños como dedales.

Las horas en que yo estaba en la escuela, que para Frutos eran de asueto, las pasaba ésta en hilar, arte en que era muy diestra; pero no bien el escolar se hacía sentir en la casa, huso, algodón y ovillo, todo iba a un rincón. "El niño" era antes que todo; sólo "el niño" la ponía de buen humor; sólo "el niño" arrancaba risas a esa boca donde palpitaban airadas palabras y gruñidos.

Admirada de este fenómeno, decía mi madre: "¡Este muchacho lo tendrá mi Dios para santo, cuando desde niño hace de estos milagros!".

Al amparo de tal patrocinio iba sacando yo un geniecillo tan amerengado y voluntarioso, ¡que no había trapos con qué agarrarme! Ora me revolcaba dándome de calabazadas contra todo lo que topaba; ora estallaba en furibundos alaridos acompañados de lagrimones, cuando no me daba por aventar las cosas o por morder.

Tía Cruz, persona muy timorata y cabal, al ver mis arranques, se permitió una vez decir delante de Frutos que "el niño" estaba "falto de rejo". ¡Más le hubiera valido ser muda a la buena señora! Frutos la hartó a desvergüenzas y la cobró una malquerencia tan grande, que siempre que la veía resoplaba de puro rabiosa.

Viendo los hilos que yo llevaba, solía protestar mi padre, y hasta manifestaba conatos de zurra; pero mamá lo aplacaba, diciéndole con las manos en la cabeza: "¡No te metás, por Dios! ¡Quién aguanta a Frutos!".

Y como de todo lo malo casi siempre me daba cuenta, comprendí que por este lado bien cogidos los tenía, y me aprovechaba para hacer de las mías. Cuando veía la cosa apurada "las prendía" a asilarme en los brazos de Frutos; tomábamos camino del jardín, lugar de nuestros coloquios, y una vez allí... ¡como si estuviéramos en la luna!

A medida que yo crecía, crecían también los cuentos y relatos de Frutos, sin faltar los ejemplos y milagros de santos y ánimas benditas, materia en que tenía grande erudición; e íbame aficionando tanto a aquello, que no apetecía sino oír y oír. Las horas muertas se me pasaban suspenso de la palabra de Frutos. ¡Qué verbo el de aquella criatura! Mi fe y mi admiración se colmaron; llegué a persuadirme de que en la persona de Frutos se había juntado todo lo más sabio, todo lo más grande del universo mundo; su parecer fue para mí el Evangelio; palabras sacramentales las suyas.

Narrando y narrando llególes el turno a los cuentos de brujería y de duendería. ¡Y aquí el extasiarse mi alma!

Todo lo hasta entonces oído, que tanto me encantara, se me volvió una vulgaridad. ¡Brujas!... ¡Eso sí era la atracción de la belleza! ¡Eso sí merecía que uno le consagrara todita su vida en cuerpo y alma!

Ser payasito o comisario me había parecido siempre grande oficio; pero desde ese día me dije: "¡Qué payaso ni qué nada! ¡Como brujo no hay!".

Cuanto entendía por hazañoso, por elevado, por útil, todo lo vi en la brujería. Las calenturas del entusiasmo me atacaron.

A fuerza de hacer repetir a Frutos las embrujadas narraciones, pude grabarlas en la memoria con sus más nimios detalles.

Del cuento pasábamos al comentario.

-¡Coger brujas -me dijo una vez- es de lo más fácil! ¡Nu'es más qui agarrar un puñao de mostaza y regala por toíto el cuarto: a la noche viene la vagamunda! Y echa a pañar, a pañar frut'e mostaza; y a lo qu'está bien agachada pañando, nu'es más que tirale con el cintu'e San Agustín... ¡y ai mesmito qued'enlazada de patimano, enredad'en el pelo! Un padrecito de la villa de Tunja cogía muchas asina, y las amarraba de la pata di'una mesa; ¡pero la cocinera del cura era tan boba que les daba güevo tibio, y las malditas s'embarcaban en la coca! ¡Consiá, cuandu'a las brujas no se les puede ni an mentar coqu'e güevo porqui al momentico se güelven ojo di hormiga.. ¡y se van!

-¡Ajáa! -dije yo-. ¿Y comu'hacen pa caber?...

-¡Pis! -replicó-. ¡Anté que si'achiquitan en la coca a como les da la gana! ¡María Santísima!

-¿Y no se pueden matar? -la pregunté.

-Eso sí; peru'al sigún y conjorme: si se les meti una cortada bien jonda se mueren; pero como son tan sabidas, ellas mismas se meten otra y s'empatan y güelven a quedar güenas y sanas.

-¿Y matadas comu'hacen?

-¡Tan bobo! ¿No ve qu'ellas no se mueren del tiro sin'una qui'otra vez? Hay que tirales a toda gana la primerita cortada pa que queden ai tendidas. ¡Pero con el cinto de mi Padre San Agustín sí ni les valen marrullas!

-¿Y ondi'hay d'eso? -prorrumpí.

-¿Cinto? -dijo mi interlocutora con gesto de cosa dificultosa-. Eso es muy trabajoso conseguir: tan solamente el obispo se lu'impresta a los curitas jormales.

-¡Amalaya que mamá se lo mandara a prestar!... -exclamé entusiasmado.

-¡Ave María, muchacho! ¿Y qué vas hacer con cinto?

-¡Eh! ¡Pues pa coger brujas y amarralas de los palos!

A pesar de lo difícil que era conseguir el cinto, salí en busca de mi madre con la empresa. Halléla muy empecinada jugando al tute con otras señoras.

-Mamá... -le dije-. Oigami' un escuchito... -y poniendo mi boca en su oreja la expuse mi demanda, con ese secreteo susurrante de los niños.

Las señoras, que no eran sordas, largaron la carcajada.

-¡Quitáte di'aquí, empalagoso! -exclamó mi madre-. ¡De dónde sacará este muchacho tanto embeleco!

Salí rezongando y muy corrido. En muchos días no pensé sino en cómo se conseguiría el cinto.

La "brujomanía" se me desarrolló con tanta furia, que no hablaba sino del asunto.

-¿Quién ti ha metido todas esas levas? -díjome una vez mi hermana Mariana, que era la más sabia de la casa-. ¡Nu'hay tales brujas! ¡Esas son bobadas de la negra Frutos! ¡No creás nada!

-¡Mentirosa! ¡Mentirosa! -le grité furioso- ¡Sí hay! ¡Sí hay! ¡Frutos me dijo!

-Y lo que dice Frutos no puede faltar... ¡Como si Frutos fuera la Madre de Dios!... ¡Animal!...

-¡Pecosa! ¡Pecosa! -aullé, embistiendo hacia ella con ánimo de morderla.

Me detuvo cogiéndome por los molledos y estrujándome de lo lindo.

-¡Voy a contarle a papá -dijo- para que te meta una cueriza, malcriado, que ya nu'hay quien ti'aguante!

Corrí en busca de Frutos, y, casi ahogado por el llanto, le grité al verla:

-¡Qué te parece, Frutos!... ¡ji! ¡ji! ¡ji!... qu'esa boba Mariana me dijo quizque nu'hay brujas!... ¡ji! ¡ji!... ¡quizque son cuentos que me metés!

Ella hizo una cara como de susto; me enjugó las lágrimas; y cogiéndome de una mano con agasajo, fuimos en silencio a sentarnos en un poyo detrás de la cocina.

-Vea, m'hijito -me dijo-: es muy cierto qui'hay brujas... ¡puú!... ¡De que las hay, las hay! Pero... ¡nu'hay que creer en ellas!

Mis ojos ya enjutos debieron abrirse tamaños: tal fue mi sorpresa.

Aquello no podía acomodarlo; pero Frutos lo decía, y así tenía que ser.

Hablamos de largo sobre el tema, y como yo no perdía ocasión de desentresijarla, la pregunté:

-Y decime: ¿las brujas son gente que se vuelve bruja, go es mi Dios que las hace?

-¡ No siá bobito! Mi Dios nu'hace sino cristianos; pero se güelven brujas si les da gana.

-¿Y también hay brujos?

-¡Nu'ha di'haber!... ¡Pues los duendes!... ¿No l'he contao pues? Pero como no tienen pelo largo como las brujas, no s'encumbran por la región sino que güelan bajito.

- ¿Y cómo si'aprendi a ser brujo?

Guardó corto silencio, y luego, con aire de quien revela lo más íntimo, me dijo a media voz:

-Pues la gente s'embruja muy facilito: la mod'es qui'uno si'unta bien untao con aceite en toítas las coyonturas; se qued'en la mera camisa y se gana a una parti'alta; y'así qu'está uno encaramao abre bien los brazos como pa volar, y dici'uno, ¡pero con harta fe! ¡No creo en Dios ni en Santa María! ¡Y güelvi'a decir hasta qui'ajuste tres veces sin resollar; y antonces si'avienta uno pu'el aire y s'encumbra a la región!

-¿Y no se cai'uno?

-¡Ni bamba! Con tal qu'el unto'sté bien hecho y se diga comu'es.

Sentí escalofríos. No debía de saber que el arrodillarse fuera señal de adoración; que de saberlo, viérame Frutos de hinojos a sus pies. Me había hecho el hombre más feliz; había hallado mi ideal.

Esa noche, cuando después de rezar me metí en la cama, repetía muy quedo: "¡No creo en Dios ni en Santa María! ¡No creo en Dios ni en Santa María!" y me dormí preocupado con esta declaración de ateísmo.

Al día siguiente muy de mañana corría yo por los corredores con los brazos abiertos y repitiendo la embrujada fórmula. Mariana, que tal oye, grita: "¡Mamá! ¡Venga y verá las cosas qu'está diciendo este ocioso!". Pero mi madre no alcanzó a "ver" mi "dicho", porque antes que llegara había yo tendido el vuelo a la calle, camino de la escuela. No sé por qué, pero me dio recelillo de que mi madre me viera haciendo tales cosas.

A mi vuelta no salió Frutos a recibirme. Fui a buscarla y a reclamar sus obsequios, y por primera vez la encontré hecha la ira mala conmigo: que mamá había ido a querérsela comer viva por las cosas que me contaba y enseñaba; que yo tenía la culpa por "icendario"; y que ya sabía que no volviera a "jorobarla" diciéndole que me contara cuentos, porque así como era tan "picón"...

Al almuerzo me dijo mi padre con una cara muy arrugada: "¡Cuidadito, amigo, cómo se le vuelven a oír las cositas que dijo esta mañana!... ¡Le cuesta muy caro!".

Tales razones me desconcertaron.

¡Amenazarme mi padre! ¡Ponerme Frutos casi en entredicho! ¡Y precisamente cuando tenía tanto qué consultarle! ¡Quedarme sin saber a qué atenerme en lo del pelo largo, en lo del aceite!

Por tres días rogué a Frutos que tan siquiera me dijera dos cositas, prometiéndola no decir esta boca es mía. ¡Andróminas inútiles! No pude sonsacarle una palabra.

¡Qué malas! Y lo peor era que eso que al principio no pasaba de un capricho me fue alborotando con el obstáculo; que se tornó en deseo, en deseo apremioso, irresistible.

¡Ser brujo!... ¡Volar de noche por los techos, por la torre de la iglesia, por la "región"!... ¿Qué mayor dicha? Qué tal cuando yo diga en casa: "¿Qué m'encargan, que me voy esta noche pa Bogotá?". Y conteste mamá: "Traéme manzanas". ¡Y que al momento vuelva yo con una gajo bien lindo, acabadito de coger! ¡Y cuando me encumbre serenito, como un gallinazo, tejado arriba!...

¡Sí! Yo tenía que ser brujo; ¡era una necesidad! ¡Si hasta sentía aquí abajo la nostalgia del aire! "¡Por la gran «pica» -pensaba-, que aquí en casa me regañan y que Frutos ya no me cuenta nada, yo sabré qué hago! ¿Y al primero que se embrujó, quién le enseñó?... Yo siempre consigo aceite... manque sea de palma- christi... pero ese cuento del pelo largo, como las mujeres... ¡quién sabe!".

Aquí el rascarme la cabeza.

Yo, que desde el último amén del rezo hasta las seis dormía a pierna suelta, tuve entonces mis ratos de velar. En la excitación del insomnio veía sublimidades facilísimas de llevar a cabo: dos veces soñé que en apacible vuelo giraba y giraba, alto,

muy alto; que divisaba los pueblos, los campos, allá muy abajo, como dibujados en un papel.

Pepe Ríos, hijo de un señor que vivía vecino a nuestra casa, era un mi compinche; y al fin determiné abrirme con él y comunicarle mis proyectos. En un principio no pareció participar de mi entusiasmo, y me salió con el mismo cuento de que sí había brujas, pero que no había que creer en ellas, lo que me hizo afianzar más, viendo cuán de acuerdo estaba con Frutos. Pero le pinté la cosa con tal fuego, que al fin hube de trasmitírselo.

Pepe no era de los que se ahogan en poca agua: su inventiva todo lo allanó.

-¡Mirá! -me dijo- Mañana qui hay salve en l'iglesia tengo que ir de monarcillo. Yo sé onde tiene el sacristán guardao el aceite, cuando vaya a vestime le robo. Conseguite un frasco bien bueno pa que lo llenemos.

-¿Y de pelo qui'hacemos? -le repuse-. ¡Porque la gracia es que volemós bien altísimo!... Bajito como los duendes... ¡pa qué!

-¡Eso sí qu'es lo pilao! -exclamó Pepe-. Las muchachas de casa y mi máma se ponen pelo y se lo robamos. Qué li'hace que no sea pelo de nosotros; ¡en siendo largo y que se gulungué hartó, con esu'hay!

"Este sí es el muchacho -pensaba entre mí, mientras abría la boca pasmado-. ¡Hast'ai! ¡Qué tal que si'ajuntara con Frutos!"

Al otro día, en son de buscar un perico que dizque se nos había perdido, invadíamos Pepe y yo las alcobas de las señoritas Ríos. Rebuja por aquí, ojea por más allá, dimos con un espejo de gran cajón, y en éste una cata de cabellos de todos colores, enredados y como en bucles unos, otros trenzados y asegurados con cáñamo, otros lacios y flechudos, cuáles en ondas rizosas y bien pergeñadas, el cual "pelerío" se hacinaba entre grasientas y desdentadas peinetas desportilladas y horquillas nada bonitas y perfumadas. Un frasquito de tinta colorada me tentó, y como fuese a echarle mano con mucha golosina, me dijo Pepe:

-¡No lo cojás! Esu'es las chapas de mi máma, y... ¡hasta nos mata!

¡Qué pocos pelos le quedaron al cajón!

-¡Pero eso sí! -me dijo al entregármelo-. ¡Escondé bien todo en tu casa, y que no vayan a güeler nada! ¡Ve que vos sos muy cuentero!... Y si nos cogen... ¡Ni digás tampoco nada de lo que vamos hacer!...

-¡Eh! ¡Vos si crés! -repliquéle con gran solemnidad-. ¡Mirá que nu'hay ni riesgo que yo cuente!...

Desde ese día se nos vio juntos. Y nada que le agradaba a Frutos mi compañía con "ese Caifás", como llamaba a Pepe.

Esa noche declaré en casa que no me acostaría sino cuando se acostaran los grandes, porque iba a cumplir diez años. Y así fue. Para distraer mis veladas me pasaba cerca a la vela, volteando como una mariposa, quemando papeles o despavesando, lo que incomodaba a Mariana, única que en casa me hacía oposición.

-¡Ah, mocosos! -decía-. ¡Ya ni'an de noche nos dej'en paz!... ¡And'acostáte, sangripesao!

Mas yo me sentía, entonces, tan gratamente preocupado, que sólo respondía a tales apóstrofes sacándole la lengua y haciéndole "bizcos".

-¡Ah, muhán! -gritaba Mariana-. ¡Que si papá no te da una tollina... yo sí te cojo!... ¡Peru'he de tener el gusto di'amasate!...

Aumento de "bizcos".

Doña Rita, madre de Pepe, asistía con sus hijas a la lotería que se jugaba en casa algunas noches, y Pepe no faltaba; pero desde nuestra alianza dejaba éste las delicias del apunte para irse conmigo. Así a nuestras anchas pudimos concertar el plan: la elevación quedó fijada para el domingo siguiente por la noche.

¡Faltaban dos días! ¡Qué expectación aquélla! Hasta la gana de comer se me quitó; hasta Frutos, que en ésas le atacó la gota, se me olvidó.

"¡En qué inguandias andarán!", decía con aire de mal agüero, cuando pasábamos cerca de su cuarto.

Al fin ese domingo tan deseado amaneció. Desde las doce ya estábamos en el solar de casa apercibiéndonos para arreglar los cabellos. Un forro viejo de paraguas, que pudimos arbitrar, nos sirvió para pergeñar sendos peluquines, que, como Dios nos dio a entender, aseguramos con cera negra y con amarradijos de cabuya.

Terminada la grande obra verificamos la prueba ante el espejo de Mariana, que fue sacado clandestinamente. ¡Qué bien nos quedaban! ¡Cuán luengos nos caían los mechones! Convinimos, no obstante, que, más que a brujos, nos parecíamos al "Grande Hojarasquín del Monte".

Guardamos todo con gran cuidado y nos salimos a la calle a disimular. Pero eso sí; devorados por dentro.

Después de angustiosa espera apareció por la noche Pepe con su madre; y no bien la lotería se estableció... ¡como pajaritos para el solar!

Trabóse, entonces, reñida disputa sobre cuál sería el punto adonde debíamos trepar para tender el vuelo. Pepe decía que sobre el horno, que estaba en el corredor del solar; yo, que sobre la tapia del corral, alegando que el horno no era bien alto, y que, como estaba bajo tejado, se torcía el vuelo y no podíamos encumbrarnos. Al fin nos decidimos por el chiquero, que reunía todas las condiciones. De él volaríamos al "Alto de las Piedras", que domina el pueblo por el sur, y del Alto a la "región". La elevación debía ser simultánea.

Aunque hacía luna llevamos cabo de vela, y, encendido éste, principiamos en el comedor el "brujístico" tocado. Colgados que fueron de un palo los vestidos de dril, remangadas las camisas, tomamos sendas plumas de gallina y principió la unción. ¡Válgame Dios! ¡Y qué efluvios los de aquel aceite!

Agotado el frasco y luego que las coyunturas nos quedaron hechas un melote, nos colocamos la rebujina de cabellos asegurados con barboquejo de cabuya.

Trémulos de emoción salimos solar abajo, con la bizarría de acróbatas que salen al circo saludando al público.

En lo más remoto del solar, allá tras el movable follaje del platanar, al principiar un declive que llamábamos "el rumbón", estaba el chiquero de recios palos y techumbre de helecho; desaguaba por la pendiente aquélla, formando cauce de negro y palúdico fango que fertilizaba los lulos, las tomateras, el barbasco, allí nacidos espontáneamente.

Amenazantes por demás fueron los gruñidos con que a manera de protesta nos recibió el cerdo, cuando en tan desusadas horas vio invadidos sus dominios; pero nosotros proseguimos impertérritos, haciendo caso omiso de tales roncadas.

Adelantándomele a Pepe no paré hasta poner el pie en el último travesaño. Allí, apoyado en uno de los palos que sostienen el techo, cual otro Girardot con su bandera, me detuve un segundo. ¡Mis ojos abarcaron la inmensidad!

Toda la fe que atesoraba la gasté entonces, y, con voz precipitada, por temor de faltar al precepto, con un resuello intempestivo, dije:

"¡No creo en Dios ni en Santa María! ¡No creo en Dios ni en Santa María! ¡No creo en Dios ni en Santa María!".

¡Y me lancé!

¡Cosa rara! En el vértigo me pareció no volar hacia el Alto convenido. Sentí frío; no sé qué en la cabeza, y... nada más.

Abrí los ojos. Alguien que me cargaba tendióme en una tarima; algo como sangre sentí en la cara; me miré: estaba casi desnudo y enlodado. Por el desorden de los muebles;

por las tablas y fichas de la lotería, dispersas por el suelo; por los regueros de maíz; por el movimiento de alarma, sospeché lo que pasaba. Una ráfaga glacial me heló el corazón; cerré los ojos para no verme, para no presenciar no sé qué espantoso que iba a suceder.

-¡Toñito! ¡Antoñito! ¿Se aporrió? ¿Está herido? -preguntaban.

Sentí que me tocaban, que me acercaban la vela.

-¡No es nada! ¡No es nada!... -clamaban.

- ¡No fue nada... es que está aturdido!

-¡Abra los ojos!... ¡Antonio! ¡Antoñito!

-¡Cálmese! ¡Cálmese, mi siá Anita! ¡Nu'es nada!...

Un ruido como chasquido de dientes me llegó al alma. ¡Abrí los ojos, y vi!... Mi madre estaba tendida en una butaca, con los brazos rígidos, los puños contraídos y apretados, la cara lívida, torcida hacia un lado; los ojos en blanco, la nariz ensanchada como buscando aire; anhelaba gritar y se quedaba seca, agitada por opresora convulsión; unas señoras la tenían, la rociaban, la friccionaban, la hacían aspirar esencias. Mis hermanas lloraban.

Salté de la tarima prorrumpiendo en gritos: "¡Mamita! ¡Mamita!".

-¡No tiene nada! -vociferaron-. No tiene nada!

-¡No está ni descompuesto!

-¡Cómo fue eso, por Dios!... ¿Cómo se puso así?...

-Pero si se hirió la cara!... Toñito, no se arrime... que está imposible.

Horrorizado fui a huir.

Me atajaron en la puerta con un platón de agua tibia; la cocinera me paró en medio del humeante baño sin que yo tratara de hacer resistencia; quitóme la inmundada camisa, y así hecho un Adán automático, principió el lavatorio ayudada de unas señoras.

-¡Eh! ¡Pero en qué se cayó este niño, qu'esto no despega!
-dijo una.

-¡Si está apestaó! -replicó otra, tapándose las narices y haciendo extremos de asco.

-¡Traigan jabón, a ver si esto sale!

Pronto la pelota de jabón de la tierra corrida por hábil mano untó todo mi cuerpo.

-¡Pues mis queridas! -exclamó la enjabonadora-. Esto es aceite de higuerrillo, y no cosas de chiquero.

-¡Pues verdá! ¡Pues verdá! -repitieron las demás.

-¡Eh! ¡Pero cómo puede ser eso!

Del platón fuí trasladado a la tarima, y me enjugaron con una colcha. Mariana, ya sosegada, trajo camisa e iba a vestírmela cuando con gran tropel se llenó la pieza de gente. Mi padre venía allí.

-¿Se mató? -preguntó con voz que nunca le había oído.

Sin esperar respuesta salió. No había transcurrido un segundo cuando volvió: traía una sogá.

-¡No le vaya a pegar! -prorrumpen mujeriles voces.

-¡Pobrecito! -dice la del jabón- Qué culpa tiene él!

-¡Es una injusticia, papá!... ¡Véalo herido! -plañían las de casa.

Papá no atendió: se acercó a mí; y, cogiéndome de un brazo con una mano, levantó con la otra un extremo doble de la sogá y dijo trémulo:

-¡Te he tolerado todas las que has hecho; pero con ésta se llenó la medida!... ¡Tomá, vagamundo, pa que aprendás!... -y la sogá crujió en mis carnes.

Un grito como aullido de animal resonó en la pieza: era Frutos que entraba.

-¡Mi Amito! ¡Mi Amito! -gimió, tratando de cogerle la sogá, e interponiéndose entre él y yo-. ¡Mi Amito, por Dios! ¡No le pegue, por los clavos de Cristo! -y se arrodilla; le abraza las piernas, casi lo tumba-. ¡El no tiene culpa!... ¡No tiene!... ¡No tiene!...

Mi padre la rechaza; pero Frutos se pone en pie, y, saltando hacia mí, me envuelve en sus faldas.

-¡Vieja bruja! -grita él arrancándole el pañuelo y cogiéndola de las greñas-. ¡Largálo!... ¡O te mato!... -la arrastra con una mano, mientras que con la otra me saca del envoltorio.

-¡Quítenmela que la mato! -vocifera con coraje.

Ella se endereza, y, como un fardo, se va de espaldas contra el entablado suelo lanzando extraños sonidos.

El entonces toma la sogá como la vez primera, y, contando, uno... dos... tres... hasta doce, va asentando azotes sobre mi desnudo cuerpo, que se zarandea como maniquí colgado.

No lancé un ay, ¡yo que ponía los gritos en el cielo porque una mosca se me asentara!

Frutos seguía en el suelo retorciéndose; de repente se levanta y torna a caer; en impúdica rebujina se revuelca, haciendo apartar la gente y tropezando con los muebles; algunos van a cogerla, y los rechaza a puñetazos, a patadas y mordiscos. Pudo, entonces, articular con voz espantosa:

-¡Déjenme que ahora mesmo me largo d'esta maldita casa!

Todos los hombres la acometen, y, arremolinándose en apretada lucha en que se sentían respiraciones de cansancio y traquear de huesos, logran sacarla al corredor.

En el desorden pude verla y se me antojó no obstante mi amor a ella cosa diabólica. Estaba desgredada, con los ojos crecidos y sanguinolentos, echando espumarajos por la boca.

El médico entra, me examina; declara no haber fractura ni dislocación del hueso, ni cuerda encaramada; tocóme el rasguño de la mejilla, sacó un instrumento, y sin dolor extrajo del rasguño aquel la pequeña astilla de palo; me dio a tomar un bebrastro que tenía aguardiente; tomó una copa, puso en ella un papel encendido, y, asentándomela en la espalda la fue corriendo, inflándome las carnes en dolorosa tensión; manos femeniles empapadas en aguardiente alcanforado frotaron mi cuerpo; y, por último, pegáronme en varios puntos pingos de trapo mojados en una agua amarillenta.

Aún no habían terminado estas faenas, cuando se oyeron pasos precipitados acompañados del crujir de almidonadas faldas. Doña Rita apareció en la puerta: traía en las manos uno de los peluquines de marras.

-¡Vengo muerta de pena! -exclamó sofocada haciendo visajes-. ¡Allá le hice dar de Ríos una cueriza a aquel bandido!... ¡Vean las cosas de estos diablos! -y exhibió la peluca-. ¡Pues no estaban de brujos!...¡ Y esto fue lo que se pusieron en la cabeza dizque pa volar! ¡Qué les parece: el pelo que teníamos pa la cabellera de... Jesús Nazareno!...

Todos se agruparon para examinar la cosa, prorrumpiendo en mil extremos de admiración. También el doctor tomó el peluquín en las manos, riendo a carcajadas.

-¡Ave María, doctor!... -siguió doña Rita- ¡Pues no ve! ¡Un milagro patente fue qu'estos enemigos no si hubieran desnucado! ¡Qué le parece, doctor: ¡Y a aquel rumbón!... ¡La fortuna que cayó entr'el pantanero, y que s'enredo en una mata!... ¡Que si no, tiesecito lo levantan del zanjón! Estábamos jugando la lotería muy a gusto; ¡mi acababa de cerrar por las tres pelotas, cuando, doctor!... oímos qui aquel mío grita: "¡Corran qui'Antonio se mató!...". ¡Li'aseguro, doctor, que me quedé muerta!... Corrieron todos con las velas... cuando a un rato nos lo traen en guandos... con la mera camisita... ¡con porquería de chiquero hasta los ojos!... ¡Chorriando sangre!... Muertecito... ¡Muertecito... mismamente! El mío s'escapó, porque comu'es tan haragán, no si atrevió a volar primero. ¡Pero qué le parece, doctor, que tuvieron cara, los indinos, d'empuercase todos con aceite d'higuerillo que le robaron al sacristán!... ¡Dizqu'es preciso pa ser brujos!... ¡Peru así bien untado... se chupó su buena cueriza! ¡No le digo! ¡Si estos muchachos di hoy en día aprenden con el Patas!

-¡No es con el Patas! -prorrumpe mi padre desde el cuarto vecino, saliendo a la escena- ¡No es con él! ¡Este diablo de negra Frutos que ha tolerado Anita es la que los ha metido en ésas! ¡Y no crean ustedes que este niño escapa; puede morir de las consecuencias; el cimbronazo debió se horrible!...

-El peligro es muy remoto y el caso no se presenta alarmante -repuso el esculapio-. Tanto es así, que no he tenido que apelar a un tratamiento enérgico.

-Ojalá así sea... -dijo mi padre-. ¡Pues sí! -agregó-. La maldita negra es la de todo. Desde que me llamaron y supe que la caída había sido del chiquero, todo lo adiviné. ¡Ya él se había chupado su regaño!

Contó, entonces, lo del ensayo de vuelo por los corredores y lo de las palabra aquéllas.

Aclarado el misterio llovieron las admiraciones y preguntas.

Estas pláticas me sacaron del sonambulismo. Me sentí el hombre más desgraciado. "Qué li'hace que me muera -me decía-. ¡Siempre que Frutos m'engaña con mentiras!... ¡Siempre qu'es tan mala!... ¡Siempre que uno no puede volar!... Así como así, mamá se murió -porque la creía muerta-. ¡Así como así, papá me ha pegado con rejo delante de tanta gente!... Así como me han desnudado... Siempre que Pepe es tan traicionero que contó...".

Sentíame como si todos los resortes de mi alma se hubiesen roto: sin fe, sin ilusiones... Cerraba bien los ojos para irme muriendo y descansar; pero no: tristezas espantosas pasaban por mi cabeza. Exhalaba hondos suspiros.

Muy tarde, cuando ya se había ido toda la gente, me dormí. ¡Más me valiera velar! Cosas horribles y extravagantes estremecieron mi espíritu: veía a Frutos que volaba, que se reía de mí, haciéndome contorsiones; oía que las campanas doblaban tristes... muy tristes; en esa vaguedad de los sueños aspiraba el olor del ciprés, de luces ardiendo, y veía a mi madre en un ataúd negro... muy negro. Luego estuve en un pantano, sumergido hasta el pescuezo; quería salir, quería gritar, y no podía.

Al fin, merced a extraño impulso pude salir; lancé un grito y desperté temblando, con el cabello parado y empapado en frío sudor. Había luz en la pieza; mi madre, teniéndome de las manos, me sacudía.

-¡Toñito!... ¡Toñito!... -me gritaban.

-No si'asute m'hijito; es una pesadilla.

-¡Mamá viva! -pensé-. ¿Todavía estaré soñando?

Me tomó como a un chiquitín, y estrechándome contra su pecho, me besó la frente y me dijo llorando:

-¡No ve, m'hijo, las cosas que hace para que papá lo castigue!... Y si se ha matado... ¡qué había hecho yo!... -seguía llorando.

-¡Mamita querida!... ¿Usté no si ha muerto? ¿Nu'es cierto que no?

-No, m'hijito; ¿no ve qu'estoy aquí con usted? Eso fue que me dio la pataleta del susto... pero ya estoy aliviada... Tóme otra vez la pócima que dejó el doctor; ¡está muy sabrosa!...

¡Sí estaba viva!

Incorporeme para recibir el vaso; mi padre estaba sentado al extremo de la cama.

¡También lloraba!

Me pasó la mano por la frente, me tomó el pulso, y me dijo muy triste:

-¡Tiene mucha fiebre!... ¡Pero mucha!

Fue a despertar al doctor, que se había acostado en la pieza contigua; me dieron unas gotas en agua azucarada.

Sosegué por completo y lloré mucho; pero lloré con alegría.

Seis días estuve en cama, oyendo a doña Rita y a las visitas los comentarios, ya cómicos, ya tristes, de mi propia aventura. Por ellos supe que Frutos se había ido de casa y que había mandado por los corotos. Esto que el día antes me hubiera trastornado, me fue entonces indiferente.

Don Calixto Muñetón, lumbrera del pueblo, que arengaba siempre en los veintes de julio y cuando venía el obispo; que leía muchos libros y que compuso novena del Niño Dios, vino también a visitarnos. Sin ser veinte de julio se dejó arrebatarse de la elocuencia a propósito de mi caída; disertó sobre las grandezas humanas poniendo

verdes a las gentes orgullosas; y, al fin se planta en pie, toma en su siniestra su bastón de guayacán, levanta la diestra a la altura de su cara como manecilla de imprenta, y como quien resume, se encara conmigo con aire patético, y dice:

-Sí, mi amiguito: todo el que quiere volar, como usted... ¡chupa!

San Antoñito

Aguedita Paz era una criatura entregada a Dios y a su santo servicio. Monja fracasada por estar ya pasadita de edad cuando le vinieron los hervores monásticos, quiso hacer de su casa un simulacro de convento, en el sentido decorativo de la palabra; de su vida algo como un apostolado, y toda, toda ella se dio a los asuntos de iglesia y sacristía, a la conquista de almas a la mayor honra y gloria de Dios, mucho aconsejar a quien lo hubiese o no menester, ya que no tanto a eso de socorrer pobres y visitar enfermos.

De su casita para la iglesia y de la iglesia para su casita se le iban un día, y otro y otro, entre gestiones y santas intriguillas de fábrica, componendas de altares, remontas y zurcidos de la indumentaria eclesiástica, "toilette" de santos, barrer y exornar todo paraje que se relacionase con el culto.

En tales devaneos y campañas llegó a engranarse en íntimas relaciones y compañerismo con Damiancito Rada, mocosuelo muy pobre, muy devoto, y monaguillo mayor en procesiones y ceremonias, en quien vino a cifrar la buena señora un cariño tierno a la vez que extravagante, harto raro por cierto en gentes célibes y devotas. Damiancito era su brazo derecho y su paño de lágrimas: él la ayudaba en barridos y sacudidas, en el lavatorio y lustre de candelabros e incensarios; él se pintaba solo para manejar albas y doblar corporales y demás trapos eucarísticos; a su cargo estaba el acarreo de flores, musgos y forrajes para el altar, y era primer ayudante y asesor en los grandes días de repicar recio, cuando se derretía por esos altares mucha cera y esperma, y se colgaban por esos muros y palamentas tantas coronas de flores, tantísimos paramentones de colorines.

Sobre tan buenas partes era Damiancito sumamente rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y recatado, enemigo de los juegos estruendosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en "La Monja Santa", "Práctica de Amor a Jesucristo" y en otros libros no menos piadosos y embebecadores.

Prendas tan peregrinas como edificantes fueron poderosas a que Aguedita, merced a sus videncias e inspiraciones, llegase a adivinar en Damián Rada no un curita de misa

y olla, sino un doctor de la Iglesia, mitrado cuando menos, que en tiempos no muy lejanos había de refulgir cual astro de sabiduría y santidad, para honra y glorificación de Dios.

Lo malo de la cosa era la pobreza e infelicidad de los padres del predestinado y la no mucha abundancia de su protectora. Mas no era ella para renunciar a tan sublimes ideales: esa miseria era la red con que el Patas quería estorbar el vuelo de aquella alma que había de remontarse serena, serena como una palomita, hasta su Dios. ¡Pues no! ¡No lograría el Patas sus intentos! Y discurriendo, discurriendo, cómo rompería la diabólica maraña, dióse a adiestrar a Damiancito en tejidos de red y "crochet"; y tan inteligente resultó el discípulo, que al cabo de pocos meses puso en cantarilla un ropón con muchas ramazones y arabescos que eran un primor, labrado por las delicadas manos de Damián.

Catorce pesos, billete sobre billete, resultaron de la invención.

Tras ésta vino otra, y luego la tercera, las cuales le produjeron obra de tres condores. Tales ganancias abrieronle a Aguedita tamaña agalla. Fuese al cura y le pidió permiso para hacer un bazar a beneficio de Damián. Concedióselo el párroco, y armada de tal concesión y de su mucha elocuencia y seducciones, encontró apoyo en todo el señorío del pueblo. El éxito fue un sueño que casi trastornó a la buena señora, con ser que era muy cuerda: ¡sesenta y tres pesos!

El prestigio de tal dineral; la fama de las virtudes de Damián, que ya por ese entonces llenaba los ámbitos de la parroquia; la fealdad casi ascética y decididamente eclesiástica del beneficiado formáronle aureola, especialmente entre el mujerío y gentes piadosas. "El curita de Aguedita" llamábalo todo el mundo, y en mucho tiempo no se habló de otra cosa que de sus virtudes, austeridades y penitencias. El curita ayunaba témporas y cuaresmas antes que su Santa Madre Iglesia se lo ordenase, pues apenas entraba por los quince; y no así, atracándose con el mediodía y comiendo a cada rato como se estila hogaño, sino con una frugalidad eminentemente franciscana; y se dieron veces en que el ayuno fuera al traspaso cerrado. El curita de Aguedita se iba por esas mangas en busca de las soledades, para hablar con su Dios y echarle unos párrafos de "Imitación de Cristo", obra que a estas andanzas y aislamientos siempre llevaba consigo. Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano de moler. Quién aseguraba que en un paraje muy remoto y umbrío había hecho una cruz de sauce y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado; y nadie lo dudaba, pues Damián volvía siempre ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones. En fin, que Damiancito vino a ser el santo de la parroquia, el pararrayos que libraba a tanta gente mala de las cóleras divinas. A las señoras limosneras se les hizo preciso que su óbolo pasara por las manos de Damián, y todas a una le pedían que las metiese en parte en sus santas oraciones. Y como el perfume de las virtudes y el olor de santidad siempre tuvieron tanta magia, Damián, con ser un bicho raquítico, arrugado y enteco, aviejado y paliducho de rostro, muy rodillijunto y patiabierdo, muy contraído de pecho y maletón, con una figurilla que más parecía de feto que de muchacho, resultó hasta bonito e interesante. Ya no fue curita: fue "San Antoñito". San Antoñito le nombraban

y por San Antoñito entendía. "¡Tan queridito!" decían las señoras cuando lo veían salir de la iglesia, con su paso tan menudito, sus codos tan remendados, su par de parches en las posas, pero tan aseadito y decoroso. "¡Tan bello ese modo de rezar con sus ojos cerrados! ¡La unción de esa criatura es una cosa que edifica! Esa sonrisa de humildad y mansedumbre. ¡Si hasta en el caminado se le ve la santidad!".

Una vez adquiridos los dineros no se durmió Aguedita en las pajas. Avistóse con los padres del muchacho, arreglóle el ajuar; comulgó con él en una misa que habían mandado a la Santísima Trinidad para el buen éxito de la empresa; dióle los últimos perfiles y consejos, y una mañana muy fría de enero viose salir a San Antoñito de panceburro nuevo, caballero en la mulita vieja de señó Arciniegas, casi perdido entre los zamarros del Mayordomo de Fábrica, escoltado por un rescatante que le llevaba la maleta y a quien venía consignado. Aguedita, muy emparentada con varias señoras acaudaladas de Medellín, había gestionado de antemano a fin de recomendar a su protegido; así fue que cuando éste llegó a la casa de asistencia y hospedaje de las señoras del Pino, halló campo abierto y viento favorable.

La seducción del santo influyó al punto, y las señoras del Pino, doña Pacha y Fulgencita, quedaron luego a cual más pagada de su recomendado, El maestro Arenas, el sastre del Seminario, fue llamado inmediatamente para que le tomase las medidas al presunto seminarista y le hiciese una sotana y un manteo a todo esmero y baratura, y un terno de lanilla carmelita para las grandes ocasiones y trasiegos callejeros. Ellas le consiguieron la banda, el tricornio y los zapatos; y doña Pacha se apersonó en el Seminario para recomendar ante el Rector a Damián. Pero, ¡oh desgracia! No pudo conseguir la beca: todas estaban comprometidas y sobraba la mar de candidatos. No por eso amilanóse doña Pacha: a su vuelta del Seminario entró a la Catedral e imploró los auxilios del Espíritu Santo para que la iluminase en conflicto semejante. Y la iluminó. Fue el caso que se le ocurrió avistarse con doña Rebeca Hinestrosa de Gardeazábal, dama viuda, riquísima y piadosa, a quien pintó la necesidad y de quien recabó almuerzo y comida para el santico. Felicísima, radiante, voló doña Pacha a su casa, y en un dos por tres habilitó de celdilla para el seminarista un cuartucho de trebejos que había por allá junto a la puerta falsa; y aunque pobres, se propuso darle ropa limpia, alumbrado, merienda y desayuno.

Juan de Dios Barco, uno de los huéspedes, el más mimado de las señoras por su acendrado cristianismo, as en el Apostolado de la Oración y malilla en los asuntos de San Vicente, regalóle al muchacho algo de su ropa en muy buen estado y un par de botines que le vinieron holgadillos y un tanto sacados y movedizos de jarrete. Juancho le consiguió con mucha rebaja los textos y útiles en la Librería Católica y cágame a Periquito hecho fraile.

No habían transcurrido tres meses y ya Damiancito era dueño del corazón de sus patronas y propietario en el de los pupilos y en el de cuanto huésped arrimaba a aquella casa de asistencia tan popular en Medellín. Eso era un contagio.

Lo que más encantaba a las señoras era aquella parejura de genio; aquella sonrisa, mueca celeste, que ni aun en el sueño despintaba a Damiancito; aquella cosa allá,

indefinible, de ángel raquítrico y enfermizo, que hasta a esos dientes podridos y disparejos daba un destello de algo ebúrneo, nacarino; aquel filtrarse la luz del alma por los ojos, por los poros de ese muchacho tan feo al par que tan hermoso. A tanto alcanzó el hombre, que a las señoras se les hizo un ser necesario. Gradualmente, merced a instancias que a las patronas les brotaban desde la fibra más cariñosa del alma, Damiancito se fue quedando, ya a almorzar, ya a comer en casa; y llegó día en que se le envió recado a la señora de Gardeazábal que ellas se quedaban definitivamente con el encanto.

-Lo que más me pela del muchachito -decía doña Pacha-, es ese poco metimiento, esa moderación con nosotras y con los mayores. ¿No te has fijado, Fulgencia, que si no le hablamos él no es capaz de dirigirnos la palabra por su cuenta?

-¡No digás eso, Pacha! ¡ Esa aplicación d'ese niño! ¡Y ese juicio que parece de viejo! ¡Y esa vocación para el sacerdocio! ¡Y esa modestia: ni siquiera por curiosidad ha alzado a ver a Candelaria!

Era la tal una muchacha criada por las señoras en mucho recato, señorío y temor de Dios. Sin sacarla de su esfera y condición mimábanla cual a propia hija; y como no era mal parecida y en casas como aquélla nunca faltan asechanzas, las señoras, si bien miraban a la chica como un vergel cerrado, no la perdían de vista ni un instante.

Informada doña Pacha de las habilidades del pupilo como franjista y tejedor púsolo a la obra, y pronto varias señoras ricas y encompetadas le encargaron antimacasares y cubiertas de muebles. Corrida la noticia por las "réclames" de Fulgencia se le pidió un cubrecama para una novia... ¡Oh! ¡En aquello sí vieron las señoras los dedos un ángel! Sobre aquella red sutil e inmaculada, cual telaraña de la gloria, albeaban con sus pétalos ideales manojos de azucenas, y volaban como almas de vírgenes unas mariposas aseñoradas, de una gravedad coqueta y desconocida. No tuvo que intervenir la lavandera: de los dedos milagrosos salió aquel ampo de pureza a velar el lecho de la desposada.

Del importe del cubrecama sacóle Juancho un flux de muy buen paño, un calzado hecho sobre medidas y un tirolés de profunda hendidura y ala muy graciosa. Entusiasmada doña Fulgencia con tantísima percha hízole de un retal de blusa mujeril que le quedaba en bandera una corbata de moño, a la que, por sugestión acaso, imprimió la figura arrobadora de las mariposas supradichas. Etéreo como una revelación de los mundos celestiales quedó Damiancito con los atavíos; y cual si ellos influyesen en los vuelos de su espíritu sacerdotal, iba creciendo al par que en majeza y galanura en las sapiencias y reconditeces de la latinidad. Agachado en su mesita cojitranca vertía del latín al romance y del romance al latín, ahora a Cornelio Nepote y tal cual miaja de Cicerón, ahora a San Juan de la Cruz, cuya serenidad hispánica remansaba en unos hiperbatones dignos de Horacio Flaco. Probablemente Damianciato sería con el tiempo un Caro número dos.

La cabecera de su casta camita era un puro pegote de cromos y medallas, de registros y estampitas, a cual más religioso. Allí Nuestra Señora del Perpetuo, con su rostro flacucho tan parecido al del seminarista; allí Martín de Porres, que armado de su escoba representa la negrería del Cielo; allí Bernardette, de rodillas ante la blanca aparición; allí copones entre nubes, ramos de uvas y gavillas de espigas, y el escapulario del Sagrado Corazón, de alto relieve, destacaba sus chorrerones de sangre sobre el blanco disco de franela.

Doña Pacha, a vueltas de sus entusiasmos con las virtudes y angelismo del curita, y en fuerza acaso de su misma religiosidad, estuvo a pique de caer en un cisma: muchísimo admiraba a los sacerdotes, y sobre todo al Rector del Seminario; pero no le pasaba ni envuelto en hostias eso de que no se le diese beca a un ser como Damián, a ese pobrecito desheredado de los bienes terrenos, tan millonario en las riquezas eternas. El Rector sabría mucho; tanto, si no más que el Obispo; pero ni él ni su Ilustrísima le habían estudiado, ni mucho menos comprendido. ¡Claro! De haberlo hecho, desbecaran al más pintado a trueque de colocar a Damiancito. La iglesia antioqueña iba a tener un San Tomasito de Aquino, si acaso Damián no se moría, porque el muchacho no parecía cosa para este mundo.

Mientras que doña Pacha fantaseaba sobre las excelsitudes morales de Damián, Fulgencita se daba a mimarle el cuerpo endeble que aprisionaba aquella alma apenas comparable al cubrecama consabido. Chocolate sin harina de lo más concentrado y espumoso; aquel chocolate con que las hermanas se regodeaban en sus horas de sibaritismo, le era servido en una jícara tamaña como esquilón. Lo más selecto de los comistrajés, las grosuras domingueras con que regalaban a sus comensales iban a dar en raciones frailescas a la tripa del seminarista, que gradualmente se iba anchando, anchando. Y para aquella cama que antes fuera dura tarima de costurero, hubo blandicies por colchones y almohadas, y almidonadas blancuras semanales por sábanas y fundas, y flojedades cariñosas por la colcha grabada, de candideces blandas y flecos desmadejados y acariciadores. La madre más tierna no repasa ni revisa los indumentos interiores de su unigénito cual lo hiciera Fulgencita con aquellas camisas, con aquellas medias y con aquella otra pieza que no pueden nombrar las "misses" . Y aunque la señora era un tanto asquenta y poco amiga de entenderse con ropas ajenas, fuesen limpias o sucias, no le pasó ni remotamente al manejar los trapitos del seminarista ni un ápice de repugnancia. ¡Qué le iba a pasar! ¡Si antes se le antojaba, al manejarlas, que sentía el olor de pureza que deben exhalar los suaves plumones de los ángeles! Famosa dobladora de tabacos, hacía unos largos y aseñorados que eran para que Damiancito los fumase a solas en sus breves instantes de vagar.

Doña Pacha, en su misma adhesión al santico, se alarmaba a menudo con los mimos y ajonjeos de Fulgencia, pareciéndole un tanto sensuales y antiascéticos tales refinamientos y tabaqueos. Pero su hermana le replicaba, sosteniéndole que un niño tan estudioso y consagrado necesitaba muy buen alimento; que sin salud no podía haber sacerdotes, y que a alma tan sana no podían malearla las insignificancias de unos cuatro bocados más sabrosos que la bazofia ordinaria y cotidiana, ni mucho menos el humo de un cigarro; y que así como esa alma se alimentaba de las dulzuras

celestiales, también el pobre cuerpo que la envolvía podía gustar algo dulce y sabroso, máxime cuando Damiancito le ofrecía a Dios todos sus goces puros e inocentes.

Después del rosario con misterios en que Damián hacía el coro, todo él ojicerrado, todo él recogido, todo extático, de hinojos sobre la áspera estera antioqueña que cubría el suelo; después de este largo coloquio con el Señor y su Santa Madre, cuando ya las patronas habían despachado sus quehaceres y ocupaciones de prima noche, solía Damián leerles algún libro místico, del padre Fáber por lo regular. Y aquella vocecilla gangosa que se desquebrajaba al salir por aquella dentadura desportillada, daba el tono, el acento, el carácter místico de oratoria sagrada. Leyendo "Belén", el poema de la Santa Infancia, libro en que Fáber puso su corazón, Damián ponía una cara, unos ojos, una mueca que a Fulgencia se le antojaban transfiguración o cosa así. Más de una lágrima se le saltó a la buena señora en esas leyendas.

Así pasó el primer año, y, como era de esperarse, el resultado de los exámenes fué estupendo; y tanto el desconsuelo de las señoras al pensar que Damiancito iba a separárseles durante las vacaciones, que él mismo, motu proprio, determinó no irse a su pueblo y quedarse en la ciudad a fin de repasar los cursos ya hechos y prepararse para los siguientes. Y cumplió el programa con todos sus puntos y comas: entre textos y encajes, entre redes y cuadernos, rezando a ratos, meditando con frecuencia, pasó los asuetos; y sólo salía a la calle a las diligencias y compras que a las señoras se les ocurrían, y tal cual vez a paseos vespertinos a las afueras más solitarias de la ciudad, y eso porque las señoras a ello le obligaban.

Pasó el año siguiente; pero no pasó sin que antes se acrecentara más y más el prestigio, la sabiduría, la virtud sublime de aquel santo precoz. No pasó tampoco la inquina santa de doña Pacha al Rector del Seminario: que cada día le sancochaba la injusticia y el espíritu de favoritismo que aun en los mismos seminarios cundía e imperaba.

Como a fines de ese año, a tiempo que los exámenes se terminaban, se les hubiese ocurrido a los padres de Damián venir a visitarlo a Medellín, y como Aguedita estuviera de viaje a los ejercicios de diciembre, concertaron las patronas, previa licencia paterna, que tampoco en esta vez fuese Damián a pasar las vacaciones a su pueblo. Tal resolución les vino a las señoras, no tanto por la falta que Damián iba a hacerles, cuanto y más por la extremada pobreza, por la miseria que revelaban aquellos viejecitos, un par de campesinos de lo más sencillo e inocente, para quienes la manutención de su hijo iba a ser, si bien por pocos días, un gravamen harto pesado y agobiador. Damián, este ser obediente y sometido, a todo dijo amén, con la mansedumbre de un cordero. Y sus padres, después de bendecirle, partieron llorando de reconocimiento a aquellas patronas tan bondadosas y a mi Dios que les había dado aquel hijo.

¡Ellos, unos pobrecitos montañeros, unos ñoes, unos muertos de hambre, taitas de un curita! Ni podían creerlo. ¡Si su Divina Majestad fuese servida de dejarlos vivir hasta verlo cantar misa o alzar con sus manos la Hostia, el Cuerpo y Sangre de mi Señor Jesucristo! Muy pobrecitos eran, muy infelices; pero cuanto tenían: la tierrita, la vaca, la media roza, las cuatro matas de la huerta, de todo saldrían, si necesario fuera, a

trueque de ver a Damiancito hecho cura. ¿Pues y Aguedita? El cuajo se le ensanchaba de celeste regocijo, la glorificación de Dios le rebullía por dentro al pensar en aquel sacerdote, casi hechura suya. Y la parroquia misma, al sentirse patria de Damián, sentía ya vibrar por sus aires el soplo de la gloria, el hálito de la santidad: sentíase la Padua chiquita.

No cedía doña Pacha en su idea de la beca. Con la tenacidad de las almas bondadosas y fervientes buscaba y buscaba la ocasión; y la encontró. Ello fue que un día, por allá en los julios siguientes, apareció por la casa, como llovida del cielo y en calidad de huésped, doña Débora Cordobés, señora briosa y espiritual, paisana y próxima parienta del Rector del Seminario. Saber doña Pacha lo del parentesco y encargar a dona Débora de la intriga, todo fue uno. Prestóse ella con entusiasmo, prometiéndole conseguir del Rector cuanto pidiese. Ese mismo día solicitó por el teléfono una entrevista con su ilustre allegado, y al Seminario fue a dar a la siguiente mañana.

Doña Pacha se quedó atragantándose de Te Deums y Magníficats, hecha una acción de gracias; corrió Fulgencita a arreglar la maleta y todos los bártulos del curita, no sin choclear un poquillo por la separación de este niño que era como el respeto y la veneración de la casa. Pasaban horas, y doña Débora no parecía. El que vino fue Damián, con sus libros bajo el brazo, siempre tan parejo y tan sonreído.

Doña Pacha quería sorprenderlo con la nueva, reservándosela para cuando todo estuviera definitivamente arreglado, pero Fulgencita no pudo contenerse y le dio algunas puntadas. Y era tal la ternura de esa alma, tanto su reconocimiento, tanta su gratitud a las patronas, que, en medio de su dicha, Fulgencita le notó cierta angustia, tal vez la pena de dejarlas. Como fuese a salir, quiso detenerlo Fulgencita; pero no le fue dado al pobrecito quedarse, porque tenía que ir a la Plaza del Mercado a llevar una carta a un arriero, una carta muy interesante para Aguedita.

El que sale, y doña Débora que entra. Viene inflamada por el calor y el apresuramiento. En cuanto la sienten las del Pino se le abocan, la interrogan, quieren sacarle de un tirón la gran noticia. Siéntase doña Débora en un diván exclamando:

-¡Déjenme descansar y les cuento!

Se le acercan, la rodean, la asedian. No respiran. Medio repuesta un punto, dice la mensajera:

-¡Mis queridas! ¡Se las comió el santico! ¡Hablé con Ulpianito: hace más de dos años que no ha vuelto al seminario!... ¡Ulpianito ni se acordaba de él!...

-¡Imposible! ¡Imposible! -exclaman a dúo las dos señoras.

-No ha vuelto... ¡Ni un día! Ulpianito ha averiguado con el Vicerrector, con los Pasantes, con los Profesores todos del Seminario. Ninguno lo ha visto. El portero, cuando oyó las averiguaciones, contó que ese muchacho estaba entregado a la

vagamundería. Por ai dizque lo ha visto en malos pasos. Según cuentas, hasta donde los protestantes dizque ha estado...

-¡Esa es una equivocación, misiá Débora! -prorrumpe Fulgencita con fuego.

-¿Eso es para no darle la beca! -exclama doña Pacha sulfurada-. ¡Quién sabe en qué enredo habrán metido a ese pobre angelito!...

-¡Sí, -Pacha! -asevera Fulgencita-. A misiá Débora la han engañado. Nosotras somos testigas de los adelantos de ese niño; él mismo nos ha mostrado los certificados de cada mes y las calificaciones de los certámenes.

-Pues no entiendo, mis señoras, o Ulpiano me ha engañado... -dice doña Débora ofuscada, casi vacilando.

Juan de Dios Barco aparece.

-¡Oiga, Juancho, por Dios! -exclama Fulgencita en cuanto le echa el ojo encima-. Camine, oiga estas brujerías. ¡Cuénteles, misiá Débora!

Resume ella en tres palabras; protesta Juancho; se afirman las patronas; dase por vencida doña Débora.

-¡Esta no es conmigo!... -vocifera doña Pacha, corriendo al teléfono.

¡Tilín!... ¡Tilín!...

-¡Central!... ¡Rector del Seminario!...

¡Tilín!... ¡Tilín!...

Y principian. No oye, no entiende; se enreda, se involucra, se tupe, da la bocina a Juancho y escucha temblorosa. La sierpe que se le enrosca a Núñez de Arce le pasa rumbando. Da las gracias Juancho, se despide, cuelga la bocina y aísla.

A aquella cara anodina, agermanada, de zuavo de Cristo, se vuelve a las señoras; y con aquella voz de inmutable simpleza dice:

-¡Nos co-mió el se-bo el pen-de-je-te!

Se derrumba Fulgencia sobre un asiento. Siente que se desmorona, que se deshiela moralmente. No se asfixia porque la caldera estalla en un sollozo.

-¡No llorés, Fulgencia! -vocifera doña Pacha con voz enronquecida y temblona-. ¡Dejámelo estar!

Alzase Fulgencia y ase a la hermana por los molledos.

-¡No le vaya a decir nada, mi querida! ¡Pobrecito!

Rúmbala doña Pacha de tremenda manotada.

-¡Que no le diga! ¡Que no le diga! ¡Que venga aquí ese pasmao!... ¡Jesuíta! ¡Hipócrita!

-¡No, por Dios, Pacha!...

-¡De mí no se burla ni el Obispo! ¡Vagamundo! ¡Perdido! ¡Engañar a unas tristes viejas! ¡Robarles el pan que podían haberle dado a un pobre que lo necesitara! ¡Ah, malvado! ¡Comulgador sacrílego! ¡Inventor de certificados y de certámenes!... ¡Hasta protestante será!

-¡Vea, mi queridita! No le vaya a decir nada a ese pobre. Déjelo siquiera que almuerce.

Y cada lágrima le caía congelada por la arrugada mejilla.

Intervienen doña Débora y Juancho. Suplican.

-¡Bueno! -decide al fin doña Pacha, levantando el dedo-. ¡Jartálo de almuerzo hasta que se reviente! Pero eso sí: ¡chocolate del de nosotras sí no le das a ese sinvergüenza! ¡Que beba aguadulce o que se largue sin sobremesa!

Y erguida, agrandada por la indignación, corre a servir el almuerzo.

Fulgencita alza a mirar, como implorando auxilio, la imagen de San José, su santo predilecto.

A poco llega el santico, más humilde, con su sonrisilla seráfica un poquito más acentuada.

-Camine a almorzar, Damiancito... -le dice doña Fulgencia, como en un trémolo de ternura y amargura.

Sentóse la criatura y de todo comió con mastiqueo nervioso, y no alzó a mirar a Fulgencita ni aun cuando ésta le sirvió la inusitada taza de agua de panela.

Con el último trago le ofrece doña Fulgencia un manojo de tabacos, como lo hacía con frecuencia. Recíbelos San Antoñito, enciende y vase a su cuarto.

Doña Pacha, terminada la faena del almuerzo, fue a buscar al protestante. Entra a la pieza y no lo encuentra; ni la maleta, ni el tendido de la cama.

Por la noche llaman a Candelaria al rezo y no responde; búscanla y no parece; corren a su cuarto, hallan abierto y vacío el baúl... Todo lo entienden.

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmunda de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable.

El Prefacio de Francisco Vera

I

La señora forastera, de temporada en el poblacho, obtuvo apenas fué conocida la gran fama como narradora, no tanto por su repertorio, y su verba pintoresca, cuanto por la mímica y los remedos con que solía, por dar realce a sus anécdotas, transfigurar la fealdad caricaturesca de su vejez.

Una noche de tertulia, casa de uno de los caciques de más fuste, la instaron, de sobremesa, para que contara algo de lo bueno y divertido. No se hizo rogar la vivaracha abuela: sacó su silla al centro de la sala, y antes de sentarse declamó muy airosa y oratoria:

"Atención, nobles señores
Y las damas del decoro.
Que esta vez voy a contaros
Un cacho que no es de toro"

«Esto no es, realmente, cuento ni historias inventadas, sino un ejemplo que pasó tál y como lo aprendió una servidora de ustedes. Me lo enseñó taita Angarita, que era hombre de pluma y muchos conocimientos:

En la España del Rey nuestro señor -principia muy pausada- había... y hasta lo habrá todavía, un pueblo muy grande y muy bonito, llamado Villa de Rescatados.

En ese pueblo nació mi mamita María de la O. Santofimio, una señora de media y babucha, muy tonable y mandataria. Nos contaba ella que la iglesia mayor del pueblo ese, que es uno de los templos más hermosos y ricos de la cristiandad, se lo edificaron expofeso a Nuestra Señora de las Mercedes, aparecida en un retablo muy perfecto y muy antiguo. Se lo encontraron unos cazadores en un peñasco sumamente alto, donde nadie había subido, por allá en tierra de moros. Por revelación que tuvo una señora muy santa vino a saberse que la Divina Señora quería que la trasladaran al lugar. Al momento fué por ella el gentío en una solemnidad nunca vista. El día que la colocaron en su templo se retocó muy patente y más hermosa que antes, y siguió retocándose cada doscientos años. Fueron tantísimos sus milagros, que miles de cristianos, que tenían cautivos los indinos moros, volvieron a su tierra buenos y sanos, sin faltar tan siquiera uno solo. Por eso llamaron al pueblo Villa de Rescatados. Nos contaba mi

mamacita que todo el templo está cubierto con imágenes de milagros, pintadas y de bulto, y con ofrendas muy ricas; y que vive siempre lleno de peregrinos que llegan constantemente de toda parte del mundo.

Pues bueno:

Vivía en el pueblo un taitón muy macizo, muy acuerpado y de mucha fortaleza, que se llamaba Francisco Vera. Era tan buscarruidos y altanerote, que le armaba camorra al que lo volteaba a ver. ¡Qué tal sería de caudillo y de ventajoso, que en vez de sacar la muñeca que Dios le había dado y tumbar cristianos a cada zuque, pelaba, muy sí señor, una guasparria tamaña de grande, que manejaba siempre en la cintura! Cada rato había en el pueblo trifulcas y garroteras asuntadas a las contiendas del tal Francisco Vera. A más de esto era tan tramposo y malostratos, que nadie le fiaba un cuartillo de perro; y tan fabuloso, que por más que jurara y perjurara, no le creían una palabra. Pero eso sí: devoto como él solo de la Virgen de las Mercedes. Cada día 25 de septiembre, aunque no se confesara ni se enmendara cosa, le llevaba su buena ofrenda y asistía a toditas las funciones. Tal vez por eso el alcalde mayor y los alguaciles le disimulaban sus fechorías.

Era cura del lugar el vicario Bobadilla, un sacerdote muy virtuoso y algo pariente de mi mamita María de la O. Aunque ya estaba vejancón y padecía de la gota, tenía una voz tan linda y tan sumamente alta, que cuando cantaba en la iglesia retumbaba por toda la plaza. Tanta fama tenía su habilidad, que venían gentes de otras poblaciones nada más que para oírlo cantar misa.

Era hombre de mucho secreto, y muy querido de todos sus feligreses por lo servicial y lo parejo; lo mismo era con los señores acaudalados que con los probrecitos limosneros. Su única diversión era cuidar una mulita baya, que contemplaba como a las niñas de sus ojos.

Se me olvidaba decirles que en sus mocedades había sido soldado, y que en una pelea muy tremenda que hubo con los moros se portó con tanto valor, que el Rey nuestro Señor lo premió con una bolsa de onzas, lo puso en la guardia real y se lo llevó a su palacio.

El Vicario se mantenía sancochado con las perrerías de Francisco Vera; pero en vista de aquella devoción a la Virgen, determinó mandarle la novena para que le alumbrara lo que debía hacer con su devoto; porque como era tan bueno y quería la salvación de todos los cristianos, no podía convenir que se fuera a perder un alma redimida con la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Así lo hizo, y en acabando la novena llamó a su casa al tal Francisco, un sábado por la noche. Se encerró con él y le dio unos consejos tan lindos y religiosos, que el caimán le prometió cambiar de vida si lo entablaba en algún trabajo. El Vicario convino en todo con tal que se confesara y cambiara de vida. Dicho y hecho: al otro día se quedaron en el pueblo tamañitos cuando, en misa mayor vieron a Francisco Vera arrimar al comulgatorio y recibir la Santísima Forma con muchísimo recogimiento. Dando y dando: después de misa le entregó al cura cien

patacones, patacón sobre patacón, para que pusiera una venta en un paraje muy aparente, por allá en los ejidos del lugar.

Principió el negocio con mucho auge y la gente estaba muy admirada con la enmienda del dichoso Francisco Vera, de las caridades tan lindas del vicario, y del poder tan grande de la Virgen.

¡Pues, señor!... ¡Se perdió chicha, calabazo y miel! Y la cosa hedió a cacho: resultó que aquel taita del enemigo malo hizo en la venta lo que nunca se le había ocurrido en su perra vida; aprendió a beber. ¡Pero de qué manera! ¡Entonces sí fué cierto que se puso bien canónigo y bien alzado! Tanto que las mismas autoridades le cogieron recelo. Lo metían a la cárcel, pero como era tan ladino y tan endiablado, se les escabullía mientras espabilaban, y la gente se ponía en un hilo, sabiendo que andaba por ahí suelto. El vicario se dejó entonces de bullas, y en mucho secreto le puso un posta al Rey nuestro Señor, con una carta muy bien relatada, en que le pedía los librara de semejante peligro.

Nadie sospechaba ni lo negro de la uña, cuando un día... ¡Muñeco al hombro! Comparecieron en el pueblo diez alguaciles reales, como diez torres; me le echaron mano a mi señor don Francisco; jalaron con él hasta la propia orilla del mar y me lo embarcaron en una navío. Ya se podrá suponer cómo quedarían de descansados en el pueblo.

Entonces principiaron las cavilaciones sobre la suerte que había corrido. Unos aseguraban que había perecido en el mar; otros, que lo habían puesto en galeras; otros, que se había brincado del barco, y que nadando, nadando, como perro terranova, había alcanzado a una orilla y que allí vivía en una caverna como si fuera un ermitaño.

A éstas y las otras llegó el día de Nuestra Señora de las Mercedes y cuál sería el pasmo de los fieles cuando lo vieron entrar a la salve, como si lo brotara la tierra. Se arrodilló muy devoto ante el Retablo y presentó a la Virgen una ofrenda muy cuantiosa de oro en polvo.

Al otro día asistió a todas las funciones, pero no alzó a ver a nadie ni pronunció una palabra. No bien terminaron las solemnidades se volvió ojo de hormiga. Nadie pudo averiguar por más que se volviera mico y mono, dónde había posado ni qué camino había cogido. Esto los puso a todos en el último punto de la curiosidad. Pero el vicario, como tenía una fe tan grande en la Virgen decía simple: "Ahí no hay ningún misterio: Francisco Vera está de ermitaño, haciendo penitencia. Nuestra Señora no va a descuidar el alma de un devoto suyo".

Al poco tiempo principió el runrún de que había salteadores por ahí en los caminos, y que en las casas de campo estaban haciendo muchos daños; pero como nadie se quejaba a la justicia ni ninguno mostraba los atentados, determinaron, al fin, que todo era invenciones y habladurías de gente ociosa.

Pasaron unos meses, y un día allá por cuasimodo, llamaron al vicario con mucha urgencia para que fuera a auxiliar un moribundo, por allá a unos guaicos algo retirados del pueblo. Ensiló su mulita, y a propio golpe de las doce emprendió marcha, rezando el avemaría. Llegó la oración, llegaron las ocho y las nueve... y el vicario sin parecer. La criada que le servía salió entonces de casa en casa, y puso en movimiento a todo el vecindario. Salieron a buscarlo a pie y a caballo; anduvieron mucho rato por unos y otros caminos... ¡y ni un alma por esas soledades! En el colmo de la alarma se juntaron en un alto, para ver qué sacaban en limpio, cuando por allá a las mil y quinientas vieron venir una lucecita, falda arriba. Fueron a ver, y casi no conocen al vicario; venía a pie, alumbrándose con una cabito de vela, sin sombrero, con la sotana rota, y todo él tan desempajado y tan mustio, que parecía un limosnero.

-¿Y eso qué contiene, mi padre? -le preguntó el alcalde.

-Después se sabrá -contestó él.

-¿Y la mulita?

-Después se sabrá.

Y de aquí no lo sacaron. En el pueblo sucedió lo propio, nadie pudo desentresijarle lo más mínimo.

Pasaban días y más días, pero el "Después" del vicario no llegaba y a los feligreses se les reventaba la hiel con el ansia de descubrir aquel misterio.

II

La criada del vicario, que era una zamba muy conversona y un puro empalago, estaba trastornada con el papel que estaba desempeñando en esos días. Todo el mundo la llamaba para averiguarle. Contaba, entre otras cosas, que su amo desde ese día era otro. Que, aunque tan siquiera le había amagado la gota, estaba tristón y desganado; que suspiraba cada rato, y que en ocasiones parecía fatuo o distraído. Que a ella no le quitaban de la cabeza que a su amo, aunque fuera sacerdote y tan sabido y tan católico, le habían hecho un maleficio muy terrible. Que a lo mejor echaba a cantar con la tonada del prefacio unas bobadas, como los ciegos que pedían limosna; que se ponía a escribir en cualquier papel, y que después lo rasgaba; que a una imagen del Retablo, que tenía en su cabecera, le decía de presto unas cosas que no eran oraciones ni décimas religiosas.

Nadie le creía a la zamburria, porque el manejo del vicario en la calle y en el templo era tan bueno y tan bonito como siempre.

A ésas, otra vez la festividad de la Virgen. Llegaban y llegaban peregrinos y forásticos, y todo el pueblo estaba en atisba por ver si volvía Francisco Vera. Pasaron visperas, salve y procesión, y el hombre no resultaba por ninguna parte. Pero dejan

para misa mayor... ¡y cátemelo en la iglesia! Venía muy fanfarrón, con un traje muy rico de caballero, y una capa de grana terciada con mucho orgullo. Llevaba colgada en una mano una gargantilla de uchuvas y de perlas, de lo más precioso, para ofrendarle a la Virgen. Pero como el templo estaba ya retaqueado, no pudo por más que empujaba y metía codo, llegar hasta el trono de plata donde ponían el Retablo. Tuvo que quedarse muy abajo, junto a una pila. La misa principió con la pompa y la solemnidad de todos los años; y, como Francisco Vera era tan altote y la capa tan vistosa, lo divisó el vicario bien divisado, cuando volteó a decir el "orate fratres".

Llegó el momento del prefacio, y todos tosieron y se prepararon a no perder una nota de aquel canto tan maravilloso. Abrió el vicario esa boca -la narradora imita con propiedad ademanes y canto rituales- y entona:

Ahí está Francisco Vera,
Robador de las haciendas,
Que despluma a caminantes
por atajos y por sendas.

Una tarde en que viajaba
Me asaltó el perdonavidas
y me robó mi mulita
Que anda cien leguas seguidas.

Me robó mi silla turca
Toda de plata chapada,
Y mis espuelas moriscas
De labor sobredorada.

Me robó dos mil ducados
Que el Rey mi Señor me diera
Y llevé siempre conmigo
En oculta faltriquera.

Por evitar sacrilegios
Y otros horribles delitos,
Tuve que hacer vil remedo
Del más grande de los ritos;

Me hizo cantar una misa
Al pie de frondosa higuera;
Me hizo elevar por hostia
Un trozo de calavera;

Me hizo alzar como cáliz
El zancarrón de una yegua;
Me hizo beber por vino
La sangre de una culebra.

Mando pues, a los presentes,
Aunque el lugar sea sagrado,
Qué cojan al bandolero
Y a la cárcel sea llevado.

-¡Qué susto aquél! Pero no hubo necesidad de nada, porque Francisco Vera se puso en pie y dijo con voz muy rara: "No hay que tocarme: ¡me doy por preso en nombre de la Virgen! ¡Ella responde de que no quiero escaparme!" Todos miraron al Retablo y vieron muy patente que la Divina Señora movía el rostro, en señal de otorgamiento. El hombre siguió clavado de rodillas y llorando como un niño.

A la salida de misa hizo confesión pública en media plaza, llorando a lágrima viva y pidiendo tormentos y muerte ignominiosa. Divulgó a sus compañeros y el subterráneo donde se escondían y guardaban los dineros, las alhajas y demás cosas robadas. Contó que sólo habían vendido las bestias y que las otras riquezas no las habían repartido todavía. Que podían restituir el valor de todos los robos y pagar perjuicios, porque él y otros dos de la pandilla habían recorrido muchos pueblos disfrazados de caballeros principales, y que en todos habían puesto banca, por cuenta de la compañía, con una suerte tan grande, que con toda limpieza y legalidad aumentaron su caudal en más del triple. Contó que su confesión y comunión cuando el llamado del vicario, fueron sacrílegas, porque calló pecados muy horribles; que ese mismo día, mientras él le contaba los dineros del entable, le robó el cuaderno de los Santos Evangelios; que desde entonces lo llevaba pegado al pecho con una faja, para librarse de bala, de puñal, de picadura de culebra y de maleficios de toda laya.

Contó que los alguaciles reales lo llevaron a una isla del mar, donde vivía gente muy pirata; que allí topó compañeros de robo y se volvió con ellos a la España del Rey Nuestro Señor, donde emprendieron vida de salteadores. Que a los infelices que caían en sus garras los obligaban, después de despojarlos, a jurar sobre los Santos Evangelios no divulgarlos ni en artículo de muerte; que a los que se resistían los llevaban a paraje secreto, los abaleaban, y ahí mismo los enterraban sin ponerles tan siquiera una triste cruz de chamiza.

Y, como jurar en falso sobre los Santos Evangelios no tiene perdón de Dios, ni en esta vida ni en la otra, nadie chistaba una palabra por no perder su alma. ¡Por eso andaban esos malignos tan despensionados!

El vicario se ranchó a jurar; pero, ¿cómo hacían para matarlo? El que asesina sacerdote o le saca sangre por mal, está condenado en vida: queda, ahí mismo, poseído del demonio, y echa a morder que ni perro rabioso, hasta que muere de la rabia.

Por eso inventaron los herejes, ya que no podían asesinar al vicario, el embeleco de la misa. Se resistió también; ¡seguro que no! En la sofoquina se le cayó al pobrecito el cinto con los dos mil ducados, ¡pero ni por esas se aplacaron esos diablos! Lo amenazaron con secuestrarlo en el subterráneo y robarle, mientras estuviera preso, el tesoro de la Virgen. Ahí sí se rindió el vicario y cantó la misa, a moco tendido, tál y como lo relató en el prefacio.

Dijo también que él tenía su corazonada de que el vicario lo divulgaría apenas lo viera en el pueblo; pero que no pudo resistir a unas ansias muy grandes que le acometieron de presentar él mismo la ofrenda. Por lo cual se vio patente que ya la Virgen le había tocado el corazón.

Era tanta y tan conmovedora la contrición de Francisco Vera, que todo el mundo lloraba. Ahí mismo lo condenó el justicia mayor a muerte de horca. Pero mientras se hacían las diligencias para la repartija de todo lo robado a sus debidos dueños y se cogían los otros criminales, le puso el vicario, en el secreto de siempre, otro posta al Rey Nuestro Señor, para implorarle el indulto del reo. Su Sacra Real lo concedió al momento.

Entonces lo condenaron a galeras por muchos años; pero, como se portó en ellas como el más humilde de los santos, le rebajaron la condena. Se fue entonces de criado a un convento de capuchinos. Hizo tanta penitencia, que se volvió un esqueleto: se le salieron los ojos a fuerza de llorar, y la lengua se le convirtió en una llaga.

Un día de las Mercedes, al amanecer, sintieron los frailes una fragancia que trascendía por todo el convento, y unas músicas y unos cánticos, de la cosa más preciosa. Fueron a la celda de Francisco Vera y lo toparon muerto. Lo llevaron a la iglesia, y a medida que lo velaban se iba poniendo tan lindo y tan perfecto, que cuando fueron a darle sepultura parecía mismamente un ángel del Señor.

¡Así como se los cuento! Y todo el que es devoto de Nuestra Señora de las Mercedes, aunque sea el pecador más empedernido, tendrá muerte santa: porque la Divina Señora no sólo redime los cautivos de infieles, sino que le arranca al Diablo las almas que ya tiene entre sus garras.

A mayor gloria de la Virgen María. Amén».

NOTA. -Este cuento localizado en Antioquia y muy en boga hace sesenta años entre las gentes del pueblo, no es otra cosa que una variante de "El Romance del Cura", recogido por Rodríguez Marín no hace muchos años. Probablemente esta narración la trajo a Antioquia algún valenciano.

La Mata

Vivía sola, completamente sola, en un cuarto estrecho y sombrío de cabo de barrio. Sus nexos sociales no pasaban de la compra, no siempre cotidiana, de pan y combustible, en algún ventorrillo cercano; del trato con su escasa clientela, y de sus entrevistas con el terrible dueño del tugurio. Este hombre implacable la amenazaba con arrojarla a la calle, cada vez que le faltase un ochavo siquiera del semanal

arrendamiento. Y, como pocas veces completaba la suma, vivía pendiente de la amenaza.

Después de ensayar con varios oficios, vino a parar en planchadora de parroquianos pobres; que para ricos no alcanzaban sus habilidades. Faltábale trabajo con frecuencia, y entonces eran los ayunos al traspaso. El hambre, con todo, no pudo lanzarla a la mendicidad.

Era uno de esos seres a quienes la rueda de la vida va empujando al rodadero, sin alcanzar a despeñarlos. Más que vieja, estaba maltrecha, averiada por la miseria y las borrascas juveniles. De aquella hermosura soberana, que vio a sus plantas tantos adoradores, no le quedaba ni un celaje. De sus haberes y preseas de los tiempos prósperos, sólo guardaba el recuerdo doloroso. De aquel naufragio no había salvado más que el cargamento de los desengaños.

Su historia, la de tantas infelices: de cualquier suburbio vino, desde niña, a servir a la ciudad; pronto se abrió al sol de la mañana aquella rosa incomparable, y... lo de siempre. ¡Pobre flor!

Dos hijos tuvo y fueron su tormento. El varón huyó de ella y se fué lejos, no bien se sintió hombrecito. Su hija, un ángel del cielo, la recogió el padre, a los primeros balbuceos, donde nunca supiese de su madre.

Ni un amigo ni una compañera le quedaban en su ocaso, a ella que los tuvo sin cuento en su cenit; ni una palabra de conmiseración a ella que oyera tantas lisonjas. Y, las pocas veces que imploró un socorro, de algún bolsillo en otros tiempos suyo, no obtuvo ni siquiera una respuesta. El desprecio de los unos, el desconocimiento de los otros, caían sobre ella como la piedra mosaica sobre la hebrea infiel. La pobre mariposa, ya ciega, sin esmaltes ni tornasoles, se recogió, en su espanto, para morir entre el polvo abrigado de la gruta.

En su anonadamiento no pensaba en el cielo ni en la tierra; no pensaba en nada que pudiera redimirla. ¡Qué iba a pensar la infeliz! Sólo sentía el hambre de la bestia que ya no puede buscarse el alimento; sólo el frío del ave enferma que no encuentra el nido.

El hambre material... ¡muy horrible, muy espantosa! Pero esta otra del corazón; esta necesidad de un ser a quién amar, con quién compartir la negra existencia; esta soledad de la vejez, no podía, no era capaz de arrostrarla.

Consiguió un gato, un gato muy hermoso. Pero los gatos, lo mismo que el amigo, huyen de las casas donde el hogar no arde. Dos veces tuvo loro, y uno y otro murieron de inanición. Su desgracia les alcanza hasta a los pobres animales. Si ella consiguiera una compañera que no comiese... pero, ¿cuándo?

Un día, al pasar por la calleja un carro con enseres de una familia en mudanza, cayó junto a su puerta un tiesto con una planta. Como se hiciera trizas, lo dejaron allí abandonado. Tomó ella la raíz, sembróla en un cacharro desfondado y lo puso en un rincón, junto a la entrada.

Antes de un año era una planta que llamaba la atención de los transeúntes. Regarla, quitarle las hojas secas, ponerle abono, era su dicha; una dicha muy grande y muy extraña. Tan extraña, que siempre recordaba a su hijita, las pocas veces que pudo peinarla y componerla. Le propusieron comprársela a muy buen precio. ¿Vender ella su mata? ¡Si le parecía que era persona como ella; que era algo suyo; que la acompañaba; que sabía lo que pensaba! su cuchitril no se le hacía ya tan triste ni tan feo. Y la pobre, autosugestionada por esta idea, ya ponía algún esmero en el aseo y arreglo del cuarto.

La planta iba creciendo a la sombra, como si Dios la bendijese. Y Dios la bendecía, porque consolaba a un alma triste. Una día llegó un brazo hasta el dintel, otro levantó un renuevo, otro se curvó en arco. Su dueña entonces, clavó dos varas, amarró el tallo, y la guirnalda de brillante follaje y de campánulas purpúreas se fue extendiendo, pomposa y exuberante, hasta formar un dombo. Las gentes se paraban a contemplar tanta gentileza y galanura. La pobre mujer, menos cohibida, mandaba entrar a los curiosos para que viesen todo aquello. Hasta una señora muy lujosa entró un día.

Su mata la iba volviendo al trato con las gentes; le iba dando nombre. Ya no se sentía tan despreciada ni tan abatida. Como ya podían verla los extraños, no era tan descuidada en su vestido, y sacudía las paredes y aderezaba sus pobres trebejos con el primor que en la miseria quepa. Día por día iba aumentando el aseo. Tanta limpieza le atrajo más clientela y se hizo célebre en el barrio. El cuarto de María Engracia se citaba como una tacita de plata.

Una mañana entraron dos señoras a contemplar la mata. Admiradas del aspecto de aquella vivienda mísera, que la pulcritud hacía agradable, se deshicieron en elogios. Esa noche hizo lo que no hiciera desde sus tiempos de servicio: rezó a la Virgen el rosario entero. Otro día sacó de un baúl, donde se apolillaba en el olvido, un cuadro de la Dolorosa. Colgólo sobre su cabecera y le puso un ramo, el primero que cogía de la mata. Un domingo fue a misa de alba.

Aquel espíritu, que parecía muerto, resucitaba. Tal lo entendía ella. Todo era un milagro, un milagro que le hacía nuestro Padre Jesús de Monserrate, por medio de la mata. Sí: El era. Recordó, entonces, que un domingo, en sus tiempos tormentosos, al bajar del cerro con otras compañeras, le había dejado una tarjeta, en la última estación. Recordaba todo, punto por punto; su amiga Ana, que era muy instruida y muy tremenda, tomó un lápiz y puso al pie del nombre de este modo: "Acuérdate de mí, que soy una triste pecadora". Y todo esto, que tenía olvidado por completo, ¿por qué lo recordaba ahora, como si lo estuviese presenciando? Pues, por milagro...

Al sábado siguiente se postraba ante un confesor. No fué poco el pasmo de los vecinos cuando la vieron arrodillada en el comulgatorio para recibir la Santa Forma. De ahí

adelante llevó vida piadosa interior y exteriormente. La mata, más lozana y florida cada día, llegó a ser para ella un ser sobrenatural, enviado por Jesús de Monserrate para su enmienda y tutela.

Entre tanto se iba sintiendo muy enferma y quebrantada. Le daban palpitaciones con frecuencia; con frecuencia se le iba el mundo, y más de un vértigo la desvaneció en la iglesia. Presentía su fin muy próximo pero sin pena: antes bien con una dulce serenidad. ¡Si ella pudiera trasplantar su mata sobre su sepultura!

Un día llegó furioso el dueño del cuarto. Sólo a una malvada como ella se le ocurría poner ese matorral, para tumbar el cuarto con la humedad. Si no sacaba al punto aquella ociosidad la echaba a la calle con todo y sus corotos.

Ella se pone a llorar, sin que piense ni en tocar la mata. Por la tarde torna el hombre y arremete a bastonazos contra cacharro, flores y follaje. Tira todo a la calle y hace sacar los muebles enseguida. María Engracia se desploma, presa de un síncope. De allí la llevan para el hospital. En sus delirios ve su mata frente a su cama, como el arco de triunfo para entrar al paraíso. Y al amanecer de un domingo, cae para siempre en la red infinita de la Misericordia.

A la Plata

Aquel enjambre humano debía presentar a vuelo de pájaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrientos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones oscuros y sebosos, los paraguas apabullados, tantos pañuelos y trapajos retumbantes, eran el guardarropa de un Arlequín. Animadísima estaba la feria: era primer domingo de mes y el vecindario todo había acudido a renovación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarroñaba al resistero, buscaban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendidos de cachivaches se agrupaban las muchachas campesinas, sudorosas y sofocadas, atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios mezclado al olor del polvo y al de tanta plebe y negrería, formaban sumados, la hediondez genuina, paladínamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la rebatiña vertiginosa de la venduta, componían, sumados también, el balandro de la bestia. Llenaba todo el ámbito del lugarón.

Sonó la campana, y cátrate al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio. Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la prez, reanudóse aquello. Pero por un instante solamente, porque de pronto sintióse el pánico, y la palabra: "¡Encierro!" vibró en el aire como preludio de juicio

final. Encierro era en toda regla. Los veinte soldados del piquete, que inopinada y repentinamente acababan de invadir el pueblo, habíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, a bayoneta calada. Fué como un ciclón. Desencajados, trémulos, abandonándolo todo, se dispararon los hombres y hasta hembras también, a los zaguanes y a la iglesia. ¡Pobre gente! Todo en vano, porque, como la amada de Lulio, "ni en la casa de Dios está segura".

De allí sacaron unas decenas. Cayó entre los casados el Caratejo Longas. Lo que no lloró su mujer, la señá Rufa, llorólo a moco tendido María Eduvigis, su hija. Fuese ésta con súplicas al alcalde. A buen puerto arribaba: cabalmente que al Caratejo no había riesgo de largarlo. ¡Figúrense! El mayordomo de Perucho Arcila, el rojo más recalcitrante y más urdemales en cien lenguas a la redonda: ¡un pícaro, un bandido! Antes no era tanto para todo lo rojo que era el tal Arcila.

Ya desahuciado y en el cuartel, llamó el Caratejo a conferencia a su mujer y a su hija, y habló así: "A lo hecho, pecho, Corazón con Dios, y peganos del manto de María Santísima. A yo, lo que es matame, no me matan. Allá verán que ni an mal me va. Ello más bien es maluco dejalas como dos ánimas; pero ai les dejo maíz pa mucho tiempo. Pa desgusar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vustedes los saben hacer mejor que yo. Sigán con el balance de la güerta y de los quesitos, y métanle a estas placeñas y a las amasadoras los güevos hasta las cachas, y allá verán cómo enredamos la pita. Mirá, Rufa: si aquellos muchachos acaban de pagar la condena antes que yo güelva, no los almitás en la casa, de mantenidos. Que se larguen a trabajar, o a jalale a la vigüela y a las décimas si les da la gana. ¡Y no s'infusquen por eso!... ultimadamente, el Gobierno siempre paga".

Y su voz selvática, encadenada en gruñidos, con inflexiones y finales dejativos, ese acento característico de los campesinos de nuestra región oriental, los acompañaba el orador con mil visajes y mímicas de convencimiento, y un aire de socarronería y unos manoteos y paradas de dedo de una elocuencia verdaderamente salvaje. Ayudábale el carate. Por aquella cara larga, y por cuanto mostraba de aquel cuerpo langaruto y cartilaginoso, lucía el jaspe, con vetas de carey, con placas esmeriladas y nacarinas. Pintoresco forro el de aquella armazón.

Ensartando y ensartando dirigióse al fin a la hija, y, con un tono y un gesto allá, que encerraban un embuchado de cosas, le dice, dándole una palmadita en el hombro: "Y vos, no te metás de filática con el patrón: ¡es muy abierto!".

¡Culebra brava la tal Eduvigis! Sazonado por el sol y el viento de la montaña era aquel cuerpo, en que no intervinieron ni artificio ni deformación civilizadores; obra premiada de naturaleza. Las caderas, el busto bien alto, la proclamaban futura madre de la titanería laboradora. El cabello, negro, de un negro profundo, se le alborotaba, indomable como una pasión; y en esos ojos había unas promesas, unos rechazos y un misterio, que hicieron empalidecer a más de un rostro masculino. Un toche habría picado aquellos labios como pulpa de guayaba madura; de perro faldero eran los dientes, por entre los cuales asomaba tal cual vez, como para lamer tanto almíbar, una puntita roja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coquetismo, la regañaba

el cura a cada confesión, pero no le valía. Así y todo, mostrábase tan brava y retrechera, que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna memorable ocasión, un sopapo que ni un trancazo; fuera de que el Caratejo la celaba a su modo. El tenía su idea. Tanto que, apenas separado de la muchacha se dijo, hablado y todo y con parado de dedo: "Verán cómo el patrón le quebranta agora los agallones".

Y pocos días después partió el Caratejo para la guerra.

Rufa, que se entregó en poco tiempo y por completo al vicio de la separación, cuando los dos hijos partieron a presidio, bien podría ahora arrostrar esta otra ausencia, por más que pareciera cosa de viudez. ¡Y tanto como pudo! Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni quebraderos de cabeza por que volara el tiempo y le tornase el bien ausente, ni nada, vino a interrumpir aquel viento de cristiana filosófica indolencia. A vela henchida, gallarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos mares de leche. Y eso que en la casa ocurrió algo, y aun algos, por aquellos días. Pero no: sus altas atribuciones de vaquera labradora y mayordoma de finca, en que dio rumbo a sus actividades y empleo a la potencia judaica que hervía en su carácter, no le daban tiempo ni lugar para embelecocos y enredos de otro orden. ¡Lo que es tener oficio!...

Hembra de canela e inventora de dineros era la tal Rufa Chaverra. Arcila declarólo luego espejo de administradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo limpio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y ponía el fierro a aquel ganado, cuyo idioma parecía conocer, y a quien hacía los más expresivos reclamos, bien fuese colectiva o individualmente, ya con bramido bronco igual que una vaca, si era a res mayor, ahora melindroso, si se trataba de parvulillos; y siempre con el nombre de pila, sin que la "Chapola" se le confundiese con la "Cachipanda", ni el "Careperro" con el "Mancoreto". Hasta medio albéitara resultaba, en ocasiones. Mano de ángel poseía para desgusar, hacer los untos y sobaduras y gran experiencia y fortuna en aplicar menjurjes por dentro y por fuera. La vaca más descastada y botacrías no se la jugaba a Rufa; que ella, juzgando por el volumen y otras apariencias, de la proximidad del asunto, ponía a la taimada, en el corral, por la noche; y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto a echar argollas a los cerdos más bravíos, y de hacer de un ternero algo menos ofensivo, allá se las habría con cualquier itagüiseño del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y cuando al rebuzno del pachá respondían eróticos relinchos, ella sabía si eran del caso o no eran idilios a puerta cerrada, y cuál la odalisca que debía ir al tálamo. Porque sí o porque no, nunca dejaba de apostrofar al progenitor aquél con algo así: "¡Ah taita, como no tenés más oficio que jartar, siempre estás dispuesto pa la vagamundería!".

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo ajeno, cuánto y más no sería para lo propio. Ni se diga de los gajes con la leche que le correspondía, ni de los productos del gallinero, ni de esa huerta donde los mafafales alternaban con la hachira, los repollos con las pepineras, las vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo a pique de perderse. Del huracán que ahora corre, llegaron ráfagas hasta la montañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamorreaban orillas de La Cristalina, riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo mismo fué saber que embelecarse. So pretexto de buscar un cerdo que dizque se le había remontado, fuése a las lavadoras de oro, y con la labia y el disimulo del mundo, les sonsacó todas las mañas y particularidades del oficio. Ese mismo día se hizo a batea, y viérais a la rolliza campesina, con las sayas anudadas a guisa de bragas, zambullida hasta el muslo, garridamente repechada, haciéndole bailar a la batea la danza del oro con la siniestra mano, mientras que con la diestra iba chorreando el agua sobre la fina arena, donde asomaban los ruedos oscuros de la jagua. Al domingo siguiente cambió el oro, y cuál se le ensancharía el cuajo cuando tuvo amarrados, a pico de pañuelo, treinta y seis reales de un boleo.

Dada a la minería pasara su vida entera, a no ser por un cólico que la retuvo en cama varios días, y que le repitió más violento al volver al oficio. Mas no cedió en su propósito; mandó entonces a la Eduvigis, a quien le sentaron muy bien las aguas de La Cristalina. Mientras la hija pasaba de sol a sol en la mazamorrería, la madre cargaba con todo el brete de la finca. ¡Y tan campantes y satisfechas!...

Más rastro deja en un espejo la imagen reflejada, que en el ánimo de Rufa las noticias sobre la guerra, que oía en el pueblo los domingos y los dos días de semana en que iba a sus ventas. Lo que fué del Caratejo, no llegó a preocuparse hasta el grado de indagar por el lugar de su paradero. Bien confirmaba esta esposa que las ternuras y blandicies de alma son necesidades de los blancos de la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino.

Envueltos en la niebla, arrebujados y borrosos, mostrábanse riscos y praderas; la casa de la finca semejava un esbozo de paisaje a dos tintas; a trechos se percibían los vallados y chambas de la huerta, las aristas del techo, el alto andamio del gallinero; sólo alcanzaban a destacarse con alguna precisión los cuernos del ganado, rígidos y oscuros, rompiendo esas vaguedades, cual la noción del diablo la bruma de una mente infantil. A la quejumbrosa melodía de los recentales, acorralados y ateridos, contestaban desde afuera los bajos profundos y cariñosos de las madres, mientras que Rufa y Eduvigis renegaban, si Dios tenía qué, en las bregas y afares del ordeño. Eduvigis, en cuclillas, remangada hasta las axilas, cubierta la cabeza con enorme pañuelo de pintajos, hacía saltar de una ubre al cuenco amarillento de la cuyabra, el chorro humeante y cadencioso. Un hálito de vida, de salud se exhalaba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la vasija, cuando un grito agudo, prolongado adrede, rasgó la densidad de esa atmósfera. La moza se suspende; el grito se repite más agudo todavía. "¡Mi taita!", exclama la Eduvigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre alebrestada chamba abajo.

No se engañaba. Buen amigo, que sí lo era en efecto, descolgóse a saltos, lengua afuera, la cola en alboroto. Impasible, la señá Rufa permaneció en su puesto. A poco llegóse el Caratejo con el perro, que quería encaramársele a los hombros. Marido y mujer se avistaron. Nada de culto externo ni de perrerías en aquel saludo. Dijérase que acababan de separarse.

- Y, ¿qué es lo que hay pal viejo? -dice Longas por toda efusión.

Y Rufa, plantificada, totuma en mano, con soberano desentendimiento, contesta:

- Y eso, ¿qué contiene, pues?

- Pues que anoche llegamos al sitio, y que el fefe me dio licencia pa venir a velas, porque mañana go esta tarde seguimos pa la Villa.

Facha peregrina la de este hijo de Marte. El sombrero hiperbólico de caña abigarrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holgados y caídos por las posas y que más parecían de seminarista, dignos eran de cubrir aquel cuerpo largo y desgavilado. Ni las escaseces, ni las intemperies, ni las fatigas de campaña, habían alterado en lo mínimo al mayordomo de Arcila. Tan feo volvía y tan Caratejo como se fue. Por morral llevaba una jícara algo más que preñada; por faja una chuspa oculta y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Lonjas la palabra.

- Pues, pa que lo viás. Ya lo ves que nada me sucedió. Los que no murieron de bala, se templaron de tanta plaga y de tanta mortecina de cristiano, y yo... ai con mi carate: ¡la cáscara guarda el palo!

Y aquí siguió un relato bélico autobiográfico, con algo más de largas que de cortas, como es usanzas en tales casos. Rufa parecía un tanto cohibida y preocupada.

- ¿Y ontá la Eduvigis? - dice de pronto el marido, cortando la narración.

- Pes ella... pes ella... puai cogió chamba abajo, izque porque la vas a matar.

- ¿A matala? ¿Y por qué gracia?

- ¿Pes... ella... no salió, pues, con un embeleco de muchacho?...

-¿De muchacho? -prorrumpe el conscripto, abriendo tamaños ojos, ojos donde pareció asomar un fulgor de triunfo-. ¿Conque, muchacho? ¿Y pu'eso s'esconde esa pendeja?

¿Y
ontá el muchacho?

- ¿Ai no'stá, pues en la maca?

- Andá llámame a esa boba.

Y, tirando corredor adentro, se coló al cuartucho. Debajo de la cama pendiente de unos rejos, oscilaba la batea. Envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados, dormía el angelito. No pudo resistir el abuelo a la fuerza de la sangre, ni menos al empuje de

un orgullo repentino que le borbotó en las entrañas. Sacó de la batea la criatura, que al despertar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de manteca, mofletudo y cariacontecido; las manos unas manoplas; las muñecas, como estranguladas con cuerda, a modo de morcilla; las piernas, tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana: una figura eclesiástica, casi episcopal. Iba a quebrarse con los berríos que lanzaba: ¡cuidado si había pulmones! El soldado lo cogió en los brazos, haciéndole zarandeos, por vía de arrullo. Abrazaba su fortuna: en aquel vástago veía el Caratejo horizontes azules y rosados, de dicha y prosperidad: el predio cercano, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de vacas; suyo el par de muleros y los aparejos de la arriería: y ¿quién sabe si la casa, esa casa tan amplia y espaciosa, no sería suya pasado corto tiempo? ¡El patrón era tan abierto!... Calmóse un tanto el monigote. Escrutólo el Caratejo de una ojeada, y se dijo: "¡Igualito al taita!".

Entre tanto Rufa gritaba desde la manga: "¡Que vengás a tu taita que no está nada bravo! ¡Que no sias caraja! ¡Subí, Eduvigis, que siempre lo habís de ver!".

La muchacha, más muerta que viva, a pesar de la promesa, subía por la chamba, minutos después. Pálida por el susto, parecía más hermosa y escultural. Levantó la mirada hacia la casa, y vio a su padre en el corredor, con el niño en brazos. A paso receloso llegó a él; arrodillóse a las plantas y murmura:

-¡Sacramento del altar, taita!

Y con la diestra carateja, le rayó la bendición el padre, no sin sus miajas de unción y de solemnidad. Mandóla luego la madre a la cocina a preparar el agasajo para el viajero, y Rufa que ya en ese momento había terminado sus faenas perentorias, tomó al nieto en su regazo y se preparó al interrogatorio que se le venía encima.

- Bueno -principia el marido-, y el patrón siempre le habrá dejao a la muchacha... por lo menos sus tres vacas, y le habrá dao mucha plata pa los gastos?

-¡Eh! -replica Rufa-. ¿Usté por qué ha determinao que fué don Perucho?

-¿Que no fué el patrón? -salta el Caratejo desfigurándose.

-¡Si fue Simplicio, el hijo de la dijunta Jerónima!...

-¡Ese tuntuniento!... -vocifera el deshonorado padre-. ¡Un muerto di hambre que no tiene un Cristo en qué morir!... Y vos, so almártaga, ¿pa qué consentites esos enredos?

La cara se le desencajó; le temblaban los labios como si tuviera tercianas. "Yo mato a esa arrastrada, a esa sinvergüenza". Y, atontado y frenético, se lanza a la cocina, agarra una astilla de leña, y cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desvergüenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacía por tierra, convulsa y sollozante, arrimóle Longas

formidable puntapié, y exclamó tartajoso: "¡Te largás... ahora mismo... con tu muchacho... que yo no voy a mantener aquí vagamundas!".

Y salió disparado, camino del pueblo, como huyendo de su propia deshonra.

Rogelio

Mira, Efe Gómez: para tu esposa y tus hermanas, tan comprensivas como bondadosas; para tu casa infanzona; para ti, amigo del alma, he forjado esta fábula pueril y montañera, escabrosa en apariencia, mística en el fondo. No miréis lo mezquino del tributo: mirad la fe que os guarda el tributario.

Tomás Carrasquilla

El lugarón abrupto de Santa Rita del Barcino, minero y rescatante cuando Dios quería es célebre en Antioquia por sus tres iglesias, por sus funciones religiosas y más todavía por la balumba de santos que colman altares y sacristías, amén de los que guardan en sus casas varios magnates de mucho predicamento en lo eclesiástico.

El mamarracho ostenta no pocas variedades en esta corte celestial, quiteña o no. ¡Pero vaya un forastero a ponerle reparos ante un santarricense y verá lo que le pasa! Todo un señor juez de aquel circuito, oriundo de Palmares, se permitió decir en cierta ocasión que el San Juan Evangelista de su cabecera tenía carita de muchacha boba, y tal fué la inquina que le cogieron, tales las acusaciones que le urdieron, que hubo de perder la tierra y el destino por escapar el pellejo del acero aleve.

Como todas estas imágenes son de vestir y como cada una corre por cuenta de algún vecino o de una familia, se ha formado en la parroquia levítica, desde tiempos inmemoriales, una rivalidad harto progresista y emuladora en esto de indumentaria, sastrería y arrequives religiosos. ¡Qué de galones y sederías, qué de tisúes y de brocados, qué de mantos estrellados, qué de potencias y de resplandores!

Ni los de escasa fortuna se dejan echar las roncadas del ricachón más pintado en esta competencia que es timbre y prenda segura de salvación de todo el vecindario. A bien que puede hacerlo: nacido y criado en la cicatería y el trabajo, sólo a la mayor honra y gloria de Dios pellizca sus caudales medio ocultos.

Los santos menos populares son celebrados en Santa Rita con solemnidades adentro y en las calles. Cuanto a esa magnánima patrona, "Vencedora de Imposibles", no se diga. Novenario y salves, bandas y chirimías, cohetes y castillos, sin contar la misa extraordinaria, la glorifican en este año más que en el precedente. No son, con todo, estas fiestas titulares las que más forasteros atraen: es la Semana Santa. Este pueblo

rezandero y creyente compite con la Santa Madre Iglesia en este recuerdo representativo de la Redención. En las ceremonias despliega Santa Rita todas sus industrias e invenciones, todas sus sabidurías y estéticas, todas sus galas y sus ornatos todos. En los diez desfiles de pasos y en la "procesión secreta" -que es el jueves, y nocturna, aunque no alumbrada- saca año por año nuevas alegorías y combinaciones, ya por medio de imágenes, ya por personajes de carne y hueso.

De pueblos muy distantes acuden por este tiempo, nada más que por asistir a estos espectáculos conmemorantes, muchísimas personas y hasta familias enteras. Es peregrinación que trae buenas granjerías a comerciantes, vendecomidas y mesoneros. La del 68 será probablemente la más caudalosa y resonante.

Desde el jueves de esta Semana de Dolores está el pueblo en expectativa y en efervescencia la novelería. Con razón: de un momento a otro llegan don Francisco de Borja Palmerín, su esposa y su unigénito. Vienen desde sus minas de Gallonegro precedidos de su fama de capitalistas y de sus dos cargas de petacas. No se hacen esperar demasiado, y cuál se pasan grandes y pequeños cuando los ven tomarse aquella plaza, muy campantes y atalajados: los esposos, en unas mulas como torres; el chico, en una yegüita mantequilla muy fina y cavilosa; el peón de estribo, un negrazo disforme, con su maleta de vituallas a la espalda.

¡Lo que era la gente de tono! ¡Bendito fuera Dios!

Hospédanse, por supuesto, en la famosa y anual fonda de don Telmo, contigua al templo y no mal abastada en tales ocasiones, la cual fonda invaden al punto granujas y mozas de cántaro, que no quieren perder pie ni patada en aquel recibimiento nunca visto ni oído en tierra santarritense.

"¡Pis! ¡Pis! Serán muy ricos; pero se les ve el zambo a media lengua", declara al salir la negra Valeriana y con ella todas las fregonas.

En aquel jubileo de Dolores, mientras el luto cubre todos los cuerpos y el llanto todas las pupilas; en que todo cristiano comulga y edifica, ¡qué espectáculo de escándalo y relajamiento dan los dos esposos a tantos fieles y qué ejemplo más lastimoso a ese angelito!

La iglesia está repleta y en palpitante bisbiseo de plegarias. La Virgen Dolorosa en su camarín, casi perdida entre las ricas preseas y la flora de papel dorado.

Antes de principiar la misa se perfila en la puerta mayor la figura atlética y azarosa del negro espolique.

Viene en traje de palomo, en cuerpo de camisa escarolada y suelta; trae un rollo enorme. Abócase por la nave central lo mismo que un toro; rompe por entre el hombrerío, seguido de sus amos, que no piensan siquiera en santiguarse, ni en mojar el dedo en el agua bendita. El negro abre campo a codo limpio junto a la primera

columna del lado de la Epístola, y, desplegando un tapetón de perro y pavo real, lo tiende cuan largo es. Los amos se arrodillan un instante, para luego aplastarse los tres peor que unos sapos. El negrazo se escurre como diablo que ve cruz, y la bollona sinvergüenza se queda muy oronda metida entre aquella machería. ¡Viéranla el pergenio, la irreverencia y el sacrilegio! Y las señoras no pierden ripio, de puro escandalizadas. ¡Ni tan siquiera se cubre esa cabeza cargada de profanaciones y hasta de malos pensamientos!

Lleva cabello con copete cerrado, en canales a dedo; rodete de totuma; tres rosas de trapo junto a una oreja; y, por cimera y coronamiento, una peineta de caguamo que semeja el espaldar de un taburete. Ostenta zarcillones de dos rosetas y largos tilindangos, broches de guacamaya picando un racimo de corozos, muchas sortijas y un collar de corales de tres hilos. Es una jamona repolluda y fofa, con la cara manchada por el paludismo y el colorete; el ojo pardo y luminoso denuncia cosas muy tremendas. Por desgracia, ha quedado muy abajo y pocos disfrutaban de aquel deleite.

En la misa está como azogada, atisba que más atisba, tan pronto hacia el coro, tan pronto hacia el altar, ya a las mujeres, ya a los varones; y aseguran varias devotas que se ha sentado a lo mejor; que no ha rezado ni atendido al sermón; que no tiene idea del sacrificio incruento; que es una herejona de siete suelas, una salvaje por conquistar.

Tampoco les parece tanta cosa el tal don Borja, tan mentado. Es un cincuentón chamizudo y langaruto, cara de curuba y con vetas azulencas de carate, narices de rabino, ojos de gato, barba rala dispuesta en balcarrota. Se les hace tan atrasado en religión como la esposa. A ambos los bajan al nivel del negro tapetero.

Del niño nada saben, ni él tampoco. Está quieto, casi lelo. ¿Cómo no? Hállase ante lo desconocido. El velo cuaresmal le sobrecoge como algo fatídico; de altares y de cuadros no discierne; tan sólo le sugieren la noción de lo raro. De la Virgen ni se da cuenta; la serie de columnas que a él le quedan a hilo cubren por completo el lateral altarón. El gentío y la apretura le marean y le aturden. Siente ansias y no entiende el sermón. ¡Qué va a entender el pobre!

A mediodía salen a recorrer el pueblo y a despampanar a los santarritenses, que los avizoran a traición desde puertas y ventanas. ¿Iba misiá Gumersinda Daza de Palacín a botarse de forástica con cualesquiera trapillos anticuados? ¡No la conocían! Todos sus arreos y majezas se los ha traído Borja quince días antes de la propia Villa de la Candelaria.

¡Oh! ¡Las modas y elegancias del 68! Es un traje de gasa estambrada con realces de seda blanca y rosa, con millareses en picos, cubiertos con mostacilla cual rocío: es un pañolón mágico, tropical, que vale treinta pesos y proliza reseña. Y va una, para regocijo de las damas de antaño y chacota de las damas de hogaño. Erase de cachemir negro y finísimo; de alamares felposos de la pura seda; le guarnecían a uno y otro lado de la tela sendas fajas de raso solferino: la una ancha con aplicaciones circulares y multicolores, y con cinta sobrepuesta de terciopelo abigarrado, en relieves como gusanos; la otra angosta y menos historiada. ¡Tal disposición permitía a la cliente el

lucir la prenda de diez modos distintos y con diez apariencias! ¡Oh pañolones transformistas que hicisteis época y engalanásteis estas calles de Dios!

Le lleva misiá Gumersinda en doble ángulo simétrico, medio suelto, a todo viso, a toda guarnición, cogidas las puntas por los gordos brazos con mucho melindre y mucha fullería, mientras empuña y sostiene una sombrilla de raso morado con arabescos de cuentas blancas que remedan confites. Con su andar menudo y contoneado apenas si asoman las puntas de las botinas de satín perla con labores aljofaradas.

Gasta el marido boato costoso, a estilo de nabab montuno: aguadeño chato y alicorto de cinta oscura, y ancha camisa extranjera de bayetilla azul con blancas cadenas por el cuello y la pechera; chaquetón de lana amahonado; pantalones de paño azurea, con galón anchísimo y ceniciento; botines amarillos de vaqueta; ruana superiorísima del Reino, con forro de bayeta roja y ribete de trenza. De una reata de lana -una flora en relieve, obra de la esposa- le cae sobre el cuadril derecho un carrielón de nutria muy costoso. Le complementa la totuma de coco para los tragos camineros. Su engaste es de plata; su interior, bruñido; por fuera, tallado por un artista copacabaneño, el escudo nacional con todos sus símbolos y menudencias. Del chaleco de piqué blanco le cuelgan en onda mirífica y coruscante el emblema supremo de su personalidad: una leontina de chicharrones extraídos de sus minas. ¡Hurra al indiano de Gallonegro, conde Criolletas de Montecristo!

Lleva Rogelio flux de paño tabaco, cuadriculado de rosaúscos, con cuello sin solapa y ribete de gro; corbatica roja atada en mariposa; botines extranjeros de chagrín, muy cucos y muy labrados. Lleva otrosí, reloj y pendiente de oro con guardapelo. Cubre su greña inculta un becoquín gris pálido. (Son éstos el primer preludio de los cocos o calabazas que debutaron en Antioquia el año 64). Es el chico una criatura de once años, ojeroso, desvaído, casi lívido; es una víctima de esta anemia tropical que ahora persiguen. Tiene muy afilada la nariz, los labios incoloros, la dentadura muy perlada, la sonrisa muy dulce, los ojos muy grandes, muy negros, y muy tristes.

Mientras andan y trasiegan por las calles, callejones y afueras del poblacho, la gente dicta el fallo: muy ricos, muy en grande; pero eran unos ñapangos, unos montaraces. Los viejos marrulleros sospechan algo más. ¡Lo que se les daba, por esos montes, vivir como animales! Varias damas del copete aseguran que esos trapos y adornijos son a la moda de Gallonegro: ¡pura chambonada de negros masamorreros del Porce! Pero las señoras de la fonda, lo mismo que las fámulas, cuentan y no acaban de aquellas galanuras, de aquellos esplendores desconocidos en el pueblo. Estos Cresos lo tienen todo alborotado a pesar del tiempo santo: son un pecadero perpetuo. Ya los veían: en vez de ir a rezar las estaciones, como cumple a todo fiel cristiano, se habían quedado por la tarde en el balcón, muy tranquilos jugando tute, bombeando tabaco y tomando rosolí a vista y contemplación de todo el mundo. ¿Podría darse mayor prueba de irreligión y de cinismo? ¡Qué horrible era ver cómo ofendían a Dios en este día tan grande!

Rogelio tampoco ha asistido a la Vía Crucis porque las andanzas le han rebotado el mal y ha tenido que echarse en la cama. A pesar de la anemia, y acaso por la seguridad que da el dinero hasta a los mismos pequeñuelos, no es apático ni retraído; y, como casi no ha tratado niños de su clase, está ávido de altas relaciones. Así es que el sábado, día en que se da a conocer, se ha captado muchos amigos y camaradas a las primeras de cambio. Estos, a su vez, están desvanecidos con el forastero: un muchacho tan rico, tan peripuesto, con todo y reloj, y tan poco orgulloso y tan parejo, y tan formal con todos; un muchacho que maneja plata lo mismo que un grande; que compra frutas y golosinas para todo bicho, es caso inaudito en Santa Rita. El séquito se lo pelotea, se lo monopoliza, y andan con él calle arriba y calle abajo, y Rogelito por aquí, y Rogelito por allá.

Tres cuartos de lo mismo le acontece a don Borja. A cualquiera que entra en la fonda lo convida a tomar de lo fino; ha ido al estanco y le ha brindado a todo el mundo. Se ha insinuado tanto con dos de los magnates más principales, que los ha comprometido ese sábado por la tarde a ir a jugar tute en cuarto con Gumersinda y a cenar con ellos en la fonda. Destapa para el gran caso vinos finísimos, encurtidos, aceitunas y latas de lo mejor que se trajera. Pide en la fonda lo mejor y más valioso; a los obsequiados, poco concedores en libaciones y gastronomías elegantes, les saben a cuerno quemado estos menjurjes y bebestrajos de la extranjería; pero se defienden con los tamales familiares y el ron. Salen entre peneques y deslumbrados sin saber qué hacerse con este matrimonio tan incierto, pero tan educado y tan rumboso. ¡Había que usar con esa pareja de tórtolas un estira y afloja muy dificultoso! ¡Con tal de que el señor cura no saliera en el púlpito con algún gruñido de los suyos!...

Amanece aquel domingo con sol y cielo de gloria y venturanza; que la Jerusalem celeste tiende, *ab æterno*, palmas y más palmas al Redentor Divino de hombres y de mundos.

Desde las siete comparecen simultáneos por las cuatro esquinas de la plaza, bien así como bandas de gallinazos, los cuatro cuerpos de penitentes negros armados de macizas horquetas, el bronco pie bajo la alpargata abigarrada. Uno, recio y proceroso como un roble, con el capuchón más puntiagudo y más excelso, con aire imponente de jefe, zapatea a su tropa, la amenaza con el palo mientras gira la pupila en lo blanco de aquel ojo que asoma miedoso por los rotos del percal. Son los sayones que han de cargar algunos pasos, ordenar las procesiones y velar ante el monumento y el calvario. Esta centuria, más trapense que romana, la componen jayanes montañeses que de ello se glorian. Una vez completado el número se reúnen en plebiscito y eligen por centurión al más arrogante y garboso de los contornos. Según se maneje y mande es o no reelegido. Esta como institución se reúne año por año.

Las cuatro compañías avanzan a un mismo tiempo; el centurión se dispara del atrio y se topa en el centro con su gente. Mil zalemas, mil mojjigangas en torno de la pila. Luego se forman de a cuatro en rigurosa fila y marchan hacia el templo. Deudos y chiquillos los ovacionan con aspavientos y griterías.

Por las ocho calles entran y entran, enarbolando las palmas, las caras satisfechas, campesinos y campesinas. La plaza se cuaja como un monte espeso. La centuria torna. Pártese en dos y va ordenando los palmeros de arriba a abajo, plantándolos en sus puestos como en una alameda milagrosa. Arrea que más arrea las palmas agrupadas y las dispersas, alargan la alameda hasta una esquina de abajo y siguen por la calle Plana. Del puente a la plaza deben de estar ya formados los que hayan venido de ese lado. Los que falten de los otros allá convergerán. Son cuatro cuadras y media; pero han de cubrirse de todos modos, sea apartando, sea juntado. La gente impalme se desgaja por ambos lados del triunfal sendero. El repique de las campanas del hospital anuncia la terminación de la vía. Lánzase a vuelo los bronces de las iglesias; lánzase los esquilones y campanillas. Los ciriales bajan, bajan los sacerdotes; avanzan por entre las palmas y se pierden en la calle.

Don Borja y su señora están ya junto al Puente Real; Rogelio se embebe en su séquito de camaradas. La banda, reforzada para esta solemnidad, prorrumpe en marcha estrepitosa. El niño, selvático y majó, se entremece.

¡Infancia harta rara la de esta criatura! No ha oído música de esta índole en su vida; no ha visto nunca ritos sagrados, por la sencilla razón de que ve iglesia por la vez primera. El no sabe nada. Si mucho, medio leer, si mucho, medio escribir y medio contar. En religión e historia todo lo ignora. Sólo ha visto un Crucifijo muy pequeño, como quien ve un amuleto de salvajes; ha oído mentar "El Cristo de Zaragoza"; pero del Salvador ni de dogma alguno tiene noción mínima. Si por esos montes enseñan la doctrina, a él no se le ha enseñado. Por allá van curas raras veces, pero él ni los ve ni los conoce. Si allá hay algo como escuela, a él, por enfermo, no le han mandado a ella. En la casa de la mina ha vivido solo, jugando a molinos, a carretas, a socavones. Ha hecho acequias y mampuestos; ha abierto apiques. Pero nunca ha jugado a lo eclesiástico. Si lee a medias es porque el molinero José Duarte, un joven de buena familia, formalote y servible, le ha hecho, por jugar acaso, una como baraja con letras, y le ha indicado cómo se juntan para formar y escribir palabras. Luego le ha conseguido una citología y le ha puesto renglones, con carbón, en unas tablas. Si sabe signarse y santiguarse; si dice oraciones como el loro, es porque Rufina, una arribeña que le cargara de niño, se las enseñó sin explicárselas.

Su madre vive siempre muy ocupada en la tienda de ropas, en compras y ventas de víveres, en los negocios de la prendería. Su padre, siempre en trabajos de minas, en rescates, en andanzas, y con frecuencia ausente. La misma anemia no le ha dejado tiempo para nada. El no sabe lo que es confesarse y comulgar; no sabe lo que es alma ni pecado; no sabe lo que es abstracto ni moral.

En una racha de pensamiento evoca esta su infancia pagana y salvaje, en este instante en que su espíritu, apacentado en agujeros y supersticiones, parece tender a otro orden de ideas.

Enfilado entre sus amiguitos contempla con honda emoción aquel espectáculo de culto colectivo para él desconocido. Aquella música estruendosa que jamás había oído le enajena. La muchedumbre cubre a lado y lado el anchuroso camellón. Todas las

palmas que visten esos montes aledaños han enviado a este concurso de piedad montañera sus más lozanos ejemplares. Forman calle, enhiestos, encumbrados, verdeando al sol, estremecidos por el viento, cual si temblasen de fervor. Las caras todas están vueltas hacia la espadaña del hospital, que albea nítida y aguda en la lejanía de un collado.

-¡Ya salen! -dice el cicerone Gabino Zárate-. Fíjese, Rogelito, pa que vea qué tan bello y tan perfecto es el Señor del Triunfo, y qué tan queridos los Apóstoles!

En efecto: los ciriales y la cruz alta avanzan, muy bruñidos y rutilantes; detrás el párroco, con el pluvial escamoso de brocato; en seguida Cristo, en su pollina cenicienta de madera y cabeza movable, clavada en su plataforma de cuatro ruedas. Dos monagos la arrastran con cuerdas festonadas; dos la empujan de los mástiles que atrás lleva. Las palmas, todas a una, se tienden a su paso, para tornar a levantarse chafadas o rotas por las triunfales ruedas. Parece que el soplo de la gracia las ha santificado antes que la Iglesia las bendiga. Detrás de Jesús vienen los doce Apóstoles en sendas andas, seis a un lado y seis al otro, a hombros de cuarenta y cuatro sayones. Los ojos de Rogelio se abren desmesurados: dijérase que sus pupilas pardas se agrandaran. Clávalas en el Cristo como en fascinación irresistible. Cristo tiene la rienda escarlata en su siniestra, mientras bendice a su pueblo con la diestra. Bajo la fimbria dorada de su túnica de purpúreo terciopelo asoman sus pies cándidos e impecables en las sandalias esculpidas. El manto azul oscuro luce el boato de galones y encajes que lo guarnecen. Realza el sol el oro del vestido, el de la cabellera natural, el de las potencias irradiadas. La faz hermosa, un tanto pálida y femenil, que creara Quito, dice a las almas fervorosas de los misterio del Dios-Hombre. Sus ojos claros, de amor y de piedad, bajan serenos a la tierra redimida para bendecirla también, lo mismo que con su mano.

Rogelio se abisma. De un golpe recuerda y relaciona. Es el mismo hombre de barba rara y cabello de mujer que él vió alguna vez en una sala, allá en la Mayoría de las minas de San Nicolás, como pintado en una cosa puesta en la pared. Es El; es el mismo con quien ha soñado desde entonces no sabe cuántas veces: es el Cristo de Zaragoza. El no lo conoce; pero siente que es el mismo. Bien comprende que éste que ve montado en esa mulita tan linda, de mentiras, no está vivo como los demás hombres. Por lo mismo es el Cristo. ¿Y quién puede ser éste sino el Padre Nuestro que está en los Cielos, a quien él reza para pedirle dé el pan a todos y a todos perdone las deudas? ¿Qué serán las deudas? ¿Qué el "venga a nos el tu reino"? Y una vislumbre de religión, de culto, alborea de pronto en la tiniebla de esa mente infantil y medio primitiva. De pronto da un grito y se agarra a Gabino: el Señor del Triunfo ha movido sus ojos y lo ha mirado; ¡lo ha mirado a él solo entre tanta gente!

-Rogelito, ¿lo pisaron? ¿Li ha dao algún dolor?

Rogelio, medio recostado en su amigo, no contesta; pero llora y sigue como un autómatas en la procesión.

-¿Qué fue, por Dios?

-¡No diga nada, Gabinito! ¡Ya me pasó! Fue una cosa que me dió. ¡No diga nada!

Entre sonrisas y muecas se enjuga.

-Es que soy muy tuntuiento. Pero ya estoy bien: ¡vea!

Y se sacude y se endereza, y atisba con disimulo por ver si lo miran. Sus compañeros inmediatos preguntan.

-¡No digan nada que me da vergüenza! ¡Fue como un susto que me dio; pero ya se me pasó! ¡Vean que ando muy bien!

A estos montañeritos los asustaba la gente. Eran unos animalitos sin cola.

La procesión entra en calle Plana, y la de Rogelio continúa por dentro. Musita padrenuestros, avemarías, salves, cualquier cosa. Mas sólo con los labios: su alma ora de otro modo. El quería ya al Señor; y ya que el Señor lo había mirado, tendría de quererle más y más, de rezarle, de hacer las cosas buenas que hacían en Santa Rita, de ser como un criado o peón del Señor, aunque fuera un muchacho enfermo. El Señor lo libraría de todo mal, a él, a sus padres, a todos los de Gallonegro. Pero allá no había ni Señor del Triunfo, ni iglesia, ni curas, ni nada. ¿Por qué sería eso así tan malo? Allá se vivía muy maluco. Ya lo veía y antes no. El Señor del Triunfo o el Cristo de Zaragoza lo quería a él y a todos. El Señor era muy bueno y él no lo había sabido.

Cristo entra en la plaza por la calle de palmas, que no dejan torcer los sayones. Las últimas se le tienden al subirlo entre varios, con todo y pollina, por las escalas del atrio. Frente a la cerrada puerta lo colocan.

Rogelio y otros han logrado entreverarse por el gentío y coger muy buen puesto. Los doce Apóstoles quedan en la plaza. En redor del atrio vuelve a levantarse oscilante el monte, y el sol le tuesta con sus rayos a cuarenta y cinco grados de las nueve. Los campesinos se cubren la cabeza con una punta de la ruana, y la bayeta, colorada o amarilla de los forros, resalta entre los verdes como floración carnavalesca de un sueño febril. El sacerdote principia la ceremonia para consagrar aquel "Ramo Bendito" que ha de venerarse trezado y en cruz sobre las ventanas de tanto hogar, para librarlos siempre de una "mala hora"; para ahuyentar con su humo santo tempestades, terremotos, malas intenciones, asechanzas del demonio.

Mientras la boquiabierta chiquillería estudia aquella borriquilla que luce ese cabezal tan lindo; que mueve la cabeza con las orejas tan quietas; mientras adivina cómo el Señor se sostiene tan bien sostenido sin montura y sin estribos, Rogelio sigue rezando, maquinalmente, sumido en aquel despertar para él tan inopinado.

En abriendo la puerta y entrando a la ecuestre imagen, la sigue como arrastrado; y, separándose de sus camaradas, se coloca junto a ella, cerca a una columna. No se sabe cuándo han entrado ni dónde han puesto los doce Apóstoles.

El celebrante sale. Rogelio se arrodilla y se persigna, porque ve que así lo hacen todos; esta prueba tan dolorosa de su ignorancia la siente como un dolor. Al romper el coro el Introito torna al llanto, a duras penas contenido. Cierra los ojos para ver de atajarlo, pero los lagrimones se le emperlan en la punta de las pestañas y saltan a las mejillas. Enjúgalas con los dedos porque los ojos le arden. Aparenta sonarse. Se recoge, se achica para que nadie vea. Muy honda, muy extraña ha de ser la pena de un niño, que así quiere ocultarla.

En aquella la más larga de las misas del rito católico sigue entre lagrimas, entre suspiros, con esta obsesión tan extraña. Ni los doce Apóstoles enfilados en su mesa le atraen, ni el canto, ni el ceremonial. Todo es para Jesús.

Por orden del señor cura se guardaba el paso no bien entraba al templo, porque temía que estando muy bajo podrían causarle algún menoscabo o cometerle alguna irreverencia, bien por la apretura del concurso, bien por la curiosidad de algún muchacho campesino. Pues es de saberse que el movimiento de cabeza de la asnilla, así como la seguridad de la efigie sobre los lomos de madera, les provocaban mucho a hacer un examen experimental. Se le guardaba en la "sacristía grande", que da a la nave derecha, por no tener gradas como las otras, y porque ahí mismo iban a arreglarla para el paso del Buen Pastor. Lo dirigía y aderezaba con embeleso de niña y ardor de asceta doña María Rosa de Zárate, devota ardorosa de este símbolo tan filosófico como ingenuo de la Divina Misericordia. Termina la misa. En el rebullicio de la salida Rogelio se cuela por entre el mujerío, se llega a la sacristía, empuja la puerta y se escurre. A primera vista todo se le confunde entre aquel amontonamiento de cosas, con ser que el recinto lo alumbran los anchos postigos de una ventana. Han dejado el paso de espaldas a la puerta. Rogelio avanza cauteloso; vuelve a un lado hasta verlo de frente. Con la cruz de un costado y la penumbra del opuesto se le hacen más divinos el rostro y la figura de Jesús triunfante. Cae de rodillas; le reza con los ojos cerrados, y viéndolo mejor con los ojos del alma. ¿Qué le reza? Lo que sabe: el padrenuestro, la salve, el avemaría. ¿Qué le pide? No lo saben formular el labio ignaro ni el inocente pensamiento; pero Rogelio siente que él implora algo muy grande con todo su ser; algo muy grande para él, algo muy grande para sus padres. Siente que Jesús le escucha. Que Jesús le concede lo que pide. Alza a mirarlo, y Jesús se lo asegura, se lo promete. Toca la cabeza de la borrica, y también se lo asegura. Oye ruido de llaves. Siente recelo, se alza, va a salir. Se acerca a la puerta, tira de un travesaño. ¡Cerrada! Algo sin nombre que sólo ha sentido en pesadillas le recorre las vértebras y le entiesa el cabello. Quiere gritar, llamar; pero la lengua sólo produce un murmullo, un murmullo estropajoso y confuso.

Por fin medio despunta, allá dentro del pequeñito: ¿por qué esto, estando encerrado con el Cristo vivo de Zaragoza, que él quiere tanto? Se apoya contra la puerta. Al fin puede rezar: "¡Cristo, mi queridito!". Golpea, pero no le contestan; torna a golpear más recio, ¡y tampoco!... En su angustia y temblores procura rezar de nuevo. Pero ¿cómo? Lo que antes no repararon sus ojos lo mira ahora sin querer mirarlo: tantos aparatos desconocidos, tanta telaraña; un palo que termina en una mano, dos viejos colgados de cruces y pegados de la pared, bultos tapados con trapos, trastos, cajones, anaqueles. El pobrecito suda de congoja: ¿por qué esto, a él que había bajado colgando de una caja

al fondo negro de los apiques; a él que había entrado a socavones y galerías derrumbados; a él que había matado culebras y arañas tan grandes como pollos? ¿Sería él algún gallina infeliz, algún bobito? Se sube a la ventana, mira por los postigos; ve un sembrado de coles y de cebollas: comprende al cabo que pertenecen a la fonda. Alcanza a ver la cocina, pero ni un alma. Tira a abrir la ventana, mas tiene llave. Estira la mano por los barrotes de hierro. Llama al peón, al negro espolique; pero la voz apenas si le suena. Se baja para tornar a la puerta. Al acercarse pisa un trapo. El trapo cae... ¡y asoma una cosa espantosa! La cara ensangrentada de un Nazareno sin cabellera. Rogelio cae redondo contra el pavimento.

Entretanto los padres han puesto en alarma la fonda y el vecindario. El negro y el mozo de mulas inquietan aquí y acullá; inquietan muchachos y adultos; inquietan todos. Una vieja devota, devota al fin y al cabo, lo ha visto colarse a la sacristía. Corren a que abran. Lo encuentran privado. El negro lo alza y se lo lleva como un pelele. ¡La que se arma en esa fonda, con la novelería, el llanto de los padres, el ayudar de éstos y aquéllos!

¿Castigo o aviso de Dios? Esta pregunta estalla en muchas mentes. Con reticencias se lo dicen unos a otros; en secreto se lo declaran; en la calle lo proclaman. En muchas caras asoma el espanto; en otras, la satisfacción de la vindicta pública; en fin, el dedo divino.

Despojo de ropas, fricciones de "agua florida", rociadas de agua fresca, sacudidas, plantillas, estrujones; tanto, que al fin resucita el difuntico. Pero no habla. ¿Quedará mudo de por vida? Llega mano Rufo; llega doña Prudenciana, famosos yerbateros del villorrio. Están acordes: es un ataque de lombrices. Recetan santonina; se la propinan. Por fortuna que el estómago del atacado se la devuelve a los facultativos, luego al punto. Ellos afanan. A la hora puede hablar; pero no cuenta ni lo negro de la uña. Ignoraba qué le había acontecido, y de ahí no le sacan ni con súplicas, ni con mimos, ni con astucias. Misiá Gumersinda casi lo sofoca entre los brazos. Don Borja, todavía lacrimoso, paladea un vaso de Oporto para consolarse.

-¿No ve, Rogelito? -le gime la madre-. ¡Es porque si'ha ranchao a tomase el bacalao desd'el camino; porque nu'ha querido siquiera tomar la chicha con las pipas de vitoria que le mandí'hacer desde que vinimos; es porque nu'es formal ni conmigo ni con su papacito!...

-No, madre Sinda -contesta con voz como unguida de llanto y de certeza-. Nu'es por eso.

-¡Nu'ha de ser, m'hijito!...

-No es: es porque nunca m'he confesao; porque no comulgo como los muchachos di'aquí y hasta será porque ni usted ni mi taita rezan ni m'enseñan doctrina... - abrazándola-. ¡Madrecita!... ¡Comulgui'usted también y mi taita!

El que dice, y ella que larga el llanto. A más de algo que en tal instante le apuñala, allá en su corazón de mujer y de madre ve en las palabras de Rogelio señales infalibles de su próxima muerte. ¿El niño pidiendo sacramentos? ¿Qué peor presagio?

Don Borja guarda silencio, se esculca, se rasca la cabeza, apura el vaso; y, llamando aparte a la mujer, vase con ella al balcón, en ese instante desierto, y le dice entre despechado y doliente:

-Este muchachito hay que sacalo d'ese monte, más hoy, más mañana. Tenemos que separarnos d'él, aunque nos cueste muchas lágrimas. El nos estorba, y nosotros a él. ¡Cualquier día s'impone y nos hace tragar el cabo! ¡Ya ves con las que nos sali'ahora!

-Pero... ¿no nos vamos nada a vivir con él a Medellín? ¿O es que no tenemos con qué?

-¿Con qué?... ¡Demás!... Pero... ve una cosa, ñatica: yo t'he mantenido engañada con el tal viaje, por seguirte la idea y pa que trabajaras con más ilusión; peru'allá no podemos asomar las narices los dos juntos; allá saben quién soy yo, y que tengo mujer y familia, y que los dejé por vos. Si nos ven por allá nos friegan:

vos vas a dar a la reclusión, y yo al presidio. Y no sólo allá: en cualquier parte es lo mismo. Ya ves que no hemos podido salir, ni de paso, a otros pueblos; ya ves que yo tenía mucha pereza de venir aquí, y a la tal Semana Santa. Y eso que me la figuraba muy divertida, con mapalé, perillero y currulao, como la de Remedios. Vine por darte gusto y para que lucieras los lujos nuevos y por sacar al niño. Y ve, ñatica: ¡figuráte Semanas Santas comu'esta pa vos y yo! Ni p'al cuerpo ni p'al alma. Hasta creo qu'estos tierrafrías, tan biatos y tan berriistas, están orejones con nosotros; así es, m'hijita querida, qui'acabás de lucir el baúl y nos volvemos p'al monte a entatabrarnos los dos solos en grima sin el muchachito.

-¡Pero, Borja, por la Virgen! -entre sollozo y sollozo-. ¿Cómo lo mandamos solo, a él tan enfermito? ¡Se muere por allá, sin quien lo valga!... Ya ves qui'hasta se quiere confesar. ¡Y si'acaso no se muere se vuelvi'un vagamundo, un caimán, quién sabe qué!

-¡Qué se va'morir, ñatica boba! -con caricia en la barbilla-. ¡Si del tuntún se muriera, en Gallonegro y en esos laos si'habría acabao la gente! En Medellín se cura en un mes, en manos de médicos de verdá. Con la plata todo se puede, hija. Ni se pierde, tampoco. Donde se pierde es con nosotros en ese monte. Ve, Sinda: se lo mandamos a mi compadre Galo, que conoce mi vida y milagros. Es que vos no sabés qué laya de persona es el compadre, ni quién es mi comadre Silverita: ¡jesos prenden candela debajo del agua por servile a los cristianos y por tapale las picardías! ¡Al tanto habrá matrimonio más cuadrao! Ellos nos cogen el muchachito por su cuenta, lo ponen en colegio y lo hacen gente. Hasta tienen la ventaja de vivir solos, porque ya sus tres hijos están casaos. Y pa que nos hagan este bien con más gusto qui'a todos, les untamos la mano bien untada. ¡Allá verás, mi Sinda!...

Suspenden, porque uno de los convidados de la víspera viene a saber de Rogelio y a ofrecer sus servicios. Misiá Gumersinda sigue llorando; mas entretanto el niño salta de la cama, toma ropas y calzado y se viste en un periquete.

-No se ponga así, madrecita... -le dice al salir, todo ternura y expansiones-. Ya esto bueno: lo que tengo es hambre. Voy a comprar cosas y a buscar a los muchachos pa que no digan que soy un gallina que por todo mi'acuesto.

La madre, en silencio, le arregla el nudo de la corbata y le peina la greña. Y sin más réplicas ni ajonjeo baja la escalera como un rehilete, pero con otra cara. Aunque no ha oído una palabra del coloquio entre sus padres, lleva en su alma la seguridad de que se han ocupado de su persona. ¿Por qué no habían hablado en su presencia? ¡Qué cosas le estaban sucediendo en Santa Rita!

En la propia puerta del mesón topa a tres de sus adictos, que no se han atrevido a subir. Allí está el que él deseaba. Es Gabino, que le inspira más confianza que los otros, y a quien supone el más formal y prestigioso de todos. Charlas y cuchufletas por el percance. Rogelio las sostiene; pero no larga prenda: no sabe por qué, ni cómo, ni cuándo se había privado. Había sido una de esas cosas que pasaban sin uno caer en la cuenta; y él era también algo enfermo.

Se meten en el mercado, y después de obsequiarlos con frutas y comestibles, previo permiso de los restantes, torna con Gabino a la fonda; se entran a las pesebreras, y sentados en unos cajones, le abre su corazón. Nada sabe, nada entiende de Jesucristo ni de su Iglesia; pero Gabino ha de enseñárselo porque va a confesar y a comulgar en esa Semana Santa.

Aquí del hijo adoctrinado de doña María Rosa, la gran catequista del lugar! Gabino le dice, le cuenta, le expresa, le explica; por la tardecita lo lleva a la madre. ¡Valiérale Cristo con ese caso tan bello, tan perentorio y apurado! No había tiempo para cosechar aquella vid tan fértil; pero Dios y la Vencedora mediante, haría el milagro, porque todo ello eran caminos de la Providencia. Está feliz e inspirada. ¡El neófito abre aquellos ojos! Le cita para la noche. Vuelve con el hijo y el permiso de los padres, sin saber de qué se trata. Apura por dos horas raudales del padre Astete, del padre Mazo. Ahí mismo hace llamar la dama al catedrático doctor Arenas, que explica en el "Colegio de San José", entre lunes y miércoles de cada Semana Santa, todos los misterios que en ella se conmemoran. Le pide que admita al neófito en sus aulas. Tal se hace, y ella le secunda en su casa por tres días. Aunque no rece nada, ¿qué mejor oración que salvar un alma? ¿Qué flor más bella podría ofrecer al Buen Pastor? El padre Lamas, penitenciario de niños, es informado del caso. ¿Era ignorante ese niño? Pues precisamente que Dios escogía sus elegidos entre niños e ignorantes. En suma: que lo llama a confesión y que llora maravillado de esta almita que no sabe de pecado, ni por pensamiento ni por acción; que ha despertado a la vida eterna por el llamamiento de Jesús triunfante y por la sangre de Jesús flagelado. ¡Qué cosa más grande y más hermosa! ¡No poder divulgar por los cuatro vientos este milagro tan portentoso! ¡Oh, siglo inexorable! Glorifica al Señor, que hace nacer los lirios de la predestinación en el estercolero de la abominaciones!

El novel penitente comulga el jueves; llora ante el monumento, ante el monumento vela, puro, henchido de gracia, como un ángel de Jacob.

Los padres nada han manifestado a todo esto: guardan silencio como dos esfinges. Mas tampoco se han opuesto a nada. Dijérase que el hijo se les impone por divino fuero.

La piedad de esta criatura; el saberse en el pueblo que los padres no guardan la vigilia; el verlos retraídos del templo ha puesto más en evidencia su alejamiento de Dios. Doña María Rosa, el padre Lamas y el profesor Arenas piden con fervor por esas almas empedernidas.

La dama, por una de esas bizarrías de la piedad, concibe algo muy atrevido y sensacional. Acaso fuera inspiración de lo Alto; acaso les valiera a los padres extraviados: quiere que uno de sus hijos ceda el puesto a Rogelio en el apostolado de carne y hueso. Se lo consulta al padre. ¡A quién se lo dice! ¿Quién mejor que esa paloma inocente del Señor? ¡Si era un San Juan! ¡Un San Juan vivo! No constaba en los evangelios que los padres de los Apóstoles fueran santos. Gabino va con la embajada ante don Borja. No se opone tampoco.

Se llevan al niño, se le descalza, se le viste el sayal judaico de lanilla roja, se le enrolla en la banda de los elegidos. Y el cura le lava los pies y se los besa y se los enjuga con el paño litúrgico, ante aquella cena presidida por el Cristo de Zaragoza. Y el niño llora de ventura y sale radiante a ofrecer a sus padres el pan bendito, ya que no ácimo. Y ellos lo prueban, tal vez como Judas, en esta Pascua extraña en que un alma blanca surge santificada.

Y así entró el niño Rogelio Palacín a las huestes de Cristo, y luego a la santa tutela de don Galo. Lo que dijo don Borja: hasta el demonio de la anemia se lo hizo arrojar del cuerpo endeble. El niño crece. Dijérase un ser refractario a la culpa, que sólo necesitaba propicio ambiente para que él germinara, y diera frutos tempranos y sazonados la semilla de Dios. Amarle y temerle fue desde luego su divisa inmutable. Formóse en la piedad y en la observancia, en el trabajo y en el estudio. Apenas comprendió la vida se impuso a sí mismo, con la ayuda de Dios, una misión sagrada, ineludible: romper la unión vitanda que le dio la vida, devolver a su esposa y a sus hijos un hombre arrepentido; recoger a una madre desgraciada para volverla a Dios, al calor del respeto y la ternura de un hijo amante.

¿Cumplió, de hombre, esta misión? Doña María Rosa lo sabe, por cartas de Rogelio. Decrépita como está, su mente se ilumina al evocar estos sucesos y sus hermosas trascendentales consecuencias; su fe se diviniza al meditar en los recursos de que se vale su Pastor querido para tomar al aprisco las ovejas perdidas en el monte.

Blanca

A las Damas de Medellín

I

Es entre monumento y parque. Alzase imponente; se extiende blanqueando sobre el pretil de un granado. La caja en que le vino a papá *El Médico Práctico* es la base; el primer cuerpo, el molde de hojalata, alto y estriado, en que mamá funde budines y natillas; el segundo, un tarro de salmón; forma el cimborio una tacita de porcelana boca abajo; y por remate y coronamiento de tan estupenda construcción, se yergue, blanca, estirada, las manitas puestas, el rostro al cielo, la "Virgen María" de *terracota*, regalo de "Maximito hermoso". Espesuras de cogollo de hinojo, cármenes de fucsias y de heliotropios, macetas en cascarones de huevo rodean el grandioso monumento.

Aún no está satisfecho el genio creador que lo levanta. Como Salomón el Templo Santo, quiere embellecerlo con todas las riquezas imaginables. Corre al jardín, y, sin temer espinas ni gusanos, troncha con los dientes ratonescos capullos de rosa imperial, y desguaza con aquellas manitas que con las flores se confunden, copos de caracucho blanco y de albahaca. Vuela al corral, y recoge cuanto plumón dejaron gallinas caraqueñas y palomas. Jadeante, las mejillas encendidas, volandero el cabello, cogido el delantal con ambas manos, por no perder un ápice del riquísimo botín, torna a la obra, y frisos, cresterías, cornisones surgen en aquel rapto de inspiración.

¡Y qué obra! Tiene todo el encanto de lo torcido, de lo confuso, de lo revuelto, el sello disparatado de la estética infantil. A los divinos ojos de la Virgen jamás se levantó santuario más hermoso. En el gran patio, o mejor, en el prado de la cocina, junto a la tapia que lo separa del jardín-baño, pasa aquello. El sol de agosto, sazonzando frutos, reventando gérmenes, difunde la vida y la alegría. Son las dos, y las proyecciones de sombra de los madroños y naranjos que se alinean del lado occidental, se van extendiendo por el limpio, recién recortado césped, como la calma en el espíritu después de la exaltación.

Tras los árboles, invadiendo por completo la tapia divisoria, casi derribándola, apasionado, escandaloso como este nuestro carácter antieuropeo, se desparrama en furiosa efloración un curasao solferino. No fuera para mirado a ojo abierto, si algo menos violento no se interpusiese: a más de los nombrados, otros árboles menores enfilan adelante. Y es de ver cómo pululan en el esqueleto de los azucenos aquellos gusanos de felpa negra bordados de corales; y cómo el mirto se gloria con lo clásico del fruto y del follaje artístico, y el azahar de la India, con los copos virginales que recargan el aire de oriental fragancia. Por ellos trepan y con ellos se entrelazan el norbio, el cundeamor y el recuerdo y otras varias sutiles enredaderas de nombre incierto y altisonante.

Formando escuadra con la ancha faja de árboles floridos, se extiende y ondula de poste a poste, a lo largo del corredor, un cortinaje de bellísima, que aquí cuelga en tallos, allá se abullona en ramilletes, para luego recogerse en guirnaldas. Colonia rumorosa de insectos enreda y explota con insana codicia aquella Capua de mieles y perfumes;

en tanto que las mariposas loquean en el aire, besan a sus hermanas vegetativas, ponen en juego sus cambiantes, y, como el anhelo humano, se largan voltarias, caprichosas, en pos de nuevos ideales.

La niña, una vez terminada la magna obra, celebra la consagración, como si dijéramos. De rodillas, las manos puestas como la virgencita reza con atragantamiento de fervor el *Bendita sea tu pureza*; repítelo más apurada todavía; sigue con el padrenuestro; luego, con frases y palabras sueltas de oraciones y jaculatorias, ensarta un disparatorio, cuyos vacíos inarticulados llena con una monserga que sólo María puede entender. No le basta esto: cual si alguno de los ángeles de Jacob la poseyese, se desata en desvarío cómico-celestial. "¡Virgen María queridita! ¡Virgen linda de mamacita y de papá! ¡Virgen María de Pepito y de 'Maximito hermoso', de Alberto, de bebé y de Carlitos!". Tan pronto alza la voz en una octava y la emite metálica y vibrante; tan pronto la quiebra en ruidos secos linguo-palatinales o la modula en zumbidos de caricia; a veces canta, a ratos murmura, por momentos conversa, y, sea apurada o vacilante, declama siempre. En la improvisación menciona a todos los de la casa, sin olvidar a Pedro, el asistente, sin olvidar a sus amigas ni mucho menos a *Cheres*, su madrina.

Almamía, el amigo íntimo, el de los juegos delicados y caprichosos, el de la blancura de algodón boricado, el de las manitas de felpa, se le acerca con volteretas y movimientos de trapo; hace el arco, ronca, y, pasándole el lomo por los bracitos, le pone el hocico y el bigote hirsuto en las mejillas. Ella lo carga, lo estrecha, y con él cargado, prosigue su plegaria.

En el corredor trasiega la niñera con el bebé en los brazos, dándole biberón, sin parar mientes en la algarabía ni en las fiestas de la niña. Es la planchadora la que, al ir a avivar la hornilla, oye aquello. Sale y se encanta. "¡Vean esto, por Dios! Lo que yo le vivo diciendo a misiá Ester: esta niña no se cría". Y corre en busca de la señora para que venga y admire. Ester, medias y aguja en la mano, aparece en el corredor, levanta la cortina de la bellísima, y se asoma al patio. Permanece un instante silenciosa, y luego, con esa voz, ese acento fingido de mimo tan tonto como sublime de las madres, exclama: "Mi Reina, te vas a asoliar! ¿Para qué escogió ese punto tan malo para hacer el altar?... Tan bella, tan devota de su 'Virgen María'. Mi blanquita, mi grandeza, mi terciopelo precioso". Porque esta niña era unas veces divinidad incomparable, otras palomita de la gloria, otras agua de azúcar, fuera de los mil dictados a cual más inaudito que inventaba la madre en su locura.

De Dios y ayuda necesitaron señora y sirvientas para que la niña trasladara el altar al corredor. Con esa volubilidad de la niñez, deja Blanquita el santuario, y dando zapatetas, mostrando aquellos calzones con rodilleras y arrugados en las corvas, corre por el patio persiguiendo un gorrión que se ha posado en la rama de un hicaco. "Voy a traerle arrocito", grita entusiasmada. Y en un instante está en la cocina, mete la mano en los esponjados granos que muele la cocinera, los echa en el delantal y torna al patio. El pájaro se ha ido; pero en el tejado de la casa colindante brinca, negro y neurótico, un gallinazo, y la niña le grita: "¡Bajá, cochinito, pa que te comás el arroz". Y larga una carcajada de burla, al ver aquella ave tan triste, tan desamparada. "Bajáte que yo sí

te doy". Parece que el ave recelosa no la entiende: da un aletazo y se lanza. Suelta la niña los granos, y, tendiendo la mirada por el cielo, exclama: "Miren lo lindo que está el cielo, barrido, barrido. ¡Miren lo lindo!... Allá está Carlitos con la Virgen". Y cerraba los ojos, deslumbrados por aquel azul reverberante.

II

No tuvo el encanto de la media lengua, porque antes de cumplir un año articulaba con claridad admirable. Inventaba los verbos y los participios más extraños, rara vez usaba el pronombre de primera persona y sus declinaciones, así como tampoco la inflexión verbal correspondiente, sino que se llamaba a sí misma "La Niña". "La Niña tiene la bata *rotada*; La niña está *librando* (leyendo); álcenla, cárguenla". Su voz timbrada, armoniosa, con ese acento de la niñez que parece el capullo del habla, se adaptaba, sin embargo, a todas las modulaciones. Era una ocarina articulada y acariciadora de una belleza indecible. El alborear de aquella inteligencia, de aquel sentimiento, auguraba un carácter complejo, hondo, artístico, delicadamente femenino. Apenas si le gustaban las muñecas: lo predilecto, lo atrayente para ella eran los animales, las flores, los astros y, en general, la naturaleza; y por sobre todo esto aparecía el ideal: "La Virgen María".

Mamá la tenía en su cabecera con los ojos llenos de lágrimas y el corazón *chuzado* y de coronita; ella la había visto en la Catedral con su manto azul rodeada de muchachitos; ella la veía en la Vera-Cruz, como una señora de verdad, tan linda, tan preciosa, con aquel niño cargado; ella la veía en todas partes; mamá le había dicho que las estrellas y la luna eran el manto de la Virgen; las flores del jardín todas eran para la Virgen María, porque ella las había visto en los ramos de las iglesias y en el oratorio de mamá. La Virgen, la que le traía los niños a las señoras, y que si se los volvía a quitar era para guardárselos en el Cielo cobijaditos con su manto, como había hecho con Carlitos; la Virgen, la que le había traído el bebé a mamá, ese bebé que era un muñeco que comía y que chillaba y que no era un muñeco; esa Virgen a quien ella, y Albertico, y mamá rezaban por la mañana y por la noche; a quien ella quería ¡tanto, tanto!

Aquel corazoncito para todos alcanzaba. A mamá mucho amor; mucho a papá últimamente; con su hermanito mayor tenía intermitencias; con bebé se enloquecía; pero su afecto, la nata y espuma de su ternura, de sus coqueterías eran para Pepito, el abuelo, para Máximo, el tío, el más fanático, el más tocado de idolatría por esta muñeca, que vino a ser en la familia el blanco y el centro de todos los afectos. Alberto II, inquieto, brusco, voluntarioso, cuyas pasiones hípicas lo arrastraban a grandes atropellos, empalagaba un tanto a Blanca con sus cariños de lienzo gordo, con sus juegos en que la echaba por tierra y le ensuciaba el vestido, punto éste de enorme gravedad, que la limpieza, la pulcritud parecían en esta niña parte integrante de su sér. Cuando se le antojaba que la bata estaba *ensuciada*, eran el llanto y el gemir desconsolado. El comer era un martirio, porque se le volvía un desafuero chorrear la servilleta o el delantal. Pero esto era nada para lo que sufría la niña cuando su hermano le aseguraba, por hacerla rabiar, que la Virgen no la quería. Corría entonces a la

madre, y, anegada en llanto, exponía siempre su querrela en esta forma: "Alberto *la molestó*". Y Alberto soltaba la carcajada, porque era ésta la gracia que más le celebraba. Carlos, el hermanito muerto ocho años antes de venir ella al mundo, era para la niña la tradición gloriosa de la familia; le llamaba, lo nombraba con frecuencia, lo hacía figurar en sus juegos, cual si estuviese a su lado en cuerpo y alma. A pesar de su blandura no dejaba de ser turbulenta a las veces, sobre todo cuando se las había con el gato; cuando contemplaba los terneros y los pájaros, parecía que la acometieran ansias de correteo, de trisca y de vuelo.

Eran especiales sus facultades artísticas para la declamación. Maravillaba tánta memoria en esa cabecita rubia, de toques grises como la seda sin cardar, cuyos bucles en tirabuzones se esfumaban en nimbo de gloria. Y qué rayos de dulzura despedían sus ojos claros de un azul etéreo, indefinible. Obra como ésta no la prodiga naturaleza: las líneas rehenchidas de aquella escultura de carne tierna diseñaban ya la mujer antioqueña, alta, esbelta, de movimientos lánguidos y cadenciosos; el cuello y el pecho ondulaban en esponjes de paloma cuando arrulla; la boquita, de labios un tanto gruesos pero correctos, se plegaba con el mimo y la monería que sólo la inocencia sabe producir, mostrando unos dientecitos que parecían mijajas de la pulpa del coco; movía esas manos pompas, de palmas sonrosadas, con la gentileza, la maña y la travesura de una gatita; y cuando, inclinada la cabeza, proyectaba aquellas pestañas crespas, largas y de color atortolado, hubiera servido de modelo para una Virgen niña.

III

Aquel espíritu que flotaba sobre las aguas en los días del Génesis parecía ahora apacentarse, como en remanso espejado, en el hogar de Alberto Rivas. Sentíase por doquiera, refulgía en las conciencias y en los semblantes, y cual si su providencia fuese especial para aquella familia, derramaba, al par que la salud y la fortuna, sus dones y sus frutos. Ester era una perpetua oblación; a cada golpe del reloj, hablaba con Dios en el lenguaje mudo del fervor, y le ofrecía sus felicidades, como le ofreciera en otro tiempo sus desgracias.

Nacida en la cumbre social, arrullada por los halagos de la opulencia, por los cuidados de amantísimos padres, despertó a la vida por un choque que, dejándola por tierra, proyectó en su juventud una sombra tenebrosa: la muerte de su madre. Vino luégo otra mujer a ocupar aquel puesto. El corazón de Ester se sublevaba. En su bondad, se reprochaba a sí propia aquel sentimiento de antipatía, aquel tributo al barro miserable.

Casada a los diecisiete años con el hombre a quien amaba desde los nueve, creyó alcanzar la dicha, y todos la diputaban por la novia venturosa. Cómo no, si Alberto Rivas reunía cuanto puede apetecerse.

La estatura prócer, el porte garrido y arrogante, el rostro agitanado de perfil energético y de ojos de árabe, el brío y regocijo del carácter, las seducciones de la alcurnia y del dinero, el prestigio de los viajes, ese refinamiento, esas mil monadas que constituyen el buen tono, hacían de "el negro Rivas", el popular "negro", el gran partido de

Medellín. Empero, bajo las áureas urdimbres que deslumbran, bajo alfombras de rosas que embriagan bien puede solaparse la lepra que lacera. El sentido moral dormía en Alberto Rivas. El placer era su meta; amó por el placer; por el placer se unió a aquella niña inocente y pura cuya belleza moral superaba a la física. Tras la embriaguez vino el cansancio, el desvío. Las enfermedades de Ester completaron la obra.

En la primera época del matrimonio, fluctuaba la joven entre el desencanto y la sorpresa. No sabía si amaba al marido como había amado al novio, pero indudablemente ella tenía una noción muy distinta del amor. La maternidad vino a revelar la felicidad conyugal, a dejársela entrever apenas, que a los seis meses de nacido murió su primogénito; vino luego otro hijo débil, enfermizo, para quien temía la misma suerte. Estos frutos seguidos prometían la cosecha sin tregua de la fecundidad antioqueña. Mas no fue así: naturaleza pareció resistirse; y para aquella esposa tan joven, tan sana, principió una etapa de dolor callado, de agonía moral. Cuanto una mujer delicada y casta puede sufrir con la intervención médica; las humillaciones, las miserias de una esposa enferma; las dudas que surgen en su espíritu cuando se cree burlada en la más santa de sus aspiraciones; el temor, sugerido por un corazón que adivina, de que su compañero ha de ver en ella un sér inútil, despreciable, repugnante; los alarmas de la conciencia al pensar en la disipación del esposo; el ver al único hijo, enfermo, en manos mercenarias y extrañas; el forzado abandono de los deberes domésticos; todas estas penas, complexas, tenaces, realzadas por una sensibilidad exquisita, las sufrió Ester, sola, aislada, allá en los profundos de su alma, durante siete años.

No podía Dios desoír los íntimos clamores de una alma atribulada. Un día se inició la salud en el hijo, y, cual si de ella dependiese la de su madre, tornó Ester a la vida, lozana, radiante de belleza, como en gloriosa resurrección, y vino Blanca. En ella cifraba Ester su dicha; cuanta ternura comprimida acendrabá el corazón de esta madre le parecía poco para aquella hija predilecta de sus entrañas.

El retorno a la salud y a la belleza de la esposa, la aparición de Blanquita no fueron parte a devolver al extraviado esposo el prístino entusiasmo. Aún no tenía un mes la parvulilla y ya Alberto emprendía su tercer viaje a Europa. Dieciocho meses lo engolfaron metrópolis y balnearios, para volver a su tierra con la nostalgia de la ajena. Regalos suntuosos para la esposa y para los hijos, muebles, artísticas chucherías de alto precio para la casa; todo aquello lo estimó Ester en un principio como fineza de esposo y de padre, mas pronto su experiencia, la intuición de su amor le enseñaron cuánto más vale la dádiva de un corazón que todas las riquezas del mundo. No importaba: tenía a sus hijos: si con su Alberto no le bastaba en antes, con su Blanca, ese presente con que Dios la favoreciera, tenía ahora para cobrarse con creces la indiferencia, la algidez mortecina del esposo. Qué importaba que el Club y el *sport* lo absorbiesen, que pasara las noches fuera de casa, que recibiera cartas y fotografías parisienses, que sirenas plebeyas de acá lo hechizasen con su canto: ¡qué importaba, si ella sobre la coraza de su virtud llevaba aquel talismán, aquella pureza, aquel armiño del Cielo! Quejarse, manifestar siquiera en el semblante las ocultas heridas de su dignidad, era regatearle a Dios el galardón aquél inmerecido. Qué importaba... y sin embargo, cuántas veces la frente inmaculada de la niña recibía, al par que el beso, las

lágrimas de su madre; cuántas, la frase amante y delicada de la esposa, al dirigirse al infiel a quien adoraba, moría ahogada por un sollozo que estallaba de lo más profundo de su alma. Qué importaba... y sin embargo, cuántas veces en la alta noche, de rodillas en su lecho de esposa abandonada, pedía a Dios, no la vuelta del esposo, sino el revocamiento de un castigo que en su conciencia creía inminente para el culpable, para ella, para sus hijos inocentes.

Si el padre no apreciaba aquella hija, aquel tesoro, si prefería a las fruiciones santas los miserables devaneos, el abuelo, el tío, la madrina, los amigos, todos, competían con la madre en aquel afecto entrañable, que más que afecto semejaba idolatría.

Faltaba en aquel concierto la nota cariñosa de la abuela: Alberto había perdido a sus padres tiempo hacía; Ester era hija de primeras nupcias; pero su padre (Pepito, que le decían sus dos nietos) amaba él solo a Blanca por los otros abuelos que faltaban.

IV

Se ha dicho que los matemáticos, a fuer de imbuídos en abstracciones numéricas, tienen carácter reseco y enfadoso. Máximo Santalibrada (único hermano de Ester por padre y madre) desmentía el aserto, y no porque fuera ingeniero a medio untar. Era un mozo ingenuo, con una de esas delicadezas vestidas de niñerías, de frivolidades; risueño, alborotado, travieso; era una grandeza de espíritu esmaltada de pequeñeces, un corazón. Acababa de llegar de Norte-América cuando nació Blanca, y él mismo se ofreció como padrino. Mercedes, la hermana menor de Alberto, fue su compañera de pila. ¿Sería esta circunstancia germen de amor en el corazón de la joven? Ella misma lo ignoraba; ella misma no sabía definirse; pero es lo cierto que tuvo que confesarse a sí propia al fin y al cabo que amaba a Máximo. Corría el tiempo, y Mercedes, a pesar de las muchas ocasiones que de tratar a Máximo tenía, nada lograba descubrir en él que revelase siquiera inclinación por ella, nada, ni siquiera coqueteos de muchacho. Varios adoradores se le presentaron: a ninguno hizo caso: algo le decía interiormente: espéra, espéra.

Era una morena acanelada, de ojos adormidos de una tristeza vaga y extática; el cabello espeso y alborotoso; alta, lánquida, de movimientos rítmicos más provocativos que majestuosos; redondo, negro, como dibujado con tinta china, lucía un lunar en la mejilla. Era una niña nerviosa, mimada, impresionable. Según su fe de bautismo, contaba dieciocho años; moralmente apenas tendría nueve. Demasiado espigada ya para habércelas con muñecas de trapo o de cartón, se le iban las horas en juegos con su ahijada, muñequita de carne y hueso. La adoraba, no sólo por esa ternura que inspira la niñez ni por aquella especial que inspiraba el angelito, ni por el instinto materno tan pronunciado en Mercedes, sí que también, y quizá más que por todo, porque veía en la niña algo como un vínculo que la unía a su amado. ¿No era Blanca ahijada y sobrina de ambos? ¿No tenía cariño entrañable por los dos? Para el corazón de la joven era esto argumento irrefutable. Ello estaba como en la atmósfera. Blanquita misma llegó a sentirlo.

Un domingo, después de misa de ocho, se hallaban en el corredor, Ester, los padrinos y la ahijada. Mercedes le arreglaba a ésta una canastica de flores; Máximo, que había estado bobeando con la niña toda la mañana, entró en juicio, repantigóse en una mecedora, levantó la cabeza hacia el cielo del corredor como si contase los portaletes, y dando golpecitos con los dedos en los brazos de la silla, a guisa de acompañamiento, se puso a silbar el *Dúo de los paraguas*. Hallaríase en los astros, en Norte-América, en cualquier parte, menos en la casa. Blanquita se entretenía en hojearle el devocionario a su madrina, admirando los registros. De repente toma uno, el primero que halla a mano, lo pone entre las flores, se acerca de lado a Máximo, lo sacude, lo vuelve a la realidad, y, con una chuscada, con un gesto de risa contenida que le alumbraba la carita, le dice al oído en un secreto susurrado, aparatoso, que todos oyeron: "Esto es que te manda *Cheres*". Y le pone el regalo en las rodillas. La niña lo hizo de tal modo, que Máximo, a pesar de su aplomo, no deja de inmutarse un tanto; Mercedes baja los ojos encendida; y el diablillo agrega con mucho dengue: "Papá y mamá son novios; 'Maximito hermoso' y *Cheres* son novios también; la *Niña* quiere que sean novios". Y volviéndose a Ester: "¿No es cierto, mamacita, que *Cheres* y 'Maximito hermoso' van a ser novios?". Sin esperar la respuesta, y a carcajada tendida, corre saltando hasta el extremo opuesto del corredor, torna hasta la mitad, y, escondiendo la carita tras los tallos fibrosos de una iraca que desparramaba sus plumajes tropicales por encima de un aparato a estilo rústico, y señalando con el dedo a sus padrinos, grita con tono burlesco: "¡Hi, hi, hi, son novios, son novios!". Suena la campanilla del contraportón, y aparece el abuelo. La niña se le aboca, lo ase con un bracito por una pierna, y, siempre señalando, repite: "¡Véalos, Pepito!; véalos: ¡son novios, son novios!". Máximo estaba lo que se llama corrido; Mercedes palidecía; Ester, viendo que ya no era posible disimular, exclama: "¡Esta sí es la muchacha!" ...Pepito, que se da cuenta, sonrío maliciosamente, quiere decir algo y nada dice. Máximo siguió pensativo, y ni siquiera hizo caso cuando Blanquita fue a recitarle al abuelo el *Blas y Blasa* que el mismo Máximo le había enseñado. A poco se despidió, y, pensando en el significativo rubor de Mercedes y en su propia inesperada turbación, esta pregunta surgió en su mente: "¿Por qué no?".

La escena, como todo lo relativo a Blanquita, fué en la casa muy comentada, y todo ello aumentaba el entusiasmo y la admiración por aquella muñeca, con quien todos chocheaban.

V

Todos no: Alberto continuaba indiferente a los grandes acontecimientos de la casa: por entonces sólo lo preocupaba el *sport* rodado: era el número uno de los ciclistas de la ciudad. Cuando, con el traje del caso, pedido especialmente a Europa, volaba por esas calles, fantástico, transfigurado, saludando, gorra en mano, a sus muchas admiradoras, parecía "el Negro Rivas" un fin de siglo convertido en meteoro. ¡Ah, Negro elegante y cachaco! Pero ¡oh brevedad de los tabores humanos! Un día lo llevaron a la casa en guandos. ¿Cómo fué aquello? Nunca se ha averiguado bien. Hubo golpe en la rodilla, y ya se sabe... *líquido!* Desde que oyó a los médicos la palabra aterradora, todo lo vió entenebrecido; humores negros, esplines de lo más británico, neurosis franco-

antioqueña le acometieron en gavilla. Pero no hubo remedio: tuvo que encamarse. Aquí de mis deberes, se dijo Ester; y principió una de esas venganzas inconscientes de la esposa amante y abnegada, de la mujer antioqueña, que tiene el talento en el corazón.

Y como si obraran de concierto, por un acuerdo tácito de sus almas, Ester y Blanca se unieron para consumir aquella venganza. Apenas si salía la niña del cuarto de papacito; en todo quería intervenir; metía sus manitas para ayudar a mamá y a los médicos a hacer las ligaduras; traía la servilleta cuando le llevaban las comidas; anunciaba la visita del facultativo; le ofrecía a Alberto cigarrillo y le acercaba el cenicero; acariciábale el cabello y los bigotes; lo cobijaba como a un niño y a cada paso se le oía: "Papacito ¿está aliviado? ¿Quiere que la *Niña* cierre la ventana para que se duerma?". Y aquella vocecita daba el tono de la caricia, del halago, de la tierna compasión. En su solicitud, todo lo refería a papacito; quería rodearlo, envolverlo en lo que ella más amaba; traía a la cama las flores, los abanicos-anuncios que le regalaban en las boticas, su favorito *Almamía*, las estampitas de la Virgen. Hablábale de los palomos, de los gansos y del chivito de la casa de El *Poblado*; le tocaba en la guitarrita de pino que le había regalado Pedro, el asistente; denigraba la bicicleta, esa bicicleta fea y malcriada, esa descarada que había tumbado a papacito; lo obsequiaba con barras de caramelo, metiéndoselas en la boca para que chupara; regañaba a Alberto II por los estrépitos, por el taconeo que no dejaban dormir a papacito; quería que éste *librara* cada rato en unos papeles muy grandes que tenían viejos y animales pintados; lo imponía de la salida y de la entrada de la yegua rucia y del caballo alazán; y cuando en la calle se sentía ruido de carros, corría a cerrar la ventana para que a papacito no le dieran las viruelas.

Fue una escena enternecedora y cómica la aplicación del termo-cauterio. Blanquita vio los preparativos, con esa curiosidad de lo desconocido, peculiar de la niñez; pero cuando los puntos de fuego iban calcinando la rodilla enferma y empezó a sentirse en la alcoba ese olor de carne chamuscada, la niña prorrumpe en un grito vehemente de pánico y conmiseración: "¡No maten a papacito, no lo maten por Dios! ¡Pobrecito!". Y loca, arrebatada, se abalanza sobre aquellos "descarados" que acababan con papá. Y cuál se vieron los médicos y Ester para consolarla. De ahí en adelante había que sacarla del cuarto con cualquier pretexto, cuando se trataba de la chamusquina.

Todos los conocimientos que "Maximito hermoso" le había trasmitido, los rezos que mamá le enseñaba, los cantos de la dentrodera, los cuentos de la planchadora, todo se lo ofrecía a papá como fuente de distracción; y, acomodada en la silla del asiento de peluche con "floritas pegadas" que le había comprado Pepito, principiaba muy satisfecha: "Esta era una señora que tenía dos muchachitas, una buena y otra mala...". O bien, poniéndose en pie, con la cabeza ladeada, los bracitos caídos, ajustándose en todo a los preceptos de Máximo, declamaba:

"No hay burlas con el amor.

¡Tontería!

Cuando Calderón lo dijo

Estudiado lo tendría.

....."

Todo esto, sin contar el hechizo de la infancia, esa poesía, esa delicia indefinible de la travesura, esos ex abruptos, esas desproporciones de una inteligencia, cuando asimila, cuando busca la relación de las cosas, cuando se abre a la investigación. Y ¡cuidado si Blanquita era investigadora! Más que la belleza y la gracia infantil, más que la blandura de aquel corazoncito, maravillaba tanta inteligencia en aquella criatura que aún no había cumplido cuatro años. Como bien podía decirse que Alberto no la había tratado, las manifestaciones de ese carácter fueron para él otras tantas novedades.

Sus amigos de casino, de *sport*, de jolgorio, poco más le acompañaban: si al principio le visitaron unos cuantos, pronto se vio reducido al círculo de la casa, y, como no tenía el dulce vicio de la lectura, si se exceptúa la de periódicos europeos, pasaba las negras horas de reclusión con su mujer y con su hija.

El primer mes que estuvo reducido a la cama, parecióle aquello insoportable, imposible; del segundo en adelante, cuando ya le permitieron los médicos estirarse en una silla, todavía llevaba en su espíritu algunas nubes negras; y cuando con el cuerpo principiaba a hacer pininos, iba despuntando por allá en esas obscuridades un alborcillo plácido y tranquilo que lentamente se iba avivando y difundiendo una emoción nueva, enteramente desconocida para él. Tenía notas melancólicas, tal vez tristes; pero, así y todo, lo vivificaba, le infundía calor, ánimo, aliento; descubríale horizontes, lontananzas que nunca contemplara en su vida, cual si el hombre moral se viese de improviso en alta cumbre que dominase extenso, dilatado panorama. En aquel corazón donde antes pulularan larvas, cizaña, flores de envenenados efluvios, brotaba poco a poco, como a influjo de mágica primavera, una eflorescencia de dulces, de elevados sentimientos. Cual emanaciones fecundantes, aquellos sentimientos se elevaron a su cabeza, y formando corrientes, condensándose, resolvieron en agitado torbellino. Por varios días se encontró en completo estado de turbación, y en sus insomnios, aquel cerebro fermentado hervía como la almáciga cuando el jugo de la madre tierra la hace reventar. Eran tan puros, tan luminosos los vapores que se alzaron de aquel corazón, que el intelecto de Alberto Rivas tuvo un instante de clarividencia. Replegado, sobrecogido en sí mismo pensó, y por la vez primera contempló el mundo, se contempló a sí propio con miradas de reflexión; tendió la vista al pasado, y todo aquello que en antes lo halagara, todo aquel cúmulo de sucesos en que puso su encanto, se le iba antojando pálido, tedioso, mentido. Tornando al presente encontraba a Ester, a su hijo, su familia, su casa y, por sobre todo, a su Blanca, a su hija, destacada, luminosa, como en tranquila noche de verano la estrella salvadora del marino. El hogar se le definió; la noción del deber se le impuso, y, como si la conciencia hubiese abierto un dique, una ola saludable de remordimiento lo inundó por completo. Alberto se sintió redimido, esposo y padre.

VI

Once meses después del percance del ciclista -que ya no volaba en ruedas- nació bebé. Este sí que podía llamarse el hijo del amor.

Blanquita estaba trastornada: en su cabeza se anudaban en maraña de confusiones, Carlitos, bebé y la "Virgen María". ¿Era bebé el mismo Carlitos que le guardaba la "Virgen María" a mamá? ¿Era otro Carlitos nuevo? ¿Estaba Carlitos allá en el Cielo arropadito con el manto de la Virgen, o era el mismo que dormía en la cuna, con la gorrita, la camisita blanca y los pañales cosidos por la Virgen y traídos por ella misma en aquel canasto tan bonito la misma noche que trajo a bebé? ¡Confusión de ideas! A todos preguntaba, a todos requería; la niña comparaba las distintas versiones, y más y más se ofuscaba. Al fin, "Maximito hermoso" se lo explicó todo con circunstancias de tiempo, de lugar y de persona, con detalles de ociosidad artístico infantil que asombraban a la niña. Sí era un Carlitos nuevo.

Era aquello un poema teológico, una a modo de cosmogonía de muñecas, de pajaritos, de ángeles, dictada en más de una conferencia. "El niño Máximo ha vuelto al estado de l' inocencia", decía la dentrodera, al oírle los disparatorios con que él se embelesaba, embelesando a Blanquita. La leyenda aquella tenía efectos estupendos. En el patio se oyó una música muy bella; papá y mamá fueron a abrir, y ahí estaba la Virgen con un envoltorio bajo el manto de estrellas y de luna; dos angelitos alumbraban con faroles; otro tenía el paraguas; otro tocaba la campanita; una docena más atrás, cornetas y tambores; y unos pajaritos muy lindos hacían *pío, pío*. La Virgen, calladita, se entró a la alcoba; se arrimó a la cuna; puso adentro a bebé con mucha maña, y el canasto de ropa sobre un taburete; y se salió, calladita como había entrado; y ella y los ángeles, y los pajaritos se volvieron volando para el Cielo. Blanquita, que no era pródiga en sus besos, se los daba entusiasmada a aquel maestro tan sabio, tan enterado de todas las cosas de la Virgen María. Fue entonces cuando él le regaló la de *terracota* y un devocionario tamaño como una galleta para que *librara* en misa.

Quería que le dieran a bebé para cargarlo, para estrecharlo entre sus brazos, para comérselo a besos. Era un desbordamiento, una locura de ángel. Aquel bebé con sus piesitos tan chirringos, con sus uñitas como las lentejuelas rosadas que le había regalado *Cheres*, y que chillaba como *Almamía* cuando se lo trajo la planchadora; la Virgen María que traía y guardaba muchachitos; aquel Carlitos del Cielo, vinieron a ser para la niña como un delirio. Una mañana, a tiempo que Ester la peinaba, dijo con aire de pleno convencimiento: "Mamacita, la *Niña* estuvo con la Virgen y con Carlitos". -"Sí, sí, mi ángel, los has visto en la *Cruz*", dijo Ester, creyendo que se refería a la estatua de la Virgen del Perpetuo Socorro venerada en esta iglesia. "Esa nó, mamacita: la *Niña* los vio *durmidá*, en el Cielo, y la Virgen María la cobijaba con su manto como a Carlitos". (Porque Blanquita, para expresar que *soñaba*, decía que había *visto*).

En ella se recrudeció la ternura, la devoción, el afecto por la Virgen. Entró en tal estado de fervor y misticismo que sus temas, sus juegos revestían el carácter religioso: todo era administraciones, misa, altares, procesión y Mes de María. Unas veces era sacerdote, otras campanero, monaguillo con frecuencia. También *Almamía* desempeñaba diversos papeles, lo que daba lugar a grandes conflictos, porque a las veces se le antojaba a Blanquita que el turpial de papá, que estaba en su jaula adosada

a la pared del patio principal, por allá muy arriba, o que el canario de mamacita, cuya jaula colgaba de la ventana del costurero, tomaran participación en sus fiestas religiosas, pues en su instinto estético se le figuraban estas dos aves canoras y sus elevadas prisiones, algo así como el coro que había visto en las iglesias, a donde la llevaban con frecuencia.

Bien se comprendía que Blanquita era mujer de esta época de las fiestas religiosas, del embolismo de devoción y de cofradía que por ahora nos acomete; y si ella se chiflaba por este lado, no le iba Máximo en zaga en esotra chifladura literaria en carne viva que padece esta nueva Atenas de caja de fósforos italianos. Sí señor; Máximo era uno de tantos, y para Blanquita componía poemas regionalistas al par que decadentes, cuentos de la montaña y hasta discursos en que salía a figurar aquello de la *dura cerviz, del gran carácter, del hogar cristiano*, de esta nuestra influencia antioqueña, avasalladora, definitiva en los destinos del mundo...

Como se ha visto, el hogar de Alberto Rivas estaba en el cenit de la felicidad. Ester sentía estremecimientos nerviosos de dicha. Su marido suyo, enteramente suyo, reconciliado con Dios, dedicado a ella, a sus hijos, a su familia, reñido con el Club, activo y metódico en sus trabajos; las horas de vagar para su casa, dando la bendición a sus hijitos cada noche, rezando el rosario con frecuencia, acompañándola en sus contadas visitas. Parecía más joven y más bella; sencilla y desprendida, le halagaban ahora los bienes de fortuna, el gusto y la elegancia de su casa. En ella se recluía, como temerosa de que en otra parte pudiera evaporarse tanta ventura. Y Ester, de suyo tan hacendosa y ordenada, tan pulcra, tan fanática por el aseo, como buena medellinense, estaba ahora más exagerada con aquella vivienda tan cómoda que Alberto había hecho refeccionar con todo el lujo y las invenciones modernas.

Todo esto era para Ester un sueño, un milagro, obrado únicamente por ministerio de Blanca, que la abnegada esposa ninguna parte se atribuyó en la providencial mudanza.

Pepito, para quien no se habían ocultados las íntimas penas de su hija, y que nunca le había hecho a ella la más mínima alusión a este respecto, estaba rejuvenecido con la transformación de aquel hogar. Reverdecía en sus nietos y en Máximo y Mercedes, a quienes ya veía casados -que el matrimonio de los padrinos de Blanca al fin se había arreglado definitivamente con aplauso universal.

VII

Blanquita a pesar de la traslación de la santa casa de la Virgen al Loreto de la sombra, seguía en el patio contemplando el cielo tan barrido. Más que barrido parecía lavado, bruñido: la luz con que Dios alumbraba nuestro valle se prodigaba en un derroche de gloria; las zonas luminosas de todas aquellas paredes recién enlucidas, eran de una blancura incandescente; el follaje de árboles y trepadoras, los frutos, las flores, el césped, heridos por aquel resistero, semejaban una vegetación de talco, uno de esos paisajes con incrustaciones de nácar que lucen en el fondo de algunos pisapapeles de cristal.

La niña bajó de los cielos a la tierra. Junto a la base de un poste del corredor, en la juntura de dos ladrillos, había repuntado como por encanto un hormiguero, aún no debelado por la escoba del asistente. Verlo y sentarse a contemplarlo, todo fue uno. "¡Mírenlas qué tan formales, cómo llevan su comidita!", exclama entusiasmada no bien parecen unos cuantos de esos *titancitos laboradores* agobiados con un átomo blanco, apenas perceptible, del pétalo de una rosa. "¡Lo que comen es floritas!... ¡Qué tan lindo!". Y cual si con la admiración se le acabase el entusiasmo hormiguero, corre al santuario, quita la Virgen, la carga en el delantal y la da a Ester para que se la ponga en la repisa del Divino Rostro, donde había que colocársela siempre "para que no estuviera solita".

"*La Niña quiere coser*", dice Blanquita, acercándose al cesto de medias que repasaba Ester, "quiere coser con naranjita, así como usted, mamacita". Pero no hubo lugar a la costura, porque de pronto siente que unas manos misteriosas le tapan los ojos y que una voz cavernosa del otro mundo le dice: "¡Que te come el tigre, que te come!". Y el tigre le comía el pelo, y las mejillas, y el pecho, y los bracitos. La víctima zapatea de gusto, lanzando aquellas carcajadas argentinas que más que de las cosquillas del besuqueo eran de alegría, de aquella como atracción psíquica que sobre ella ejercía "Maximito hermoso". "No me trajites los pajaritos", le dice ella con mucho mimo, apenas Máximo se ha sentado, y, metiéndosele entre las piernas y colgándosele a dos manos de la nuca, agrega con fingido enfado: "No te quiero Maximote feo". - "¿A qué sí?", exclama él; y, tomándola por las axilas, la alza en vilo y la recuesta contra la pared. "Por fin sale de la muchacha", prorrumpe Ester entre alarmada y satisfecha. Blanquita se retuerce de contento. "¿Qué te dijo *Cheres* anoche? ¿Qué resolvió por fin que cantáramos en el cumpleaños?" pregunta Ester sin levantar los ojos del zurcido. Máximo, sin atender a la pregunta, baja a Blanquita, y este tío de los tíos se pone muy orondo a hacer con ella el *Aserrín aserrán, las maderas de San Juan*, con todo y canto. "¡Este sí es el más bobo que yo he visto! Es más niño que Blanca. Míra; si con los sobrinos te pones así, ¡con los hijos habrá que hacerte rancho aparte!". El le soplabá al oído a la niña, y la niña iba repitiendo como un fonógrafo: "Madre cursilona... chiflada... *esculta*... remendona y pericada... que no sabe hacer... sino oficios... de negra sirvienta...". Ester pregunta, provoca, incita al hermano de todos modos para hacerlo conversar, pero el tal como si no oyera. Después de reparar con la niña todas las boberías, de haber *comprado carne, matado el pajarito sin cola*, enumerándole los nombres de los dedos; después de hacerla andar para ver si aún torcía el zapaticito izquierdo -único defecto que encontraban en aquel ángel y que Pepito estaba empeñado en corregir- pasa con toda formalidad a la clase de recitación.

Se trataba de enseñarle a la niña a declamar, con toda la mímica y expresión del caso, unos versos que su padrino le había compuesto para que felicitase a Pepito en su próximo cumpleaños. La niña, paradita en un taburete, con la quietud exagerada que solía gastar en las ocasiones solemnes, fijos los ojos en "Maximito hermoso", que hacía de figurante, iba repitiendo las palabras imitando los gestos, el movimiento de las manos, sugestionada, hipnotizada por aquel influjo omnipotente de su maestro.

Y no era tan sólo Blanquita la del ensayo: Ester y Mercedes también querían obsequiar al venerable viejo, grande amigo de la música, con algún bambuco o con algún trozo

selecto de ópera cantado a dúo. Tampoco Alberto quería quedarse atrás en aquella fiesta que él mismo había promovido: iba a estrenar oficialmente el landó con su tronco de caballos ingleses, y en ellos se ocupaba. Como la familia del suegro no cabía toda en el carruaje, había determinado no usarlo para conducirla a casa, sino que, en cuanto terminase la comida, entre cinco y media y seis, darían Pepito, Blanca y él una vuelta por la *Quebrada-arriba*, pasarían por el Parque de Bolívar, y, siguiendo por la Carretera del Norte y por la Plaza de Berrío, tornarían a casa donde ya estarían en escena las cantoras.

No era aquello solamente el natalicio del abuelo: era el brote, el alarde de una felicidad que necesita manifestarse. Todos a cual más tenían especial empeño en excederse a sí mismos en aquel triunfo de la dicha, en aquella orgía del afecto. Blanca, la que volvió la paz al noble abuelo, la ventura a sus padres; la que enlazó los corazones de sus padrinos, era el geniecillo providente que tenía en sus manos los hilos todos de aquella dicha solidaria. Como alma de la fiesta la proclamaba la familia.

La de Rivas, culta y refinada si las hay, preparaba de acuerdo con las modistas, con las grandes cocineras de la ciudad, con floricultores y tapiceros, todos los refinamientos posibles en Medellín para la celebración de este cumpleaños.

La víspera todo estaba preparado. Mercedes y Máximo acudieron esa noche a casa de Alberto, ella para dar los últimos perfiles al canto, él para presidir la *répétition générale*, que decía Alberto, la muestra que llamaba *Cheres*, en que Blanquita iba a interpretar el genio creador de "Maximito hermoso". En el comedor, escenario de la fiesta, iba a verificarse el ensayo. Los presentes ocupaban el asiento que en la comida debía corresponderles. La servidumbre toda, desde la planchadora hasta *Almamía*, esperaba ansiosa. A falta de Pepito, ocupa el puesto de honor una almohada que Máximo ha declarado por su padre. El está a la diestra; en el extremo opuesto, entre Alberto I y *Cheres*, la niña de pie en su silla, donde pueda oír a la novia, que es el apunte, y ver al novio, que es el figurante. "¡Silencio!", manda éste con tono imponente de dómine, y hace una señal.

Blanca cómicamente pensativa, en actitud petulante de arrobo, con mohín picaresco en la boquita, acentuando los hoyuelos de las mejillas, infladas suavemente las narices, parece que invocara; lanza luego un suspiro de su pecho, sacude con blandura la cabeza, revuelve en torno la mirada, tiéndela al frente, y, cual si de esos ojos emanase con el candor del ángel la travesura del diablillo, fíjalos en la almohada, y, a la señal de Máximo, principia:

"Soy la *Princesa Blanca* -tú me lo has dicho-
De tal tengo los mimos, tengo el capricho;
Yo soy un angelito blanco y hermoso;
De ángel tengo lo dulce, lo candoroso.

"Blanca también es mi alma, y en mi pureza
Vístome de lo blanco con la belleza:

Blancos son mis zapatos, bata y sombrero,
Blancos como el cariño con que te quiero.

"Yo soy lo más precioso que verse pudo
(Como todos lo dicen, ya no lo dudo)
Y para complacerte tanto me esfuerzo,
Que, mira el zapatico... ¡ya no lo tuerzo!

"Tú eres Pepito mío, viejito amado,
El papacito tierno, bello, adorado
En la cabeza llevas tú la blancura,
Y en el cano bigote y en tu alma pura.

"Tal contento produce tu alegre fiesta
Que a celebrarla el Cielo mismo se apresta:
La Virgen, que guardado tiene a Carlitos,
Va a mandar a la tierra sus pajaritos.

"Mi almita blanca supo que hoy es tu día,
Y a tu alma, que es tan blanca como la mía,
Un beso manda: agáchate, pues, Pepito,
Que tu Blanca querida te dé el besito.

"Pero nó, que me raspas con tus mejillas;
Nó, que con los bigotes me haces cosquillas;
Ha de ser en la frente donde te beso,
Y parezca, al besarte con embeleso,
Mi boca, que en tus blancas canas se posa,
Como cuando en la espuma cae una rosa".

Dijo, y fue a acercarse a la almohada, pero la explosión de besos, de caricias, no la dejó llegar. Albertico casi la sofoca en su entusiasmo; a Alberto I se le saltaban las lágrimas. Ella se vuelve a su maestro con mucho mimo, y le pregunta: "¿Y sí vienen mañana los pajaritos?". Porque la venida de ellos era el premio que Máximo le tenía ofrecido, y era esto lo que más preocupada la traía.

VIII

¡Con qué solemne júbilo rasgan el aire las campanas de San Francisco! Es María que congrega a sus hijas a celebrar su natalicio; y al reclamo de la Madre acuden presurosas las doncellas todas de Medellín. Mercedes es de las primeras en llegar. En su alma límpida, serena, de novia y de huérfana, hay un dejo de tristeza que la entenece y la conturba: ya nunca más volverá a tomar parte en esta hermosa festividad de las vírgenes: en el año venturo, corona menos inmaculada, si más santa, ceñirá su frente. No puede más, no puede: aunque la vea todo Medellín llora con ese llanto que no es posible ocultar; recibe a su Dios; eleva su nacimiento de gracias;

despídese de su Madre y la pide su bendición con el lenguaje de las lágrimas, que en su emoción no le es dado ajustarse a las palabras consagradas de las preces ni hallarlas por lo pronto.

A las doce estaba en casa de Alberto para peinar a Ester y ayudarle en los últimos retoques. En acabando de colocar unas macetas en la antesala, admiraban el efecto, la perspectiva poética, cándida, deliciosa que ofrecía aquella serie de piezas. En cada puerta, doble cortina calada de dos paños; iracas, cinco de abriles, drácenas, jardineras de vistosas flores, pareadas a uno y otro lado, como recogiendo y abullonando aquellos encajes, daban la nota selvática sobre aquel fondo vago, transparente, de espumas; y allá, en el último término, entre un círculo de alternanteras y coleos recortados a la inglesa, se veía el baño. "¡Qué bonito!", exclama Mercedes. "Parece el *monumento* de la Catedral".- "Eso mismo dijo Pedro", replica Ester muy satisfecha con aquella aprobación. "Lo que quiero es que papá pase por aquí para ir al baño: no ves que parece que va como por arcos de triunfo. No se le ha de pasar al viejito un día sin su baño antes de comer... Y ahora que me acuerdo: tengo unos jabones finísimos". Y ambas fueron a buscarlos, y los llevaron al tocadorcito del baño.

Este, oval, diáfano, remansado, semeja enorme lente. Dos fucsias simétricamente plantadas campan en el centro de aquellas espesuras artificiosas; extienden sus ramajes, cuelgan sus flores purpurinas y las dibujan en la quieta superficie.

Las dos cuñadas pasan al comedor; nada falta: tras el cristal de los artísticos aparadores relumbran porcelanas y electroplatas; en las rinconeras ostentan los cacharros sus campos y arabescos de oro, sus pinturas al fuego, el *rococó* de sus relieves; Baccarat ha enviado sus primores de muselina, sus copas de gasa; Pomona, sus grosuras; Flora, lo más selecto de su reino; y hasta el sol parece que acrecentara su belleza para filtrarse por los vidrios de colores de la ancha reja.

Blanquita enreda, mariposea e indaga por todas partes: "¿Mandaré la Virgen los pajaritos a la fiesta? ¿No los mandará?".

A las dos parte la comisión de Alberto I, Alberto II y Blanca para traer a Pepito con su familia.

Justificando la estrofa de Máximo, Blanca lo estaba por dentro y por fuera: los zapatos, la tela, los encajes y aquel enorme sombrero de resplandor, cubierto, erizado de tules y de plumas: todo era blanco.

Al fin termina su *toilette* y aparece la madre de Blanquita. Llevara una diadema en su frente, y fuera aquella Ester que salvó al pueblo judío. Lo egregio y clásico del tipo; ese color trigueño que los pintores atribuyen a María; los ojos garzos, rasgados, que vierten la humildad y la caricia; esa boca que destila la dulzura; el cuerpo escultural de curvas ideales; el andar reposado y majestuoso -todo bíblico.

Traje y peinado contribuyen a la realeza. El cabello castaño que se embomba en quiebras naturales hacia la frente, que se afloja desmayado por la nuca vellosa, se

recoge en la coronilla en nudo sobresaliente y gracioso. Seda amarfilada envuelve aquella escultura en una bata Princesa: ciñe espalda y caderas; flota ampulosa en elegante cola; cae suelta, deshecha en encajes por delante; ancha cinta tornasolada en verde y rosa desteñidos se enlaza sobre el pecho y desciende cortada en forma de tijereta, como para besar aquellos pies menudos que pisaron siempre firmes la senda de la virtud.

En una mesa de la sala estaban los presentes con que la familia de Alberto iba a obsequiar a Pepito. En vez de enviárselos a su casa, como es costumbre, querían entregárselos a su llegada. A tiempo que Ester abre una de las puertas que da al corredor, entran los esperados. Hija y padre se confunden en un abrazo. El viejo se enjuga los ojos y se cala las gafas para examinar aquellas bagatelas tan valiosas a su corazón. Todos se agolpan en redondo de la mesa, todos hablan, todos se mueven, todos se agitan.

Blanquita corretea como una loca. Sale al patio; ve un colibrí que revuela junto a una maceta florecida, y salta exclamando: "¡Ya vino un pajarito! ¡Qué tan lindo!". El colibrí, rumoroso, intangible, se flecha por el zaguán interior y traspasa el muro de curasao. La niña, transportada, se escurre por la última alcoba.

La alegre confusión continúa en la sala. De repente se oye un alarido de dolor, de espanto. Todos se precipitan en tropel. La niñera, convulsa, desencajada, brotados los ojos, mesándose el pelo, apenas puede articular: "¡Corran por Dios!".

Máximo, disparado, se lanza al jardín. Sobre el baño flota como enorme margarita el sombrero blanco.

Se arroja al agua. Saca algo blanco, flácido, desmadejado.

Enloquecido, fuera de sí, lo sacude, lo zarandea, le insufla su aliento, su vida...

¡Todo en vano!...

El colibrí, en tanto, revoloteaba rumoroso entre las fucsias.

Dimitas Arias

Al Doctor Uribe Angel

I

Porque era de bahareque y porque lo apuntalaban dos palos por el costado de abajo y un diente de tapia por el interior, no se había venido al suelo aquel cascarón de casa. Era el techo un pelmazo gris de algo que así pudo ser palmicho como carmaná, todo él constelado de parchones de musgo, de lamas verduscas y de tal cual manojito nuevo, puesto allí por vía de remiendo. Bardaban el caballete hasta cuatro docenas de tejas centenarias, por entre cuyas juntas medraba el liquen y asomaban mustias y enfermizas unas matas de viravira; pendíale por un extremo, desparramándose que era un gusto, un matorral de yerbamora fructificado además. Era el interior una gran sala, con un tenducho de madera en el ángulo frontero a la puerta de entrada, el cual se cerraba como una alacena y olía a ratones y a viejo. De tierra apisonada, y con muchos hoyos y rajaduras era el suelo. Dos ventanillos de batientes partidos por mitad, alumbraban el local; daba el uno a la *Calle-abajo*, y el otro, al *Callejón de El Sapero*, pues la casa aquella estaba en la esquina. Tenía tres puertas: la de entrada, una que comunicaba con un cuartucho, y la del interior; esta última se abría a un corredor húmedo; y esto era todo el edificio; que el tingladillo que hacía las veces de cocina estaba aislado obra de doce varas más adentro. Unas piedras medio enterradas en el suelo servían de pasadizo. Defendían esta propiedad: un trincho, cubierto de maleza, por el lado del callejón; dos guayabos machos, tres naranjos agrios y un saúco, entreverados con unos palos carcomidos, por los dos lados restantes. Arrimadas a los cercos, hileras de ruda y de eneldo, una mata muy cuidada de romero de Castilla y unas cuantas de rosa chagre. Detrás de la cocina, se extendía un solar inculto y pro indiviso, que allá muy lejos tenía por lindero natural el arroyo enlodado y fétido conocido con el nombre de *El Sapero*. La casa estaba situada en la punta de la *Calle-abajo*, la Patagonia del pueblo, como quien dice.

Era la escuela.

La sección acababa de reunirse.

-¡Una leyenda, muchachos! -dijo el Maestro con tono de cariñoso estímulo... y aquello principió.

De una banca donde se arracimaban hasta dos docenas y media de mocosas, se levantaban, creciendo, atiplándose en terrible sonsonete, todos los horrores del deletreo: *ere-a-ra*, *ere-i-ri*, se oía por un lado; *be-a-ba*, *be-i-bi*, por otro; aquí, *ese-a-ele*, *sal-gu-e-ve*, alve; por allá, una trabazón de sílabas imposible de desenredar. Total: un Babel chiquito.

En la banca frontera, se alineaban como veinte varones, no menos atareados, no menos chillones que las chicas, si bien algunos un tanto graves por sus adelantos, cacareaban con más formalidad, casi de corrida, y a pura memoria por supuesto, aquello de "por la señal de la Santa Cruz venció Constantino al tirano Magencio", pasaje de la cartilla que abría a aquellos estudiantes, horizontes sublimes en el cielo de la historia y del arte. Cuando se llegaba a eso, estaba uno iniciado en los misterios de la humana sapiencia.

Separados del grupo, como los dioses de la masa de los mortales, había tres o cuatro por allá en un rincón. No alzaban mucho la voz, no señalaban el renglón con el puntero, y, aunque hacían muchos visajes, estirando el pico, bizcando a ratos, apenas si miraban el catón. "A los azores, aves de rapiña, cuenta San Alberto Magno", cantaba éste; "San Luis, Rey de Francia, al acostarse con sus hijos", cantaba aquél; y, absortos, embebecidos en su grandeza, en los ejemplos estupendos del libro inmortal de San Casiano, ni cuenta de la vida ni de su propio sér se daban estos sabiondos.

Compitiendo en aplicación, en apuros y en afanes, pronto se cansaban los dos bandos. Era entonces el rascarse la cabeza, el bostezar tedioso, el estregarse unos contra otros aquellos cuerpecitos. Venía un aleteo rumoroso de cartillas, catones y citologías; ya no había Constantinos ni Magencios, *ni los bueyes mugían, ni tiraban de los carros, ni araban la tierra*; caíanse al suelo los punteros, y había que irlos a buscar; una muchacha pellizcaba a su compañera; un rapazuelo metía las manos en los bolsillos, las sacaba y hacía fieros; el otro le arrebatava los corozos. Llega el momento de las quejas: "que éste me está arrempujando"; "que Carmela me jurgó"; "que Toto me rompió la ruana"; a la vez que de banca a banca se sacan las lenguas, se hacen gestos, y aquel murmullo se define en alboroto de veras.

-Siga la leyenda! -grita el Maestro.

Ni por ésas. Muchos se atropellan y quieren ir a dar la lección, todos a una. Como pocos la saben, el Maestro, sofocado, esgrime el puntiagudo chuzo de macana con que apunta, y aquí pincha una mano, allá un molledo, acullá tumba un catón. Se oyen chillidos lastimeros tanto más lastimeros cuanto más fingidos, y todos se apartan. Pasa entonces una cosa horripilante: de la camilla-carreta donde yace el Maestro, se alza, largo y delgado, un palo que tiene en la punta un rejo más largo todavía; agítase en el aire, ondula y silba como culebra voladora, y, sea en la banca de las hembras, sea en la de los machos, no se oye sino *¡güipi, juipi!* En vano se frunce, se compacta, se achiquita la rapacería; en vano protesta a voz en cuello, porque la culebra sigue a destajo, y, caiga donde cayere, cada cual lleva su parte, pagando a veces justos por pecadores. No siempre va a la montonera; que en ocasiones se ceba en determinados delincuentes, y ¡cuidado si es certera!

A raíz de la tormenta, le acometen a la mayor parte necesidades apremiantes. Pónense en pié, levantan la mano, y, por turno, pronuncian las palabras sacramentales. Entre confuso y enojado dice el Maestro:

-Vayan; pero cada cual por su lado, y cuidado con ajuntasen.

Pues es de saberse que el *campo* aquel tenía dos departamentos, otras tantas entradas y una frontera infranqueable en derecho.

Pasadas la lectura y toma de lecciones, entra el Maestro en la enfadosa tarea de *echar el renglón*, que consiste en palotes, a los de pizarra, y el nombre del discípulo, a los de papel.

Sólo Carmela Aguirre no tiene que habérselas con el Maestro ni con nadie, sino que se sienta muy satisfecha, y toma por modelo una muestra de letra inglesa que decía: *El inocente duerme tranquilo*.

El pobre Maestro quedaba rendido, y, cuando ya los escribanos garrapateaban en sus puestos, llamaba al monitor de la arena, para que dirigiera esta sección, constituída por los que de tiempo atrás se denominaban los *gorgojos*. Este monitorazgo, gloria suprema de la escuela, lo disfrutaba seis meses hacía Toto Herrera, no sin que sus envidiosos condiscípulos intrigaran cuanto estaba a su alcance por arrebatárselo.

Inflado de orgullo, alzándose los calzones y sonándose con estrépito, salió el afortunado. Los *gorgojos* se arremolinaron, y apercibieron sus chuzos y clavos para trazar las letras. Una vez en sus puestos, saca Toto la menuda arena del cajón, riégala en toda la tabla, y, pasándole con mucha petulancia la plancha de madera que emparejaba aquello, grita con ese tonillo peculiar que a nada se asemeja:

-¡Manos abajo! ¡Atención!

Toma su chuzo, se agacha, traza algo y torna a gritar, en tres tiempos:

-Vean la letra A. Véanla bien antes de hacerla. Háganla.

No ha terminado el berrido, cuando todas aquellas manitas, torpes, apresuradas, describen, haciendo crujir la arena, escarba-mientos de gallina, colas enroscadas de animales desconocidos, jeroglíficos de monumento indígena. Si ha cesado la chillería del deletreo, es para empeorar: la voz de Toto, atascada por el desarrollo de las glándulas parótidas, se destaca bronca y cerril sobre ese fondo de ruidillos a cual más fastidioso: los golpes y los rayones del lápiz sobre las pizarras, que destemplan los dientes; aquella plancha de la arena que parece pulverizado azúcar refinado; ese sobar con babas sobre las engrasadas pizarras a cada garabato que no sale a gusto del calígrafo; las muchachas, que siempre han de estar en secreteos, que se rozan, que se estriegan las ropitas; aquel otro zarrapastroso que se rasca contra las asperezas del suelo el jarrete colonizado por las niguas; el de más allá que tira de las greñas al vecino; la otra mocosuela que lame el chisguete que ha echado sobre la plana; los sustos e inculpaciones por esta catástrofe; el mojar estrepitoso de las plumas hasta el fondo del tintero; aquella movilidad nerviosa de lagartijas, aquel rebullicio de granujas; todo ese ajeteo de rapaces reunidos, ponen al infeliz Maestro de pulsarlo con vino.

Como regañar sería inútil, cierra los ojos por no ver aquello, y qué de cosas se pierde.

Unos, muy pagados de sus planas, estiran el pico, ladean la cara a medida que escriben; hay una rauda pendolista que, a cada palotada, levanta la cabeza y da un hipido imitando el movimiento de las gallinas cuando beben; hay una de las judiotas que quiere Doña Sola de Samper pintándose lunares en los brazos; uno que lleva los calzones amarrados con el guaral del trompo, ha establecido la chumbimba sobre la pizarra, y tiene el corozo a tiro de apuntar a la cabeza del Maestro que ha tomado por

mocha; un *gorgojo* hembra, con la cara de ángel toda sucia y el pelo rubio hecho un virutero, se ha quedado como reza la muestra de Carmela, pero con la boca bien abierta; en tanto que los hijos del alcalde, vestidos de paño verde que fue de un billar, sacan de los guarnieles los manises, los carestos y los amolaos, para despertar envidias.

Aunque de todas las clases sociales, nivelan aquella escuela los remiendos, los desgarrones, la mugre y el olor. Orejas hay allí que parecen untadas de asiento de chocolate; pies tomaditos de carrumia y faltos de uñas si no es que el bicho aquel se los tenga purulentos y manantiales. No hay cabeza que dé indicios de peine, ni corpiño de muchacha que tenga broche con broche, ni posadera de varón que carezca de ventana. Hay faldas rajadas hasta el borde, y que no tremolan porque un nudo hecho con sus puntas las detiene; calzones que, a fuerza de rodilleras, más parecen mangas. De los sombreros no se diga: todos lo llevan a la espalda colgados del barboquejo. Calzado no se ve de ninguna clase; pero sí varios guarnieles, cuáles de vaqueta, cuáles de pañete, esotros que fueron bordados en anejo por la mano cariñosa de una madre. Pañolón de trapo gastan algunas, montera, una que otra, ni pañolón ni montera, las restantes; y tales atavíos mujerieles están colgados en un lazo que hay en un rincón, a manera de percha.

Al tenor de la descrita, tenían lugar tres sesiones cuotidianamente: por la mañana, al mediodía y por la tarde. Para entrar y salir no se fijaron horas determinadas, por la sencilla razón de que en el pueblo no había reloj público; y de bolsillo, sólo el Cura y Don Juan Herrera, padre de Toto, lo gastaban.

Así es que los niños no ansiaban el oír campanadas, sino una tosecita que salía de los lados del corredor y que era preludio de la dicha estudiantil, pues no bien sonaba, cuando se abría la puerta, y asomaba, larga y escuálida, la figura de una viejecita, que decía con voz tediosa:

Y'es l' hora pa largar.

Con lo cual se armaba el gran bochinche de la salida.

Era esta figura nada menos que la señá Vicenta, mujer del Maestro. Tenía carita de loro; traje siempre lavado, con el corpiño abierto por detrás; pañuelo de yerbas en la cabeza, anudado bajo la barba a guisa de capota, y alpargatas en chancleta; toda la viejecita muy aseada y correcta, si cabe corrección en la miseria.

El sumo sacerdote de este templo de Minerva yacía en su camilla de ruedas. Sobre ser Maestro de escuela, estaba tullido desde tiempo inmemorial. Para los alumnos fue siempre una terrible y misteriosa adivinanza, cómo aquella cabeza de hombre pudiese estar encabada en "una cosa tan chiquita que ni cuerpo de cristiano parecía"; pues el bulto que presentaba bajo las delgadas mantas esta pobre humanidad de "El Tullido" por antonomasia, no era mayor que el de un rapazuelo de ocho años. Tan contraído y deformado estaba que parecía faltarle el espinazo. Con dificultad podía menear el pié derecho; sólo en la nuca y en los brazos tenía movimiento, y éste un poco forzado en

el izquierdo. La siniestra mano la veían los granujas en sus pesadillas: eran cinco garfios apartados y nudosos de pieza entera, que nunca se cerraban, que agarraban rígidos, sin apretar: algo así como la mano de palo que apaga las luces del tenebrario. Con la derecha, a más de persignarse muy bien y de esgrimir el arreador y el chuzo consabidos, escribía claro y pronto, si no muy correctamente; y para lo último le servía de pupitre una caja pequeña que tenía siempre entre el marco de la carreta, caja que parecía estar clavada allí, y en la cual guardaba el recado de escribir; lápices de pizarra, algún pliego de papel, que no dineros, como pretendían los discípulos. La cabeza, en forma de calabazo, podría representar la de un sacerdote poseído de neurosis ascética; era aplanada de cráneo, de cabello recio y entrecano, cortado siempre al rape como un cepillo; ni pelo de barba en aquella cara amarillenta y marchita; y no porque fuese lampiño el santo varón, sino porque su compadre Feliciano, alma caritativa como pocas, lo afeitaba jueves y domingo y le cortaba el pelo cada quince días, merced a lo cual se le formaba por oda la rapadura una sombra cenicienta que lo aclarigaba más y más. Los ojos pardos resultaban muy tristes y abismados entre el paréntesis de la hirsuta ceja y de la ojera negra, tan negra que se dijera de corcho quemado, tan honda que semejaba cicatriz. Sólo dos raigones amarillos asomaban bajo los hendidos labios; la nariz tosca, de fosas muy abiertas. Esa cara tan fea tenía una expresión de tristeza resignada y beatífica que atraía.

No fue Maestro atrabiliario ni de viarazas: si chuzaba y daba azotes a la indómita chusma, obedecía a la consigna del superior, a la ley de su tiempo, en que era un axioma aquello de "la letra con sangre entra y la labor con dolor".

II

Por esas calendas hubo en la aldea cambio de párroco. A los pocos días de llegado el nuevo, llamólo El Tullido para que lo confesase; y luégo al punto quedaron encantados uno de otro: el sacerdote, de hallar alma tan sana en cuerpo tan enfermo; el Maestro, de tanta sencillez y mansedumbre en aquél que él diputó por lumbrera de la Iglesia.

Acabada la confesión, sacó el padre de su yesquero de cuerno engastado en plata, ofreció lumbre y cigarro al penitente, y no bien ambos hubieron encendido, acercó aquél un taburete junto a la carretilla, y con tono de viejo amigo, y como quien reanuda una conversación, dijo:

-¿Conque hace treinta años que está tullidito?

-Sí, mi padre, treinta años largos -contestó el infeliz, muy agradecido por el tono insinuante y cariñoso del sacerdote-. ¡Bendito sea mi Dios que no me ha dejao morir de necesidad!

Y luégo, como el padre Cura le manifestase deseo de conocer su historia, El Tullido habló así:

-A los siete meses de casao, me comprometí con los Herreras a iles a componer un molino, puallá a *Volcanes*, qu'es la cañada más fea y más enferma que hay. Me fui apenas conseguí dos oficiales, y desde el día en que llegámos encomenzámos los trabajos. Ibamos ya muy adelante, y hasta creíamos que íbamos a acabar antes de mes y medio qu'er'el tiempo que habíamos calculado; pero resultó que los aserradores cayeron con fríos en la misma semana, y, como los llevábamos alcaniaos, nos quedámos de balde. Como yo, mi padre, era un hombre muy guapo y de mucha fortaleza, aquí onde usté me ve, y como estaba de mucho afán, porque tenía que venime a acompañar a Vicenta, qu'en esos días iba a alentase, les dijo: Caminen vamos a traer esa madera, y, si no hay aserrada, aserrémola nosotros, que yo también sé aserrar. -Ellos dijeron que sí al momento; echámos bastimentos en una jíquera, y cogimos falda arriba pal aserradero. Resultó que no había qué traer, y, entre los tres arrimámos y montámos los palos, y dijimos a echar serrucho. Cuando íbamos a bajar del aserradero, dizque pa comer algo tempranito, se escureció de presto ¡y dice a llover, mi padre, y a hacer huracán en aquel monte que aquello parecía el día del juicio! Mientras corrimos al rancho qu'estaba ai mismo, nos volvimos patos. Al momento corrieron quebradas de agua de toditos laos, y el rancho se anegó. Creímos que un aguacero tan terrible pronto escampaba; pero de rato en rato más se desataba el aguacero, hasta que se volvió una granizada que parecía desgranando maíz. Por todo el rancho s'iban haciendo los panes de granizo, que no había un campito onde parece uno. ¡A todo esto vuelve el huracán más duro que antes y dice a bramar y a tumbar palos! Pocas ocasiones me ha dao miedo a yo; pero, mi padre, cuando oímos eso, me coló un recelo que, ai mismo, entre la granizada revuelta con el pantano del aserrín, nos hincámos de rodillas a pedir misericordia. Ninguno de los tres sabía rezar la Maunífica; pero rezámos el *Santo Dios* y una porción de credos y de padrenuestros. Tiritando y escurriendo los trapitos nos estuvimos hasta la propia oración, que vino a escampar, y tuavía tuvimos qu'esperar un rato a que bajara la creciente que venía por la trocha. Ya muy de noche arrimámos al molino, y, después que nos calentámos al pie de una jogonada qu'encendimos, merendámos muy a gusto y echámos a grojjar por lo que nos había pasao y el susto que nos dio.

Esa noche, aunque me sentía muy foguiao, no pude dormir, sino que me lo pasé voltiándome en l'estera. Al otro día, cuando aclariaba, me fui a levantar; pero sentí un dolor en las piernas tan sumamente duro, que tuve que volver a acostame. A propia hora me dentró un causón muy alto: pues a la noche ya yo estaba gritando de dolor; pero no era en las piernas no más sino en todita l'arca el cuerpo: me parecía que me machucaban todos los güesos, que m'iban clavando estacas atravesadas y de punta. Me fui entiesando, entiesando, hasta que quedé casi sin movención. Mis compañeros y la cocinera que nos llevaba la comida desde el molino de abajo, me valían como a un chiquito.

Así pasé como veinte días: tirao en aquel zarzo, sin pegar los ojos, sin pasar más alimento que unos tragos de aguadulce o de caldo de güevo. Los compañeros me daban sobas de guaco, y baños de cordoncillo, y bebidas frescas; pero nada me valía. Uno d'ellos fue a recursase al molino de abajo, y trajo un purgante de jalapa y calomel. Me lo tomé... y como si l'hubiera echao a l'acequia. Antoces mandaron por ño Luna, qu'era el médico d'esos laos. Vino al momento y agarró a tirame de las canillas y de

los brazos, dizque pa ver si me desentiesaba, y lo qu'hizo fue atormentame y acabame de postrar. Visto que no hacía nada puese lao, se fue pal rastrojo, y trajo las siete yerbas; las machucó bien, y compuso con ellas un unto de sebo derretido, y les raspó un poquito de l'uña de la gran bestia, del colmillo del caimán y del cacho del ciervo que manijaba siempre en el carriel, y, así, bien calientico, me untó por todo el cuerpo. Me dijo qu'estuviera tranquilo, que con ese unto m'iba a aliviar precisadamente. ¡Quién dijo, mi padre! Al otro día amanecí pior, y con una sequía y un fogaje que me quemaba por dentro. Antoces dijo ño Luna que lo que yo tenía era la reuma regada por todo el cuerpo, y que se m'estaba secando l'agua'el cogote; pero qu'él m'iba a dar un vaho. Al momentico mandó al molino de abajo que le trajeran tabaco en rama, y todos los cabos que toparan, y un'olla grande. Al momento se aparecieron con tres mazos, y con una jiquerad'e cabos y l'olla.

Puso todo el cabero con el tabaco picao a jerver, y a un rato subieron l'olla al zarzo. Entre los dos compañeros y un mozo que vino del molino, me alzaron en guando de l'estera, y ño Luna me puso l'olla por debajo, y les dijo que me fueran voltiando muy despacio paque recibiera el vaho. Pensé que me sancochaban las espaldas con eso tan caliente; y, cuando me voltiaron boca abajo, y se me vino esa jedentina tan fuerte, me dentaron tántas ansias que ai mismo vomité un caldito que me había bebido. Pero resultó que, con la chapadanza que hacíamos en aquel zarzo tan estrecho, se quebró l'olla, y se perdió el remedio.

-¡Gracias a Dios! -interrumpe el sacerdote-, porque si no lo envenena ño Luna con su vaho.

-Tal vez sí, mi padre, porque desde propia hora sentí una fatiga, una maluquera tan grande que hasta se me olvidaron los dolores. Creí firmemente qu'entregaba esa noche los aniseros; y les dije a los muchachos que vieran a ver si podían venir al sitio puel Cura, a ver si me alcanzaba. Pero qué cura mi padre, ¡cuando ese monte qued'en el cabo'el mundo y hacía un ivierno que no había caminos!

Lo que sufrí en ese monte con ese mal tan violento me parece que me ha de servir pa compurgar mis culpas. Ño Luna se fue, creo que hasta caliente con yo, porque le dije que no me hacía más sus remedios. Antoces le dije a los compañeros que yo era un pobre, pero que les daba una vaquita que tenía y lo que me debía el patrón, con tal que me sacaran al sitio, a ver si acaso alcanzaba a llegar con vida a mi casa. Uno d'ellos fue al molino a buscar socorro y dio la fortuna que topó allá al patrón que acababa de llegar. El patrón mismo vino aonde yo, mandó cortar guaduas y qu'hicieran una barbacoa con unos arcos de chusque; me pusieron en ella tapao con unos enceraos, y entre cuatro pionos me trajeron en hombro al molino. ¡Antoces sí fue que me puse malo! Cada ratico me descargaban en el camino pa dame algún alimento; y en todo el medio día alcanzaron a sacame al alto del *Contento*. Ai pasé la noche. Cuatro días andaron con yo a raticos, porque les daba un pesar de ver cómo me ponía; pero por fin me arrimaron a las *Animas* a casa de un conocido mío. Ai nos topámos con el padre Inacito, que Dios tenga en su gloria, qu'iba a confesame; y, aunque le parecí muy malo, dijo que d'eso no me moría, y que lo que tenía era debilidad. M'hizo matar gallina; y que me la comiera, aunque fuera sin gana. Determinó que no siguieran con yo, porque

en el estao en que yo me hallaba, era matame de una vez. Despachó los piones pa la mina, y arregló con los dueños de la casa pa que me asistieran por unos tres o cuatro días hasta que yo estuviera más fuertecito, y se comprometió a mandar por yo del sitio. Al otro día mandó medecinas, azúcar, sagú y otras cosas, y desde ese mismo día recobré alguito de alivio; y si n'hubiera sido por la cosa de Vicenta, no l'hubiera pasao tan mal con esa gente tan formal y tan caritativa. Pero yo no, mi padre, no me halagaba por nada, y siempre me parecía que me moría.

Como a los cuatro días se apareció por yo el dijunto Aguirre con otros dos cargueros. Desde que lo vide me dio no sé qué recelo, porque al pobrecito -mis palabras no le ofendan- le gusta el aguardiente, y me pareció qu'estaba con traguitos. No bien arreglaron la barbacoa, alzaron con yo; Aguirre solo por la punta de abajo, y los otros dos por la cabeza; y cogieron falda arriba. Cuando llegamos al *Alto* ¡dice a llover! y determinaron descargame dizque pa que descansara; pero fue pa ellos beber aguardiente. Aguirre sacó la cacha, y entre los tres se la metieron íntegra. Sin escampar siquiera, me alzaron otra vez ; y en una casita que había más abajo me volvieron a descargar; y yo, desde al alar onde me tendieron reparé, por un roto del encerao, que compraron trago otra vez y que volvieron a llenar la cacha. Antoces les dije que yo me sentía muy malo, que me dejaran ai; pero Aguirre dijo que ni bamba, qu'estaban comprometidos con el padre Inacito a poneme en el sitio muy temprano, y que no fuera cobarde, que me tomara un traguito, y vería cómo me componía mucho. Tanto me jeringaron, mi padre, todos tres, que tuve que meteme el trago. No me pareció que me hubiera sentao mal, y les dije que siguiéramos, pues. Pero más valía que me les hubiera ranchao: me cogieron a carrera tendida, y encomencé a zangolotiamme en aquella barbacoa como árguenes en un muleto. Yo les suplicaba por Dios que andaran más despacio, que me acababan de matar, que se caían con yo; y pior lo hacían. Aguirre principió a grojjar: "que aquí llevamos al dijunto Dimitas Arias que se murió puaá en *Volcanes*"; y, haciendo que lloraba, decía:

"No murió de calentura
Ni de dolor de costao,
Sino de una corneaíta
Que le dió el toro pintao".

-¡Ah, salvajes! -prorrumpió el sacerdote, poseído de santa indignación.

-Eso era del aguardiente, mi padre; ellos no estaban en su sentido. Yo sentía que la cacha iba pasando de mano en mano; y seguían con la groja del dijunto. Y como los dijuntos montañeros hay que llevalos muy ligero, porque la sepoltura los tira, me llevaban volando. ¡Me matan estos verdugos! -grité yo casi llorando del desespero y la fatiga. Y no había acabao de decilo cuando el Aguirre se resbaló, y yo caí con todo y guadas, y al caer me salí de la cama, y fui a dar puallá muy abajo contr'una piedra. Ai mismo se me fue el mundo, y me aicidenté.

El Tullido hizo una pausa, y el Cura una mueca que parecía un puchero. Por disimular su emoción, volvió a sacar lumbre y a encender.

-Cuando volví en sí -prosiguió el narrador encendiendo otra vez el cigarro- estab'el padre Inacito encomendándome l'alma. No supe cuándo llegamos al sitio; pero, entre gallos y media noche, me acuerdo que la casa se llenó de gente, que sonaba el esquilón y que el padre me trajo a Nuestro Amo... y que yo lo recibí con mucha devoción.

Como la gente d'este sitio es tan buena, no me desamparaban un momento en esos días: todos creían que me moría más hoy, más mañana. A yo me manijaban unos ratos los hombres; otros, las mujeres; pero como yo no perdí enteramente la conocencia, yo auservaba que Vicenta no estaba con yo, ni la vía por parte ninguna, y se me ponía a ratos que se había muerto en el trabajo; mas sin embargo, no oía llorar criatura ni nada.

Como l'iba diciendo, yo siempre ponía cuidao a ver si oía a Vicenta y a la criatura; pero habían tapao la puerta del cuartico con un'estera, y a yo me tenían en un rincón de la sala, casi tapao con unos trapos que colgaron de unos varales. En ocasiones me parecía oír la prenuncia de Vicenta, como hablando pasito, pero pronto vía que eran pareceres míos no más; y ultimadamente, mi padre, yo no estaba más que pa gritar con los dolores que padecía y pa preparame a buena muerte.

El padre Inacito estaba cada momento a mi cabecera, pulsándome, ayudando a bregame, rezándome l'oración a mi padre San José y a otras devociones muy preciosas.

Un día oí que me dijo:

Hombre Dimas, d'esta no te morís.

Y comenzó a consolame, diciendo que yo lo que tenía era rematís, y que me había descompuesto en la caída; pero que no más me fortaleciera un poquito, iba a mandar por un componedor muy hábil; y que ya le había escrito a un dotor de la Villa contándole mi achaque, pa que mandara la receta.

Antoces le dije:

-Bueno, mi padrecito, pero ¿Vicenta sí es muerta? No me lo niegue.

El se riyó con una risa que tenía, muy sabrosa, y levantó los trapos de la cama, y fue y levantó l'estera del cuartico, y dijo:

-Vicenta, hablále y asomá la cara pa que te vea.

Yo no la vide bien; pero sí le oí que me dijo:

-No tenga pensión, mijo: desde aquí de mi cama lo'stoy acompañando: fue que quedé algo enferma.

Y yo dije, muy confundido:

-¿Pero esto qué contiene?

Y el padre me contestó:

-Lo que contiene es que te quedaste sin conocer la pinta: el muchachito se lo llevó mi Dios a los tres días de nacido: la víspera de traerte lo enterrámos.

Aquí dio un suspiro El Tullido, hizo pausa, y luégo, con tono que quería hacer jovial y resultaba amargo, agregó:

Y sin conocer la pinta me quedé.

-¿Cómo fué...? -repone el sacerdote con aire de vacilación-. ¿No tuvo más hijos?

-No, mi padre -murmuró el pobre hombre un tanto conmovido- desde el día que caí con ese mal, hasta volveme como estoy, no volví a servir pa nada. La crianza qu'iba hacer Vicenta con los hijos, la ha tenido que hacer con yo... Porque, ya ve, mi padre, que casi me tiene que lidiar como a un chiquito.

-¿Pero ni un día siquiera pudo levantarse?

-Ni uno, mi padrecito. Lo qu'es el suelo no lo he vuelto a pisar. La pobre Vicenta, en lugar de marido, lo que le quedó fue un estorbo... No me valieron medecinas de ningún dotor; como tres componedores trajo el padre, y no hicieron más que atormentame: no me valió nada. Mi Dios no quiso sino que yo compurgara aquí mis culpas, porque me pusieron medidas del Señor Caído del Hatogrande, y el padre Inacito fue allá a pagar una promesa que mandámos... y tampoco me valió. De día en día m'iba engorobetando más. Primero se me jueron juntando los muslos con el estómago, después, las canillas con los muslos, y asina me he ido quedando tieso como fierro, lo mismo que compás de carpintero cuando se mogosea. Lo que fue dolores sí se me fueron quitando poco a poco; después me volvían por tiempos; pero ya hace muchos años que no siento nada. Un dotor que vino a ver a la mujer de Don Juan, se admiró de que yo no estuviera embobao o loco, dizque porque tengo no sé qué quebradura en el espinazo y no sé cuántas cosas más. Pero ¡bendito sea mi Dios! De fatuo sí que me parece que no tengo nada; antes me parece que tengo más conocencia que cuando era mozo y alentao.

III

El Tullido, engolosinado con la mucha atención que le prestaba el sacerdote, prosiguió el relato, que por vía de prontitud y claridad, terminaremos de nuestra cuenta y cosecha.

Cuando el padre Ignacio, protector declarado de Dimas, persuadióse de que éste era un inválido, se dio a entender que era preciso inventar algo para libertarlo del hambre. Desde luégo, se le ocurrió hacer de él un maestro-escuela. Viérase entonces al buen sacerdote tomar soleta todas las tardes, lloviera que tronara, en dirección de *El Saperó*, a casa de Vicenta; viéraslo haciendo el pedagogo con un discípulo que en su vida había agarrado cartilla, ni tenido noticia cierta del uso de la tinta, y a quien impedían estudiar los dolores del cuerpo y las tristezas del espíritu. Entre pizarra y catón, entre papel y citología se fueron endilgando aquellos cursos, y hoy deletreo, mañana junto sílabas; ora palotes, ya signos, día llegó en que Dimas era hombre de escribir -con lirismo ortográfico, se entiende-, cuando se le dictase y de lanzarse él solo en una lectura tan de recorrida, que ni punto final, ni el interrogante más pintado, eran parte a detenerlo, ni a que cambiara en un ápice siquiera aquel tonillo piadoso de novena que tomó desde el comienzo, y que lo mismo para él que para el Cura era lo supremo del arte. Y a tanto alcanzó en esto de lectura, que, en voz alta y acentuando cada vez más el estilo, se apechugó todo el *Arco Iris de Paz* y toda *La Familia Regulada*. Oyéndole estos primores, pasaba el padre Ignacio las horas muertas, y le chorreaba cada baba que ni parvulillo en dentición.

No menos avanzado se andaba en caligrafía: con ser que la posición era hartó incómoda, la pluma, si muy parada y casi cogida del arranque, iba resbalando por el papel sin trepidar un punto. Y, bien que el estilo del maestro fuera clásicamente morante, el discípulo se mostró desde el principio original y personalísimo, sobre todo en letra gorda. ¡Y cuenta si sabía garbear! Caracoles rasgueaba, al arrancar mayúsculas, que parecían cachumbos de vitoriera; palos y rabillos más eran cosa de dibujo, y su rúbrica, la de Pilatos pintiparada. Para "echar cuentas" lo tenía el cura poco menos que por un Newton, y en cuanto a saber la doctrina y explicarla, se quedaban en pañales los doctores de la Iglesia. En suma, que a los nueve meses escasos le discernió el grado. Fue aquello desde el púlpito, donde poseído de la elocuencia que da el entusiasmo, hizo el panegírico de El Tullido y anunció la gran nueva de que al día siguiente se abriría la escuela bajo su inmediata vigilancia.

No hay para qué encarecer si la exhortación tuvo efecto, siendo esta escuela la primera que se abría en el pueblo y teniendo un patrón de aquel calibre.

Con ser que la sala era espaciosa, el Cura se vio y se deseó para acomodar aquel muchacherío, sin revolver las hembras con los machos, ni los de siete años con los de quince o dieciséis. Otra clasificación no se intentó siquiera, ni había para qué; pero sí hubo distribución de días y de materias: martes y viernes enteros, para doctrina; los días restantes, para lo demás; y medio sábado, para toma de lecciones. A más de este plan, que poco a poco se fue perfeccionando, ideó el cura la cama-carreta, la caja-escritorio y el palo con el rejoy; que lo que fue el chuzo lo inventó El Tullido mucho tiempo después.

Todo discípulo, bien fuese un mocosuelo de seis años o un grandullón de quince, pagaba una peseta mensual o su equivalente en especies. Así era que, a fin de mes, llevaban: el almud de maíz o el cuartillo de frijol, los hijos de labradores; sus dos libras de carne filtrajosa, los del carnicero, y así cada cual su parte, siendo pocos los que llevaban los dos reales. Amén de esto, El Tullido recibía a menudo de mano de sus discípulos o de las madres, regalos de tabacos, de cuartos de cacao, de bizcochos, etc., con lo cual se daban marido y mujer la gran vida, tomándose al día cinco cocos de chocolate de harina, con mucho quesito y muchísima arepa de maíz sancochado, fuera de los almuerzos de espinazo y las comidas de fríjoles con tropezón de marrano.

Tal era el famoso establecimiento de cuyas aulas salió toda la sabiduría de los viejos del pueblo.

A los pocos años de fundado, pudo el padre Ignacio morir tranquilo con el auge de su protegido. Ni aun en su testamento lo olvidó: lególe la imagen de mi padre San Roque con todo y nicho, y un Niño Dios quiteño, en el cual cifró El Tullido las delicias y el consuelo de su vida, si no fue que le antojase ver en él la pinta aquella que no alcanzó a conocer.

Era tan lindo y tan gordito. Sentado muy orondo en su dorada silla de copete, con su mitra de plata y su túnica bordada de lentejuelas, con su carita tan lozana y sus mejillas arreboladas, parecía un obispito de gran parada. En la diestra llevaba el mundo, y en la izquierda, una flor que El Tullido hacía renovar todos los días. Sobre tan buenas partes, tenía el Niño la de poderse vestir, la cual daba lugar a las contemplaciones y al mimo por el lado de los trapos.

Estas imágenes, lo mismo que una de la Cueva Santa, otra de la Virgen de Valvanera, y algunas más en cromolitografías empolvadas y roñosas, ocupaban una tabla a modo de aparador, colocada arriba del ventanillo, y que llenaba todo el lado del *Callejón de El Sapero*. En el centro, el nicho de San Roque, en cuyas alas de escaparate estaban pintados en la parte interior -y no por Vásquez seguramente- una Santa Rita muy escurrida y tocada y un San Pedro Alcántara, muy esqueletudo y miedoso, con tamaña calavera en una mano. Un pañito bordado de hilo rojo, agitado de día por el viento, perseguido de noche por las moscas, colgaba a los pies del Niño. Por delante, por los lados, por todas partes, con simetría primitiva, lucían candeleros de barro, frascos con flores de botón de oro y de siempreviva y ramilletes de flor de uvito.

IV

En aquella escuela *sui generis*, la disciplina era cosa desconocida, claro está. Novillos hubo hasta de semana entera; en la clase misma, fuese por acción o por omisión, casi todos se salían con las suyas, si bien los chuzones y latigazos lograban tal cual vez meter en cintura, siquiera por un día, a más de un revoltoso.

Pero en la época en que lo presentamos, el Maestro estaba ofuscado con un diablo de muchacha que le tenía perdida la escuela, y a quien, por motivos especiales, no podía

dar pasaporte, pues era nada menos que Carmen, la de la muestra inglesa, hija del difunto Aguirre, el de la cacha de aguardiente, y de su vecina Encarnación, vecina a quien él debía muchísimos favores.

No había qué hacer con la indómita: ni por las buenas, ni por las malas, ni haciéndose el desentendido, sacaba de ella el pobre Maestro cosa de provecho. Y era lo peor que ni siquiera inquina le podía cobrar. ¿Cómo, cuando ella tenía por él y por la señá Vicenta los mayores miramientos? Carmen corría por candela cada vez que se le apagaba el tabaco; Carmen ayudaba a pilar el maíz y le atizaba el fogón a la vieja; Carmen le traía el tarro de agua, y era de verla con aquella guagua dos veces más alta que ella. En cuanto llegaba el maestro Feliciano, ya estaba Carmen inquiriendo si era la hora de la afeitada, a fin de buscar papeles para limpiar la navaja, aprontar el platoncillo de agua tibia y conseguir el trapo enjugador. Era un verdadero brete cuando el Maestro determinaba que lo llevaran a misa: desde el sábado por la mañana tomaba la acuciosa el ajuar dominguero de la cama-carreta para devolverlo a la noche, aplanchadito y con todo el azul de Prusia que el caso exigía, y ella misma enfundaba las almohadas, tendía el rodapié bordado de ojetes, tapaba las pobres mantas con la histórica colcha de zaraza, en la cual se reproducía hasta por veinte veces "una señora montada en un caballo muy chisparoso", que era el encanto de los muchachos. No bien el maestro Feliciano y sus hijos alzaban con el Tullido, ya estaba Carmen al pie de la cama, y ni en la calle, ni en la iglesia lo despintaba, hasta traerlo a la casa. Los domingos iba siempre a comprar al mercado, y, unas veces hojaldres; otras, empanadas o siquiera dulunsogas o pepinos, nunca le faltaba el regalo para su Maestro; sin contar los manojos de coles y los de cebolla que a menudo le llevaba de la hermosa huerta que cultivaba Encarnación; sin contar las malvarrosas y claveles con que ofrendaba al Niño Dios. En fin, que la rapaza, en medio de su travesura y de su desaplicación, era una providencia para el pobre matrimonio. Y como su casa estaba a un paso de la escuela, la hallaba siempre a mano la señá Vicenta para cualesquiera menesteres.

Con la misma facilidad, con el mismo entusiasmo con que los desempeñaba, insurreccionaba la escuela y le armaba al Tullido unos líos, que el pobre se mareaba, columpiándose entre el deber y la gratitud. Un sentimiento análogo, bien que inconsciente, animaba a toda la turbamulta escolar con respecto a Carmen; pues todos, ya de un modo, ya de otro, tenían algo que agradecerle; esto sin contar las roscas de pandequeso que le hurtaba a Encarnación y luego repartía en la escuela en menudos pedazos. De aquí el que hasta los más grandulazos y puestos en orden se prestasen a todo enredo, a todo desorden iniciado por ella. Tal cual vez le entraban arrechuchos de aplicación y decía: "¡Estudiemus hartísimo muchachos!". Y el *hartísimo* consistía en chillar hasta quedar roncós; y todos la seguían, y todos quedaban atronados y dispuestos a darse al descanso y a la diversión después de tal hazaña.

El Maestro, habituado al fin al mariposeo y al vocear de los muchachos, podía perfectamente descabezar un sueño en plena sesión; y pocas veces dejaba de hacerlo al mediodía, hora en que le entraba el perro.

El, que cerraba el ojo, y Carmen que principiaba. Era una criatura invencionera que cada día añadía algo nuevo a la pizpirigaña (que por acá se ha llamado siempre *pizingaña*), al *esconde la rama* y a otros juegos infantiles. Pero lo más frecuente en estos retozos clandestinos, era alguna fantasía que se le ocurría de pronto, como banda de música, en que los popos de vitoriera hacían de clarinetes, las cartillas arrolladas, de bajos, y los muebles, de tambora. En cierta vez hizo un muñeco de pañolones y, arrojándolo a la banca de los machos, exclamó: "Recojan el *botaito*", y el botadito pasó de mano en mano muy acariciado y agasajado por todos. Cayó esto tan en gracia que casi siempre le pedían por unanimidad el *botado*, nombre con el cual quedó bautizada la invención. Y así, al tenor de ésta, iba sacando mil boberías, para la edificación de los alumnos y la buena marcha del establecimiento. Verdad que estos regocijos acababan siempre con rejo a la redonda, que ni estando muerto el Maestro dejara de sentir el alboroto; pero esto en nada arredraba a la Carmela, porque su divisa era aquella de que "después de un gusto...", que, al fin y al cabo, vino a ser divisa de todo el muchacherío.

El santo varón, con serlo tanto, se daba al Diablo; y a la rapaza, los dictados más depresivos, amenazándola con el destierro perpetuo de la escuela. Poníase ella como una Magdalena, y juraba y perjuraba que nunca volvería a hacer nada reprehensible, y la enmienda duraba hasta la primera ocasión de acreditarla, con ser que a la indina la aterraba la idea de no volver a la escuela.

El Maestro, por su parte, trataba de hacer esfuerzos para pelearse con Morfeo, pero al fin se persuadió de que era en vano, y dióse a pensar que no pudiendo él, como no podía con el sueño, cuánto menos había de poder Carmela con ese genio que Dios le dio. Tan lógicos razonamientos, unidos a los favores referidos, acabaron de inclinar al Maestro en favor de esta chicuela, que necesitaba de tan poco para loquear, según le viniera el humor.

También le daba mucha guerra el monitor de la arena, hijo de Don Juan Herrera, uno de los magnates más morrocotudos del pueblo, y no porque fuese de la laya de Carmela, sino por altanerote y levantisco, y porque toda cuestión con los condiscípulos la dirimía a pescozones. Con él había siempre alguna bronca casada para la salida, si no era que la armase en plena sesión; y, aunque Toto salía siempre mal ferido en la refriega, no por ello se dejaba de retos ni baladronadas.

Para tal Reinaldo, tal Armida. A poco de haber entrado a la escuela, estando en la clase de escritura, se le acercó la Aguirre con muchísimo misterio, y le dijo al oído:

-¿Quieres que seamos novios, ole Toto?

Quedóse el requerido pensándolo un momento, y, al cabo, contestó:

-Cuando salgamos te digo.

-No; decíme ya -exigió ella.

-Pues bueno, ole -resolvió él, como quien corta el nudo gordiano.

Consistía la vacilación del muchacho en que Carmen, a más de poco garbosa, era muy cachetona y carisoplada, a causa del ahogúo que padecía; pero al mismo tiempo admiraba Toto en ella unas trenzonas muy crespas y unos dientes de pocelana: fuera de que no le parecía nada chinche ni acusona. Las roscas de pandequeso acabaron de decidirlo. Fueron acusados ante el Maestro, que se echó a reír exclamando:

-Asina tenía que suceder. Como nos dejen con vida todo está bueno.

En un principio, los novios no se mostraron muy entusiasmados, porque ni en la escuela, ni en las hogueras y juegos de la plaza, ni en las cabalgatas en palo de escoba allende *El Saperó* ni en el mataculín, ni en el columpio se buscaban demasiado, y acaso el noviazgo se hubiera vuelto tablas, si el Maestro, primero, y luego los discípulos no hubieran contribuido a anudar estos dos corazones.

Fue el caso que El Tullido -y detrás de él toda la escuela- vio en las trapisondas de Toto alguna conexión con los enredos de Carmela, y viceversa. De tal suerte se poseyó de esta idea, que si Carmen jugaba, regañaba a Toto; si éste reñía, Carmen era la culpable. Los ponía de enemigos malos, de barrabases, de mataperros y de otras cosas que no había por dónde agarrarlos, cargando sobre ellos todas las culpas que se cometían en la escuela.

Estos denuestos agradaban por demás a los condiscípulos, pero ninguno les encantó tanto -acaso por lo terrible de las circunstancias- como el de *Perjuicios* que les espetó cierta memorable ocasión en que la novia, por instigación del novio, sacó de debajo de la cama de señá Vicenta no sé qué utensilio. ¡Qué horror el de aquel día!

Desde entonces se quedaron con el mote de los *Perjuicios*. Y como quiera que el precepto gramatical sobre los nombres epicenos no cuela a los chiquillos, dieron a la hembra la desinencia femenina, y Carmen se quedó *Perjuicia*, y por *Perjuicia* se le conoce aún en su pueblo.

De todo esto resultó que los *Perjuicios* aceptaron incondicionalmente, como se estila ogaño, la solidaridad que se les achacaba. Al salir de una sesión, prorrumpió ella, apasionada por su causa:

-Por la pica que este Tullido y todos estos zambos de la escuela nos levantan testimonios, nos hemos de querer hartísimo yo y Toto, y hemos de hacer hartas cosas.

-Sí, ole; -aprobó Toto con grande efervescencia-, mas que nos pelen.

Perjuicia sobre todo tomó el asunto con el fanatismo y alarde de las hembras cuando abrazan las causas políticas y religiosas, cuando se les antoja que van a meter mucho ruido y a representar el gran papel.

¿Leoncitos a Carmela? Desde ese día llevó más pandequeso del que llevara en antes; llevó algarrobas y corozos grandes, para tener el gusto de regalárselo todo a su *Perjuicio* y dejar a los demás "como perros velones". Desde ese día inventó los bucheros de agua arrojados a media sala; retrató la calavera de San Pedro Alcántara en las planas propias y ajenas, perfeccionó "el Judas"; y en verdad que quedaba diabólica con aquellos párpados sanguinolentos doblados hacia arriba, con aquella bocaza destarrayada hasta las orejas, con ambos índices parados como cachos, y más que todo, con ese estrabismo de ojos, que era su grande especialidad. Estos horrores, y otros muchos que sería largo de enumerar, los hacía sin que El Tullido se durmiera con lo cual se llevaba unos ramalazos de padre y señor mío.

Tres cuartos de lo mismo le acontecía a *Perjuicio*. Sin alardear mucho del amor a su prometida, se dejó decir en una clase que no estudiaba, ni rezaba la doctrina, ni escribía si a *Perjuicio* no le daba la real gana; y cuando El Tullido, después de ordenar silencio general, fue a sermonearle por esta bocarada, el faccioso metió un *corcoveo* que a poco más se viene abajo el Niño Dios. (¿Sabe usted lo que es *corcoveo*? -Es un silbo sumamente agudo y destemplado que se produce cruzando los dedos de ambas manos, apretando las palmas e insuflando el aliento por la juntura de los pulgares, y que dice clarito: *corcoveo, corcoveo*).

El Maestro, aturdido con tal onomatopeya, levanta el pelo para acabar con el silbante; mas de pronto se suspende, y, convirtiendo la cara a las vigas, exclama con profunda amargura:

-¡Dios mío, Dios mío, revestíme de paciencia pa no hacer un hecho con este perverso!

Da luego un acecido y grita a los muchachos:

-¡Váyasen todos antes que mate uno!

Era un rapto, un desate nervioso que nunca había sentido. En esta repentina, inusitada exaltación se le agolparon en la cabeza sus miserias de enfermo, sus angustias de maestro, el lote de desgracia que le había tocado en suerte.

¡Si le tumbarían la escuela esos enemigos! Eso ya no era escuela, eso ya no era nada, ni una merienda de negros. Más respeto le tenían a un palo que a él; y abusaban por su desgracia; porque no podía valerse ni arrojar de la escuela al malvado, puesto que Don Juan lo había socorrido siempre y acababa de regalarle una cobija. No podía arrojar a Carmen tampoco, porque así ella como su madre lo tenían obligado con tantas finezas. Y lo mismo daría porque la escuela toda se la tenían perdida aquellos enemigos.

¡Valientes muchachos tan terribles eran los de ahora! El, que enseñó a todo el sitio, no había manejado nunca una canalla como ese par. ¡Y de novios y mataperreando juntos, cómo se irían a poner! Si él pudiera dejar ese diantre de escuela. Pero ¿cómo?, ¿quién lo mantendría? Y si no ponía remedio al mal ¿con qué cara iría a cobrarles plata a los padres, para que vinieran los hijos no sólo a perder el tiempo, sino a aprender maldades? ¡Ay! Si esa pobrecita Vicenta pudiera trabajar en algo, siquiera para comer agua negra. Pero ¿en qué iba a trabajar una pobre vieja? Harto había hecho la infeliz

en bregarlo a él con tan buena voluntad, en conformarse con no tener marido sino un gusano. Gusano no, que éstos tan siquiera se arrastraban por el suelo, y él estaba ahí en esa cama como en un cepo. Si tuvieran algún hijo que velara por ellos. ¡Que Dios no le dejase perder su alma al cabo de la vejez! Que si era su santísima voluntad que Vicenta tuviese que salir a implorar el bocado, le diera valor para soportar esa vergüenza, para recibir la limosna con humildad. ¿Por qué se habría puesto así, tan desesperado, después de haber sufrido tanto, tantos años, tranquilo y resignado?

Volvió la cara hacia el Niño Dios y con el alma le dijo:

Mi niño querido, mi único consuelo en esta vida, ilumináme lo que he de hacer pa arreglar esto. Mandáles aplicación y formalidá a estos niños, pa que yo pueda seguir en mi escuelita, pa que pueda conseguir el pan nuestro de cada día; pa que no tenga que pedilo. No me dejés de tu mano, niño adorado.

Y aquí siguieron varios padrenuestros y otras oraciones.

La señá Vicenta, maravillada al comprender que la escuela había salido sin que ella diese el aviso de ordenanza, entró a informarse de la novedad, y en cuanto vio al Maestro tan cariacontecido y con señales de haber llorado, murmuró, como hablando consigo misma:

-Es'es que est'enfermo.

-Ello no, hija; estaba aburrido y largué muy ligero; pero no tengo nada.

-En la prenuncia se le ve qu'est'enfermoso. ¡Y se acerca a la cama y le pasa la mano por frente y cabeza.

-¡Qué achaque he de tener! No sea embelequera. Es que hoy me ha agarrao el flato (El Tullido, como toda la gente del pueblo en Antioquia, decía siempre *flato* por tristeza).

-Eso sí'stá malo -replica la viejecita arreglándole la colcha- porque como yo lo vea siempre contento, lo demás ai va.

-Eso se me pasa, hija. ¿No ha visto, pues, que yo siempre estoy tan alegre?

-Pues por eso me choca verlo asina. Tal vez es que tiene mucha de la fatiga con toíta la bulla que han hecho hoy esos muchachos. Voy a trele la comidita.

Y salió.

¡Esta sí era la que se iba a ir para el cielo con todo y ropa! ¡Valiente mujer! Toda la vida bregando con un tronco de carne tirado en una cama, y siempre con el mismo modo y siempre con el mismo cariño, sin descuidarlo un momento... cuando otras por ahí... casadas con hombres alentados y buenos mozos... El, siempre era muy malo

cuando no le agradecía a Dios esa mujer que le dio. Era mucho el purgatorio que iba a chupar por su poca conformidad, por su mucho desagrado.

En tantos años de sufrir, no recordaba El Tullido haber experimentado una angustia como la de ese día, y nunca las notas de su desgracia le parecieron tantas y tan lamentables.

De ello sacó en limpio que era un hombre comido de pecados, a quien todavía le faltaba "mucho palo" para ponerse en buen punto de cristiano y aprender a conformarse con el querer de su Divina Majestad.

Esa tarde no dio escuela, sino que mandó llamar al cura quien, después de confesarlo, le aplicó todos los bálsamos y unturas espirituales del caso, aleccionándolo, además, sobre el modo como debía obrar con los *Perjuicios*, los cuales, por de contado, figuraron no poco en este largo parlamento.

V

Amaneció aquel lugar envuelto en niebla tan espesa, que entre las cocineras que madrugaron a coger el agua en los chorros de la esquina del *Cabildo*, hubo choque y quebrazón de ollas y calabazos. El Sacristán, arrebujado en su bayetón, y en su manteo, el Cura, hicieron sonar los zuecos en las empedradas aceras y tocaron a misa; más de un perro, hecho una rosca, tiritaba por ahí contra alguna puerta; las vacas, echando vaho por todo el cuerpo, reclamaban sus crías en los cercados; éstas contestaban desde adentro, pero nadie salía a los ordeños; parajitos cantores no se oyeron, sino que la lora del Cura, después de pedir repetidas veces al lorito real *que sacara la pata*, entonó el *Santo Dios* con lengua más estropajosa que de costumbre. Despeinadas y flechudas, se andaban por todas partes las gallinas, escarba que más escarba, comadreando si Dios tenía qué; en tanto que unos puercos protestaban de la argolla y de la horqueta con gruñidos de amenaza, hociqueo en las paredes, estregamiento contra las esquinas.

No bien los tules aquellos se descorrieron, y el rayo amortiguado de un sol anémico despuntó por detrás de la torre, se abrieron los balcones de la casa de Don Juan y misiá Nicolasa salió a tender en la baranda los pañales del pequeñuelo; y detrás de ella, otras madres, que, a falta de balcones, extendieron los trapajos en taburetes, frente a las puertas de sus respectivas casas. Un capítulo de gallinazos, graves y meditabundos, que también asoleaban sus ropas en las alturas de la basílica y en el palacio municipal, se desgajaron cautelosos, atraídos sin duda por aquellas bayetas de parvulillo, mientras que otros, más muchachos y traviosos, se agolparon al frente de la carnicería, por ver si lograban una parvidad de piltrafa. Abrió el herrero la fragua; los de la renta, el estanco; señor Benjumea, el ventorrillo; Don Juan Herrera, la tienda; y principió el palpar febricitante, el hervir de la gran metrópoli.

¡Qué tiene qué ver la de Semíramis! Grandiosas fábricas de vara en tierra, de bahareques, de techumbres de rabihorcado,

ahora juntas, ahora dispersas; altos y bajos relieves de boñiga en muros y pavimentos; mosaicos de chorretas y rayones por dondequiera; avenidas alfombradas de yuyo-quemao, de abrojo, de espadilla.

Filigranas de espartillo y de helecho visten los muros de huertos encantados; sobre los aleros de paja y de terrón se espacian la verbena y la sarpoleta y se desata en bucles la acedera; extienden los morales sus espinosas ramazones a través de las verjas de macanas; por los valladares de madera preciosa de caunce y de sietecueros, se entretejen la batatilla y la batata; túpenlos y refuérzanlos el lengüebuey y el barbasco... tal vez para que ninguna vaca invasora vaya a perderse entre aquellas formidables vitorieras que, cual las huestes napoleónicas, han sepultado las mafafas, confundido los achirales, invadido hasta el cogollo los arrogantes platanales, puesto en duda la existencia de los chiquereros, borrado las fronteras y enredado la geografía de aquellos continentes.

Cual la insensatez humana que paga tributo al lodo inmun-do, bordan las márgenes de *El Saperó* sauces llorones que lo besan; chachafrutos que le riegan sus pétalos purpúreos; borracheros que le adulan con la grosería de sus perfumes y la hipérbole de sus flores; dragos que enrojecen sus hojas por adornarlo.

En las ciénagas, vestidas de espadaña, agitan los yarumos su follaje de doble faz; en las hondonadas se yergue el zarro, esa palmera de la tierra fría; en los collados ostenta la flor de mayo su ríspido ramaje y su tricolor eflorescencia; descuélgase por las breñas el colchón de pobre; el helecho se prodiga por dondequiera; y por allá, de trecho en trecho, como caricatura de cuostodia, se empina, desairada y grotesca, tal cual mata de girasol.

Cubre este lujo pesetero de la naturaleza un riñón atrofiado de los Andes. Sobre él a horcajadas está el pueblecito. Los gallinazos, esos poetas que giran en la altura, deben contemplarlo desde allá como el delineamiento de un alacrán. Las dos callecitas de *El Alto*, curvadas asimétricamente, son las antenas; la plaza larguirucha, el cuerpo; las tres calles que medio arrancan de ella a lado y lado son las patas, y, por último, forma la cola con todo y nudos, la llamada *Calle abajo*. De modo que la escuela viene a quedar en la ponzoña. La paja de los techos, las paredes húmedas o empolvadas, el humo, las telarañas, el abandono, hacen de aquella aldea una mugre, un harapo de villorrio. El cielo que lo cobija parece de zinc lo mismo en invierno que en verano. Tiene la hermosura de la miseria, la poesía de la tristeza, la nota pintoresca del desamparo: dijérase una gitana convertida en pueblo.

Consta de muy buena tinta que El Tullido tuvo una noche toledana y que, a pesar de ello, no dejó de llamar a las cuatro de aquella mañana a la señá Vicenta, para rezar de cama a cama el rosario, los padrenuestros del Carmen y los actos de fe, como tenían de costumbre. Cuando hubieron terminado, salió la buena mujer tiritando para la cocina. Y en qué apuros se vió para hacer llamarada, pues, aunque *enterró* muy bien la noche antes, el frío había penetrado la ceniza; y aquella brasa moribunda no quería revivir. A fuerza de soplos, de pujos y de encarnizarse los ojos, obró el milagro de hacer entrar por el deber a aquella leña aterida. A poco la chocolatera de barro, acariciada por dos

lenguonas rojas que la lamían por los flancos, cantaba en delicioso gorgoreo, en tanto que el tiesto encaramado en las tres piedras, se estremecía rabioso, al sentir en sus abrazadas concavidades la frialdad de aquella masa que se le pegaba como una ventosa; pues primero se cortara la cabeza señá Vicenta que dejar al "viejito" sin su arepa caliente al desayuno. ¡Y cómo se le enternecía la pajarilla al buen hombre, al oír el cuchillo raspa que rasparás, y el molinillo de raíz, que se volvía tarumba entre aquella onda espesa y perfumada! Después de apecharse el coco "cebado por dos veces", tuvo tiempo de echar una tongadita de sueño.

Que no fue tan corta que se diga, porque en mañanas como esa los discípulos tardaban en llegar, y no por dormilones, sino porque, a más de la "ranchada de la leña", de que no escapaba ni la casa de Don Juan, los chicos se entretenían en la calle apostando a cuál "echaba más *ñeblina*". Y qué bocazas las que abrían aquellas criaturas para arrojar el aliento, y qué de risas y comentarios cuando algún "señor" asomaba a su puerta e iba despidiendo, entre bostezos y estremecimientos de frío cada bocanada que ni fumando tabaco.

Vedados le estaban estos placeres a la pobrecita *Perjuicia*, pues Encarnación no la dejaba madrugar, por miedo de que le atacase el ahogúo con esos fríos matinales; razón por la cual llegaba la última a la sesión de la mañana.

Las siete de ésta serían cuando salió de casa, aspirando el aroma de un enorme clavel, de ésos que por entonces significaban "amor vivo y puro", que llevaba para obsequiar al Niño Dios.

Ufana por demás con la ofrenda, se llegó a la escuela, dio los buenos días al Tullido, se informó de su salud -atención que nunca omitía- y estiró la flor a Cleto Villa, que, por ser el más mañoso de los chicos, era el encargado de ponerla en la manita del Niño. Pero cuando el muchacho, después de encaramado en un taburete, iba a verificar tan delicada operación, le gritó el Maestro en tono de regaño:

-Detente Cleto; no le ponga eso al Niño Dios.

-¿Por qué, Maestro? -exclama *Perjuicia* en extremo sorprendida.

-¿Por qué? Porque él no recibe sino flores que vengan de manos de una niña obediente y respetuosa; de unas manos puras... y las tuyas están manchadas.

-Sí, ya sé -gimió la chica, emperrándose a llorar a todo pecho-. Eso fue porque Toto... ¡Jí! ¡Jí!... chifló ayer el *corcoveo*... ¿Yo qué culpa tengo, ah?

-Sí tiene la culpa, sí la tiene, porque usted y él se han pautao pa cometer faltas y pa irrespetar a su Maestro. Por eso el Niño Dios no le quiere su flor. Llévesela y vaya a la iglesia, y ai, junto al altar de mi padre San Cayetano, está el retablo de mi padre San Miguel con el Diablo a los pies... Póngasela a Lucifer, que ése sí le recibe su flor. ¡Vaya póngasela corriendo, que allá la está esperando!

Por este registro sí no había entonado el Maestro, y los niños estaban aterrados. ¡Y qué bonito estaba diciendo esas cosas: sin ponerse bravo ni nada, sino como el Curita cuando echaba las prédicas!

Perjuicia, entre tanto, con la cara apoyada en un brazo, y éste contra la pared, seguía sollozando.

El Tullido suspende un instante su filípica, y luego, dirigiéndose de nuevo a la muchacha, le dice:

-¿Qué es que no se mueve? ¿No le digo que el Diablo l'est'esperando? Y usted no debe hacerlo aguardar: las niñas endiabladas, como usted, deben ir todos los días a hacerle la visita. ¿No ve que él es el que las manda?

-Por la Virgen, Maestrigo -grita *Perjuicia* desesperada, tirándose de rodillas- no me mande p'onde el Diablo, no me mande, que yo no soy endiablada... ¡No me mande, no me mande...! ¡Yo no lo vuelvo a hacer, no lo vuelvo a hacer, Maestrigo de mi vida! Yo le obedezco a usted todito lo que me diga... Yo no vuelvo a ser juguetona ni necia... Pégueme si quiere; déme rejo.

-No, yo no le pego; no se afane. ¿Para qué le voy a pegar? ¿No ve que usted no está sino pa darle gusto al Diablo?

-Al Diablo no, Maestrigo -plañe *Perjuicia*-. ¡Yo no lo vuelvo a hacer; no, por Dios!

Y sigue de rodillas, y de rodillas se va hacia atrás y se viene hacia adelante, y se mesa el pelo y se estriega los ojos, convulsa, desesperada.

El Maestro recordando que el Cura lo ha motejado de falto de entereza, sigue en su propósito, aunque se le vuelva cuesta arriba al ver cuál se pone la muchacha.

-Levántese de ese suelo -le manda en tono más severo que antes- y déjese de hacer papeles, que yo no le creo.

Y dirigiéndose a una muñeca de las más *gorgojas* que se estaba acurrucadita en un rincón, le dice cariñoso:

-Vaya usted, hija, tráigame a su casa una florecita pal Niño.

-¿En casa, caso hay bonitas? -replicó el ángel con un mohín de lástima de lo más encantador.

-Eso no le hace, mijita. Tráigame de las que haiga.

Felicísima con la distinción, corre a cumplir su cometido.

Carmen, sintiendo que a su pena se agrega algo como un ultraje, y, concentrando toda su amargura, toda su humillación en un chillido muy largo, se arrastra de hinojos hasta la camilla del Maestro, y, hundiendo la cara en los tendidos, sigue sollozando.

La niña coloradita y jadeante, torna a poco con una rosa amarilla, de esas que llaman de muerto, y dice:

-No había sino de esto que güele muy maluco.

-Está muy linda -replica El Tullido, recibéndole aquella pobre flor-, y aunque no estuviera: el Niño Dios la recibe con mucho agrado, porque ésta sí viene de manos puras y virtuosas. Tóme, Cleto, póngasela.

Dejara de ser mujer Carmen Aguirre si, a pesar de su quebranto, no hubiera levantado la cabeza para ver la flor. Tan luego como el Niño la tiene en su manecita, se alza la cuitada y exclama:

-¡Quítesela, por Dios, Maestrico, que eso está muy feo y jiede mucho!

-Está muy preciosa... y el Niño no la va a güeler.

Ella, entonces se retira a su puesto a llorar en silencio sus tristezas.

El Tullido, como para borrar la impresión que esta escena produjo, como para aturdirse él mismo mandó:

-¡Ea, pues, muchachos, una leyenda bien sabrosa!

Y la gran chillería se arma.

Cuando se iba calmando gritó una muchacha:

-Maestro, ¡Carmela está con el ahogo!

Y, en efecto, Carmela parecía en lo supremo del ataque: levantaba la cabeza y abría tamaña boca para poder respirar, dando unos acecidos y produciendo unas hervezones y unos levantamientos de pecho, que inspiraba compasión.

-Si está con el mal, váyase pa la casa -le dijo el Maestro, echando el resto de valor, porque ya se le quería figurar que se había desmedido en el castigo.

Perjuicia, haciendo todo el alarde posible de enfermedad, se tocó con el pañolón como una viuda, no dejando fuera sino la punta de la nariz. Le pareció muy del caso un patatús horrible; pero por más que lo provocaba y lo fingía, el patatús no se quiso presentar, por lo cual hubo de contentarse con salir agarrándose de la pared y de las puertas: ¡estaba tan desfallecida!

Por haber enfermado de las glándulas dejó de asistir *Perjuicio* por tres días a la escuela, pasados los cuales compareció en ella muy satisfecho y campante. Llegada la hora de pontificar en la arena, se apercibió para ello el monitor insigne; pero... ¡cepos quedos! -el Maestro le dice:

-Opa, hijo, no se mueva de su puesto.

Y, revolviendo la vista por toda la clase, añade:

-Salga usted, Cleto, a enseñar en la arena. Usted es el monitor de hoy pen delante.

¿Viste a un general cuando lo degradan? Lo que éste puede sentir es nada, comparado con lo que sintió Toto Herrera. El, el hijo de Don Juan, el más valiente de toda la escuela, suplantado por ese bobo, por ese pobretón de Cleto Villa. ¿Cómo no se abría la tierra y se tragaba todo el Sitio? Caía cada lágrima por los cachetes de *Perjuicio* como arveja.

VI

¡No hay qué hacer con el progreso! Es un Micifús artero, perseverante, que espera el momento preciso, el cuarto de hora de los pueblos, para echarles el zarpazo.

Tal pensaba, más o menos, Don Juan Herrera cuando discurría, que era a toda hora, sobre el incomparable adelanto de aquella población. Con él opinaban todos sus convecinos: para ellos no parecía el progreso cosa indefinida, toda vez que habían puesto punto final al de su pueblo: de allí no se podía pasar, era el *non plus ultra*. En realidad de verdad, aquella aldea había conseguido en veinte años lo que en muchísimos no lograra. ¡Qué de cosas sucedidas en tan corto tiempo! El asalto fue por este orden: una vía comercial que rompió el aislamiento de esa comarca; creación de escuelas oficiales; minas y fincas que se montaron y que, dándole valor a las tierras y ocupación a los brazos, atrajeron no pocos inmigrantes; tejares que supeditaron la paja; tapias que derogaron los bahareques; un Cabildo *chorrudo* que echó agua y levantó pila; y, por último, una enormidad de sucesos, un colmo que casi deja pasmado a Don Juan y a sus turalatos convecinos; una Legislatura munífica que erigió aquella parroquia en cabecera de circuito.

"¡Ah, el Circuito!" -y Don Juan abría aquella boca, y abría aquellos ojos, y abría aquellas patas. Ese Circuito que llevó tantos hombres sapientísimos, que estableció el foro, que elevó el pueblo a la categoría de ciudad, que postergó, que puso bajo su planta aquellas aldeas limítrofes tan antipáticas, tan aborrecidas ¡Qué triunfos, qué glorias! Todo allí asumió un carácter eminentemente ciudadano: el jipijapa del Cura fue reemplazado por la teja clásica, y, no contento con la vieja iglesia, no se quedó hasta crear una junta e iniciar los trabajos de un nuevo templo; las grandes damas pasaron de la alpargata a la babucha de cordobán; mermaron un veinte por ciento zuecos y bayetones; establecióse zapatería; pusieron letreros en tres o cuatro tiendas; pintáronse como ocho casas; se empapelaron la del alcalde y la de Don Juan Herrera, y tuvieron

bombas y mesa central; Doña Nicolasa no volvió a admitir pañales en sus balcones, con ser que Toto le había llenado la casa de *Perjuiciécitos*, pues iba ya para diez años que se había casado con Carmela.

Todo esto era nada comparado con la instrucción; a más de las escuelas oficiales, abriéronse dos colegios para hombres y para mujeres, y no se oía sino "platel de educación" por aquí, "plantel de educación" por allá. El de señoritas era un sueño; hasta las casaderas, y aun papandujas y quedadas fueron a abreviar sus espíritus en aquella fuente de sabiduría.

Estamos en noviembre. La ciudad se reviste de todas galas para concurrir a la "fiesta suprema de la civilización". La comunidad, vestida heterogéneamente al gusto de cada alumana, atraviesa la plaza, al son de la *Garibaldina* que tocan dos clarinetes, un bajo y la retumbante tambora del maestro Feliciano; precede aquel mujerío sabiondo, Doña Carmela Bedoya de Pulgarín, la pedagoga ilustre; síguelo la embelesada turbamulta. En la nave central están en rueda todos los taburetes del pueblo, el gran tablero de vaqueta embetunado y la ostentosa mesa de los "réplicas y catedráticos", paramentada con las colchas de damasco de misiá Nicolasa. Lo más granado de la ciudad ha acudido; aún vibran los últimos bolillazos de Feliciano, cuando misiá Cornelia toca la campanilla y dice: "Se va a dar pricipio al *apto*". Hace una señal con los ojos, y, de en medio de la comunidad, sale una muchacha, chirriando los *guasintones*.

¡Cuán hermosa e interesante! Viste un ornamento de merino azul de cielo, escotado y de manga troncha; áurea soga de filigrana le da tres vueltas en el cuello, le pende por delante y se coge en una cadera con un prendedor de águila; recógele una redecilla la enorme castaña; cuatro cachumbos le cuelgan a cada lado; luce zarcillos de lámpara griega, y, en el copete, un ramo de flores de mano de varios colores. ¡Qué esplendor! Es Ester Solina Herrera, la seca-leche de misiá Nicolasa, el mismo de Don Juan. De pie, cerca a una mesa donde están las planas y los dibujos, estira en redondo la mano, relumbrante de pedrerías, y dice:

"Señores: El magnífico espectáculo que hoy tenéis la satisfacción de presenciar, es de las fiestas más espléndidas que se celebran en las naciones civilizadas, por que es la que hace la educación en la bella y elegante carrera del saber: Pues bien, señores, educad vuestras hijas y ellas serán felices...".

Esta arenga, obra maestra del Doctor Forero, el famoso abogado de la "ciudad", iba electrizando la muchedumbre; mas de repente aquello no fue ya electricidad: fue el pasmo. No era para menos: El discurso aquel tenía su paso, su escena culminante: ello fue que de pronto dice Ester Solina: "Valdréme aquí de las palabras de María", y se postra de hinojos, y cruza los brazos, y echa toda la "Maunífica", desde el "engrandece" hasta el "por los siglos". El Cura *chocoliaba*; se sonaba Don Juan por disimular los pucheros; misiá Nicolasa palidecía de emoción ante la belleza y el saber de su pimpollo.

Siguió luego el examen de francés. El Fiscal, que era el profesor, abre un texto de Ollendorff, y le dice a una niña:

-Bueno, señorita Tangarife, sírvase usted verterme al francés las frases que yo le vaya diciendo en español.

Tosió y dijo:

-¿Tiene usted miedo?

La señorita Tangarife, a pesar de sus rubores, pronunció muy claro:

-¿*Abé bu per?*

¡Los ojos que abrió aquella gente...! A *Perjuicia* le acomete tal risa que no tuvo más remedio que romper por donde pudo, con la boca taponada con el pañuelo, y salirse al atrio a desahogar el ataque. Tres o cuatro viejas, contagiadas, la siguen, y detrás una porción de muchachos y noveleros. El Fiscal cambiaba de colores; Don Juan estaba en ascuas con su nuera.

"La cabra siempre tira al monte", se decía el viejo, y eso que quería mucho a *Perjuicia*; con una de esas querencias por reacción que son las más intensas.

Porque fue mucho lo que se opuso al casamiento de Toto, y muchísimo más misiá Nicolasa: no podían concebir cómo sangre de Herreras y Rebolledos fuera a mezclarse con la de aquella zambita, hija de un borracho y de una mujer *tan de todo el máiz* como Encarnación. Pero el mozo, a que cuentas debía descender de algún aragonés, metió cabeza y, quieras que no, los españoles de sus padres tuvieron que tragarse "la Aguirrona", que decía misiá Nicolasa.

Mas como la muchacha no era *ninguna pintada en la pared*, y como siempre fue de la humana condición eso de pasar de un extremo a otro, Carmen Aguirre, con todo su ñapanguismo, con todo y el mote de *Perjuicia*, se les impuso al fin y al cabo con su carácter insinuante, con su corazón bondadoso y, más que todo, con el amor a su marido y con el estricto cumplimiento de sus deberes de esposa y de madre; y a tanto alcanzó en el corazón de sus suegros, que a pretexto de que Toto tenía que ausentarse con frecuencia como minero que era, determinaron de común acuerdo traérsela a su casa; en la que Carmen vino a ser como un centro que recibía, para devolverlo con creces, el cariño todo de la familia.

"¡Qué matrona!" -repetía Don Juan, este espejo de los optimistas-. "¡Es hasta bonita este diante de *Perjuicia!*".

Pero así y todo, le echó su buena reprimenda por la carcajada y el desorden aquello: "¡Haber interrumpido con esa montañerada aquella manifestación suprema del progreso!".

VII

Víctima de él -que no hay progreso que no las haga- fue desde luego el infeliz "Tullido".

Siempre había creído el pobre que con la invalidez vitalicia y sus consecuencias, lo tenía Dios más que probado. Pero cuando vio subrogada su escuela por las gratuitas y para él acabadas del Gobierno; cuando presintió el mendrugo arrojado por la caridad y surgió en su conciencia la idea de que era un hombre inútil, un parásito obligado de la savia ajena, vino para aquella alma triste el Getsemaní de sus dolores.

¡Qué amargura la de ese cáliz inagotable! La fe que henchía aquel corazón sencillo, se conturbó en la crisis. Ansias de morir le asaltaron. Morir no para unirse a su Dios, sino para dejar aquella vida miserable, onerosa, a una pobre anciana que él había envuelto y precipitado en su desgracia, y a un pueblo a quien él debía sustento, consideraciones, tal vez prestigio. Tiempo hacía que su organismo, anulado por el sufrimiento, para nada entraba en la dicha de vivir; tiempo hacía que aquel sér humano se había dado cuenta y razón de que su parte animal era como un sarcasmo de naturaleza, como una prueba inaudita de la Providencia. Por eso la vida la refería toda al espíritu, al corazón. Pero he aquí que de repente, por un hecho tan común como inopinado, aquella actividad se encontró sin objeto en qué emplearse. Con la desbandada de la escuela, con la lobrete de su casa, acabóse para él ese campo que cultivar; el calor en antes no apreciado de efecto y de ternura que le daban sus alumnos -hijos suyos por el espíritu. ¿Si Dios querría también anularle las facultades del alma, después de haberle anulado las del cuerpo? ¿Si sería él uno como cadáver insepulto? ¿Si sería eso la existencia?

¿Y Vicenta?, Vicenta la santa viejecita, en vez de un consuelo en su desgracia, vino a ser para El Tullido como un remordimiento. Sí, porque aquella mujer, toda abnegación y cariño, no le apagaba la sed de ternura que le abrasaba el alma en aquel desierto de su vida.

La anciana había dejado el calor del fogón y pasaba los días junto a la cama de "su viejito", remendando los pobres guñapos o hilando los nevados copos que le diera la caridad de Encarnación. La pobre viejecilla se arrecía de frío en aquella sala húmeda, donde soplaban los cierzos de esas alturas andinas.

Solitarios como la tristeza, silenciosos como la virtud, se acurrucaban los dos esposos todo el día, y el otro, y el siguiente. El pan de la caridad que a nadie falta en nuestras aldeas, ¿quién sino *Perjuicia* debía traerlo?

En cuanto la rapaza, en medio de su aturdimiento, pudo darse cuenta de la situación de su Maestro, ocurriósele en su inventiva, salir ella misma a recoger el condumio para el par de viejecitos. Agobiada por enorme cesto, no había casa a donde no se llegara con su muletilla. "La limosna p'al tullidito"; y en esta costumbre perseveró la muchacha hasta casarse. De ahí en adelante, sostuvo ella misma al Tullido a sus propias expensas. Hizo más: recabó de Toto y de su suegro que le reedificasen al infeliz Maestro la vieja casa, que ya se venía abajo. Las oraciones, ese hermoso regalo con

que la pobreza recompensa al rico que la socorre, las elevaban a tarde y a mañana el par de ancianos por su bienhechora.

Sin embargo, la nostalgia de niñez, esa necesidad que arrecia con los años, que se hace apremiante en la senectud, seguía experimentándola, sin definírsela, aquel viejo sin hijos, aquel Maestro sin discípulos. Seguía cada vez más abrasadora, la sed de aquel desierto; vino el espejismo: soñaba despierto con los *Perjuicios*, con Cleto Villa, con los *gorgojos*, con la chusma de rapazuelos que antes lo enloquecieran.

En ese sér, ajeno a las luchas y a los placeres de la vida, privado de los goces del amor y de la paternidad, inerte, deformado, sin vida corpórea; el espíritu, tanto más activo cuanto obraba solo en aquella ruina humana, tenía que perder la noción de la realidad, del vivir, para vagar por las regiones del delirio. La monomanía de afecto a la niñez, lenta, vacilante en un principio, fue acentuándose poderosa, dominante -chochez o locura, nadie supo definirlo.

Es lo cierto que aquel Niño Jesús, a quien siempre había querido tanto y tributado el culto ferviente y tierno del cristiano a su Dios, a su Dios que quiso humanarse en la niñez desvalida, vino a ser para aquel loco, no una imagen, ni siquiera la representación del más grande misterio de su religión, sino una criatura en carne y hueso, sangre de su sangre: su hijo, su unigénito, Dimitas Arias, el sér más hermoso de la creación.

Fue bajado de su altar y despojado de sus ropajes e insignias, para ser luego envuelto, como en el portal de Belén, en los pobres harapos de la cama del Tullido. Lo arrullaba con los cantos de las madres a sus niños, y se quedaba dormido abrazado a la prenda de su corazón, para despertar, sobresaltado, con este grito: "Me lo mata! Me lo mató ese Aguirre!".

Vino la enseñanza: Dimitas deletreaba, Dimitas escribía en la arena, leyó después de corrida e hizo planas que ni soñadas. Locura extraña, delicada en su misma extravagancia: nunca se le ocurrió que su hijo necesitase de alimento: nada para el cuerpo, todo para el espíritu. Vestíale a veces sus galas episcopales y le ponía en la manita, no la flor de otro tiempo, sino el báculo, que no era otro que el chuzo de macana, aquel chuzo formidable. Entonces, Dimitas era el obispo Gómez Plata, que venía a confirmar todos los niños del sitio. Con Su Ilustrísima rezaba el rosario, y daba tiempo a que él le contestase las avemarías. ¡Qué dulces debían resonar en el alma de aquel loco las oraciones en boca de su hijo, ese varón preclaro de la Iglesia! Y siempre los sobresaltos por los peligros que corría su niño; por las asechanzas de Aguirre.

La señá Vicenta, esa alma de Dios ocho veces bienaventurada, no era para acobardarse demasiado con las locuras de su marido, ni menos aún para definir las y apreciarlas. Bien se le alcanzaba que esta chochez era hartó extraña en un hombre que ella había considerado siempre tan sabio y tan religioso. Así y todo, no podía menos de reír al oírle tantos disparates.

La noticia de las "ideas" del Maestro corrió por todo el pueblo desde el principio, y muchas personas fueron a verle, con achaque de llevarle algún socorro, para satisfacer solamente la grosera novelaría. "¡...cito!"-les decía la señora Vicenta a los visitantes-. Y agregaba paso: "El siempre está distraído, el pobre Tullidito. Tan siquiera no está furioso".

Cuando los grandes certámenes, estaba el Maestro Dimas en el apogeo de su locura.

Perjuicia iba a verlo a menudo, y salía cada vez más impresionada con sus extravagancias y más compadecida de su demencia.

VIII

Se acercaba la gran festividad del orbe cristiano, la fiesta por excelencia de los hogares antioqueños: aquella que, con su idílica sencillez y santa poesía, obliga a la familia a congregarse, atrae a los miembros ausentes, hace pagar el tributo de lágrimas a los muertos queridos y cultiva los afectos más puros del corazón. Ni en la casa más pobre de estas montañas deja de celebrarse. En nuestras aldeas, los mendigos imploran, no ya el bocado de pan, sino la moneda para hacer en su choza los platos obligados de nochebuena. Y es que nuestro pueblo no ve en esta festividad una costumbre tradicional y religiosa únicamente, que ve un deber ineludible de cristiano: en el fogón donde no se hace la "nochebuena" se revuelca el Diablo, y toda la casa queda contaminada.

En la de Don Juan Herrera había comenzado el brete desde la antevíspera. Aquella cocina era un embolismo, un caos de cedazos y coladores, de pailas y de cazuelas, de trastos y de cacharros de toda especie. Las señoras de la casa se multiplican: cuelan, ciernen, amasan, baten. Aquí chirrían los buñuelos; allá revienta la natilla; acullá se cuaja el manjar blanco. Corre el bolillo sobre la pasta de hojuelas; el mecedor no cesa entre el hirviente oleaje; forma copos de espuma la superficie del almíbar; en esta piedra muelen la yuca y la arracacha; en aquélla, la canela y la nuez moscada; en artesas y platonos blanquean los quesitos y las cuajadas; campan la manteca y la mantequilla en hojas y cacerolas; saltan los huevos en cascadas amarillas. Se sofoca ésta desmenuzando, atiza aquélla por todas partes; unas mandan, otras piden. Los chicos todo lo husmean, todo lo tocan, de todo se antojan, de todo comen. Cuál se ofrece para traer los azahares, cuál para soplar la forja, cuál para acarrear la vajilla. Los grandes entran, indagan, salen, tornan a entrar, tornan a salir, y, ahora buñuelo, luego raspado, cuando llega la hora del banquete está toda aquella gente más para agüitas de apio que para manjares.

Perjuicia corre con la distribución: las delicadezas y filigranas para el Cura, para el señor Fiscal; los buñuelos ingentes para las Zutánitas y Mengánitas; la enorme batea de natilla de quesito y la cuyabrona de buñuelos de cargazón para los presos de la cárcel; en fin, la ración para el pobre, el plato que bendice la abundancia del rico. Al Tullido, como era de rigor, le reservaba de todo con opulencia y largueza.

Todos los afanes anticipados de la *Perjuicia* eran para tener libre el día siguiente, a fin de fabricar, en compañía de Cleto Villa, y de algunos chicos, el pesebre del Tullido. Desde niña había sido una de las más asiduas a estas deliciosas faenas, en las que tomaban parte, especialmente para acarrear los materiales, casi todos los muchachos de la escuela, razón por la cual el tal pesebre era clásico en el pueblo. *Perjuicia* no dejó ni un año de ayudar en la empresa, a pesar de sus obligaciones de señora de casa y de madre de familia.

Ella y Cleto se proponían aquel año hacer una maravilla; y no sólo por sentimiento de piedad y por diversión, sino porque ambos a dos habían mandado la novena al Niño, para que le quitara al Tullido "las ideas".

Desde las siete de la noche, la casa del Tullido era un hervidero con la gente que entraba y que salía.

¡Nunca en el pueblo se vio prodigio como aquél! Ocupa todo el testero de los santos. La puerta del cuarto de señá Vicenta quedó casi cegada, con sólo una abertura por donde la viejecita podía pasar de lado raspándose y magullándose. Hasta el vértice de aquella pajiza techumbre llegan las guaduas que se cruzan en arcos ojivales; más abajo se entrelazan los chusques, formando tupida, erizada bóveda de verdura; cuelgan de las vigas racimos dorados de plátano guineo, gajos descomunales y artificiosos de naranjas y enormes ramos de espigas rojas de cardo y de flor de uvito; ringleras de palomas de cuerpo de cera negra y de cola y alas de papel plegado en forma de abanico medio abierto, se mecen al extremo de hebras sutiles; la naranjuela, ese recurso decorativo de tierra fría, se columpia en gargantillas desde las vigas, pende en festones por las paredes, se apiña en mazorcas sobre la tabla de los santos, y en todas partes alegre con su púrpura y su tersura metálica; decora el nicho de mi padre San Roque grandioso arco de género blanco, abullonado en bombas regulares, separadas por lazadas de madejas de lana de los colores más escandalosos; la Virgen de Valvanera, la de la Cueva, todos los santos, quedan sepultados bajo el tapiz espeso de colchón de pobre y colchón de rico, y sobre él resalta ostentoso un zodíaco de amarillas flores de muerto. Bajo este solio, un terruño antioqueño de asperezas, de escarpas prodigiosas. En la cumbre de un picacho se yergue, cual si fuera la apoteosis de nuestra democracia, una negra gigantesca de cera con tamaña batea de buñuelos en la cabeza. Búrlase con olímpica sonrisa de una ciudad liliputiense que le queda al frente, en el borde de vertiginoso precipicio: es Belén de Judá. Sus magníficos palacios de cartón recortado, sus grandiosas basílicas de tabla de pino se le antojan monumentos levantados al monstruo de la tiranía y al mito tenebroso del fanatismo. Por las gargantas, por los desfiladeros, por las hondonadas se apelmaza el capote color de rosa, el de verdor pálido; los líquenes blancos que semejan esponjas, los mechones de musgo oscuro y afelpado, la oreja y la barba de palo. Plumajes de guacamaya y de cardenal, de toche y de gallos de monte alfombran los ribazos y se tornasolan en las pendientes. En la base frontal de la obra de Cleto Villa y de *Perjuicia* se entretejen helechos, cardos, parásitas y todos los prodigios de nuestras selvas. En el centro, el santasantorum: un sudadero de junco por techumbre; por columnas, dos popos forrados en el mismo papel que tapiza la sala de Don Juan; a lado y lado, como guardianes del recinto, sendos reyes de espadas recortados primorosamente por la fina

tijera de *Perjuicia*; detrás de ellos, dos caracoles marinos, ornato de las mesas de misiá Nicolasa; un pañuelo de seda verde vela el misterio. En candeleros de barro dispersos acá y allá; en alcayatas clavadas a las paredes, en tres arañoses de palo que cuelgan de las vigas, arde como una gloria todo el sebo que labró Encarnación.

Todo era allí alegría y bullicio. Sólo El Tullido permanecía indiferente en esta función que él mismo había motivado. Recostado en su camilla, que ostentaba las galas de renovación, estrechaba en sus brazos, en místico silencio a su Dimitas.

Los pesebristas, entre tanto, se hallaban en mil apuros y secretesos. Consultada la señá Vicenta, les dijo: "No tienen pa qué: él no lo afloja. Si no consiguen otro, se pierde este pesebre tan precioso. Ni se lo propongan porque se enfada".

Esto que tal oye la *Perjuicia*, llama a Cleto Villa "a palabra y perdón", y salen ambos muy apurados calle arriba. ¿Conseguir niño en noche como aquélla? ¡Un milagro! Y aquí de los recursos de *Perjuicia*. La que inventó el mataculín en redondo y *el botadito*, mal podría desmentirse en esta circunstancia suprema. Fuése a su despensa, hizo bajar una de las turegas de maíz que colgaban de una viga, y luego, con la mejor mazorca y algunos trapajos viejos, formó un muñeco: cátrate a Dimitas. Llegóse a poco al lugar del conflicto, sentóse junto a la camilla y principió a hacerle mil carantoñas y zalamerías a su Maestro. Cuando menos lo pensó Cleto Villa, *Perjuicia* le metía por debajo de la ruana al Dimitas verdadero, en tanto que, volviéndose al Tullido, le decía con mucho cariño:

-No vaya a destapar a Dimitas, que puede darle ceguera con tanto velerío.

-Aquí lo tengo empuñado en el rincón -murmuró el pobre loco con transporte, estrechando la mazorca.

A poco principiaron la novena.

Mucho hubiera gozado el Maestro con la *leyenda de Perjuicia*: aquel tono gemebundo y atragantado, las voces disparatadas, el irrespeto a los signos de puntuación, hacían de aquella novena, leída con tanto fervor, una de esas plegarias que suben al cielo "en olor de suavidad".

¿Le concedería Dios lo que pedía? Tal vez sí: cuando, al acabar una jornada, hizo pausa, oyó, y lo oyeron todos, que El Tullido roncaba: dormía tan poco últimamente, que esto le auguraba mucho bueno a la peticionaria.

A poco de haber terminado la novena, declaró Cleto que iban a ser las doce -las doce de aquella noche en que florece en la tierra la yerbabuena y se postra la Virgen de rodillas en el cielo-, y todos se prosternaron a rezar el *Gloria in excelsis Deo*, leído por *Perjuicia* en el *Eucolegio Romano*; luego, por medio de una jaculatoria que allí mismo improvisó, formuló ella su petición, y todos guardaron silencio para hacerla.

Aún no se han levantado los fieles, cuando el velo verde se descorre, y el Niño Jesús, en traje episcopal, con el mundo en la diestra y un plato de natilla en la siniestra, aparece, esplendente, glorioso, sobre el disco inflamado del sol. Edison del grande invento fue Cleto Villa: un papel engrasado y detrás una candileja.

Hubo un paréntesis de jolgorio admirativo; siguió luego el rosario, y lentamente fueron retirándose los concurrentes.

Sólo han quedado los *Perjuicios*, Cleto Villa y uno que otro admirador. Apagada la luminaria, se acerca *Perjuicia* al Tullido y le dice con ese tono infantil y chancero con que trataba a todos los pobres y desgraciados:

-Ole, Tullidito, ¿quiere que comamos nochebuena?

-No lo molestés -le dice su marido-, déjalo dormir en sana paz.

Sentáronse todos a desacalorarse para la salida, y El Tullido, con el habla tartajosa, medio borrada, de los dormidos, murmuró:

"Ven, mi Niño amado.

Ven, no tardes tanto".

-"...¡cito! -exclama la señá Vicenta- le está rezando a su DIMITAS...".

A la madrugada siguiente, cuando la anciana fue a llevarle el desayuno, lo encontró muerto, abrazado a la mazorca.

El Anima Sola

(Traducción libre del pueblo)

En aquel tiempo, como dicen los Santos Evangelios, hubo una estirpe que llenó el universo con su fama. Su nobleza fue la más alta y esclarecida; sus hombres todos, héroes y conquistadores; riquísimos sus feudos y regalías. Mas la muerte, envidiosa de esta raza, sólo dejó un vástago para propagarla. Con los títulos y privilegios que en él recayeron, vino a ser el castellano más poderoso de su época. Los reyes mismos le agasajaban, porque le temían.

En su ansia de perpetuarse, de restaurar la grandeza del apellido, pedía a Dios hijos varones por decenas, Como no se los diese bajó a dígitos y, por último, a la unidad.

Pero Dios, o no estaba por excelsitudes de la tierra o quería mortificarle: a cada espera enviábale una hembra, cuando no dos.

Entre la ilusión y el desengaño llegó el caballero a la vejez; y su tercera esposa, sus trece hijas y la muchedumbre de vasallos le pagaban el desaire. Sus crueldades aterraban la comarca; en los calabozos gemía toda una multitud de desgraciados; de las horcas del castillo colgaban los siervos en racimos. Al clamor de tantas almas, fue Dios servido de otorgarle al magnate un heredero. Pagado, resarcido de todos se consideró con el regalo: parecía hijo de gigantes, y era tan hermoso y perfecto que a nada en el mundo podía compararse. Pesóse el recién nacido, y diez veces su peso fue mandado, en oro, a varios templos y santuarios. Su Sacra real Majestad vino en persona a sacarle de pila; repartiéronse ducados entre el pueblo, cual si fuese jura de soberano; celebráronse fiestas por ocho días, y numerosos mensajeros llevaron la nueva a ciudades y castillos. *Timbre de Gloria* se nombró al heredero.

Rejuveneció el castellano con la dicha: de sombrío y sanguinario, tornóse regocijado y compasivo. Bajó a sus pecheros los impuestos; envió sus mesnadas en defensa de la cristiandad; dos galeras, costeadas a sus expensas, purgaban los mares de infieles; y las limosnas salían de sus arcas como de manantiales insecables. Colmó a las hijas y a la esposa, especialmente, de atenciones y finezas; hizo alianza con muchos caballeros, y grandes agasajos en su castillo.

Señores y vasallos, amigos y extraños competían en cariño al vástago precioso que trajo a la comarca tántas bendiciones. *Timbre de Gloria* confirmaba día por día el nombre que le dieron; en su persona pareció concentrarse el lustre y la grandeza de sus antepasados. El castillo, enantes tedioso y solitario, convirtióllo el infante en animada corte de placeres y discreteos. Tenía a perpetuidad un cuerpo de físicos que le velaban por turno, para extirpar, en cuanto asomase, el amago de la enfermedad; y todo por lujo solamente, porque *Timbre de Gloria* era la misma salud. Academias laicas y clericales lo instruían en matemática, humanidades y ciencias teológicas. Habilísimos maestros en artes bélicas, musicales y venatorias fueron llamados de lejanas tierras, para adiestrarlo en tan caballerescos ramos.

No en balde: a los dieciséis años daba quince y raya a unos y otros. Abismados se quedan los frailes con las hondas cuestiones que a menudo les propone; con los silogismos, en la más castiza latinidad, de que se vale a cada paso. No menos se pasman los matemáticos, al ver cómo caben y se relacionan en tan juvenil cabeza lo mismo los ápices del número y de la fórmula que las abstracciones del plano y del sólido. Ninguno como *Timbre* para garbear en el potro más indómito; ninguno como él en el manejo de gerifaltes y halcones; ninguno, para disparar venablos y ballestas. A su flecha no se escapan las pajaritas del cielo y en cuanto echa la jauría por delante, no hay alimaña segura, a ver por qué no se enmadriguera en el mismo centro de la tierra. Traslada a grandes distancias pesos enormes, como si fueran copos de algodón; para trepar y dar saltos, sólo las corzas lo rivalizan; en canto y danza, parece hijo de Apolo y de Terpsícore; tañe, como él solo, desde el pastoril y caramillo hasta la cítara del poeta; y en cuanto a desatarse en improvisadas endechas, al compás de un laúd, es para el doncel lo mismo que conversar.

Como, ya en esa edad, tuviera una fiereza, unas lozanías y una beldad que ponían pálida y convulsa a cuanta hembra le mirase, quiso el padre darle estado, a fin de que le dejara, antes de marchar a la guerra, un par de nietos, por lo menos. Tras de largo discurrir y excogitar, atúvose a la fama, y eligió a *Flor de Lis*, hija de un poderoso castellano y tenida en el Reino por la más bella y recatada.

Distante muchas jornadas del castillo de Timbre de Gloria estaba el de la hermosa; a él se encaminaron padre e hijo, cargados de riquísimos presentes, con gran séquito de escuderos y servidumbre. No bien hizo la petición el caballero cuando le fue concedida; y al avistarse los prometidos, ambos a dos estuvieron a punto de desmayarse: tan hermosos y seductores se hallaron uno a otro, de tal modo traspasados por puntas de amor. Concertáronse las bodas con el plazo perentorio de los preparativos, y, después de tres días de espléndidos festejos, partieron los peticionarios.

Tamaño acontecimiento trascendió hasta los reinos limítrofes: apenas si cabría en el mundo pareja más hermosa, más ilustre, y novios el uno para el otro más apropiados. Timbre de Gloria estaba como loco: aún a las fieras del monte, hasta a los mismos muros del castillo quería comunicarles su ventura; enajenábase con la ausencia: eternidad se le volvía la rapidez vertiginosa con que se gestionaban los aprestos y diligencias del matrimonio.

Más que con los garzones de su clase, le ligaban vínculos de tierna amistad con su maestro predilecto, el licenciado Reinaldo, varón doctísimo y preclaro, en quien cifró el mancebo cuanta fe y seguridad cupo entre amigos. El tal se hallaba, últimamente, en la corte, y Timbre de Gloria acudió en su busca, para hacerle partícipe de cuanto le acontecía y esparcirse con él en deliciosas confidencias.

Nunca tal hiciera. Grande atención prestó el licenciado al desbordante relato del doncel; y luego, con aire y tono de quien posee un secreto por nadie sospechado, dejóse decir estas palabras:

-Hermosa como el sol es tu prometida, amigo mío. Rica-hembra más celebrada no conozco; pero...

-¿Pero qué, maestro?

-¡Pero!... -volvió a decir el licenciado.

Y a que se explicase no fueron parte ni el ruego, ni las promesas, ni las lágrimas de su discípulo. Separóse de Reinaldo con el corazón emponzoñado. Ese *pero* que nada definía, que nada concretaba, tuvo para él, en la boca autorizada de su maestro y amigo, la sugestión terrible de lo desconocido.

¿Qué sería? ¿Qué no sería? ¿Un alerta, acaso? ¿Un pronóstico? ¿Cuántas y cuáles consecuencias tendría eso en su destino? ¡Imposible adivinarlo! Mas, fuese esto,

aquello o lo de más allá, no le cabía duda que era algo grave tal vez vergonzoso, que, en su inexperiencia de niño, no le era dado ni sospechar siquiera.

Sólo así se explicaba la obstinación de su maestro en aclarar el asunto; de otra suerte no concebía aquel *pero* en boca por la que hablaban la prudencia y la sabiduría.

Labrándole, corroyéndole la palabra cada vez más, llegó al castillo tan tembloroso y desencajado, que todos a unauviéronlo por próximo a expirar. Corrieron los escuderos, corrió el padre, corrió la madre, corrieron las hermanas; bajáronlo del corcel como un difunto y lo llevaron en vilo hasta su lecho. A la gritería y confusión, cobró alientos el mancebo; mas fue para arrojar-se desatentado y ponerse de hinojos a las plantas de su padre. En tal guisa sacó la tizona y, con voces doloridas y entrecortadas, dijo así:

-Padre y señor: tomad mi propio acero y quitadme la vida; no la merezco ni la quiero. No la merezco, porque tengo de faltar al honor; no la quiero, porque no hay bajo el cielo hombre más desgraciado que vuestro hijo.

-¡Loco!... ¡Mi hijo está loco! -prorrumpió el castellano, presa del espanto.

-No estoy loco, padre y señor -replica Timbre de Gloria, con acento seguro y reposado-. Hoy más que nunca estoy en mis cabales; pero ni vos ni nadie en el mundo será poderoso a que yo tome por mujer a Flor de Lis. ¡Por mis padres que me escuchan, por el Dios que está en los cielos, juro que sólo en pedazos me llevan al altar y que no tomaré por esposa a otra mujer! De antemano me declaro reo de muerte, y os pido, padre mío, cumpláis la sentencia. Tomad mi espada... No vaciléis un punto.

-Alzate, hijo mío; enváina el acero, que estás loco.

-Tratadme como a tal, si así lo creéis; pero mi juramento es irrevocable.

Dijo y salió.

Creyóse en el castillo que, sobre la locura del hijo, vendría la muerte del padre: tan espantosa fue la apoplejía que le acometió. Pero estaba de Dios que escapase de ésa. No por ello amainó Timbre de Gloria. Ni su madre ni nadie pudo arrancarle las razones que le asistían para tamaños desafueros.

Días después, llamólo el caballero a su presencia, y le ordenó: Trépa a la torre del homenaje y, con tu propia espada, bórra el lema y la heráldica de nuestro blasón.

Ardua fuera la empresa para otro. En el lado más visible del altanero torreón, sobre la serie paralela de saeteras, campaba, labrado en piedra de sillería, el enorme escudo. Su divisa en latín y en grandes caracteres podía leerse a muchísima distancia. Traducida al romance, rezaba, más o menos: *Primero la muerte que el deshonor.*

Apresuróse el mancebo a cumplir su cometido. Colgó de las almenas una escala a manera de trapezio; deslizóse por ella como un acróbata, sacó la espada y principió. Había para rato. Trabajó desde el alba hasta la noche. Nada le detuvo: ni la dureza de la piedra, ni lo disparatado del instrumento, ni la violencia de la posición. Pasaban días y días, y el doncel siempre colgado. Ni una palabra le dirigió su padre en tanto tiempo. Si creyó al principio que con el recurso de la borradura cedería el obstinado, ya lo dudaba. En su cólera, no sabía a qué castigo apelar.

Llegó un día en que de la gloriosa y complicada heráldica no quedó ni vestigio en el escudo. Fuése Timbre de Gloria a su padre y le dijo: Venid a ver si he cumplido vuestras órdenes.

Y fue el padre y vio.

Mandó al garzón se vistiera los arreos y las galas de caballero y tornase a su presencia; mandó a sus escuderos le trajesen las cadenas y los grillos más pesados que hubiera en los calabozos, la pellica más vieja que encontrasen en la cabaña de los pastores y las tijeras con que esquilaban las ovejas.

Doncel y escuderos tornaron a un tiempo; ellos, temblando de espanto; él, sereno e impasible.

Mándale el padre ponerse de rodillas y, en cuanto lo hace, córtale a tajos la cabellera de arcángel; júntala en manojo, y cual si fuera rayo de su cólera, lo lanza hasta el corral. Cógele por el cuello y lo levanta, tómale la espada, pártela en dos contra la rodilla y arroja los pedazos a un foso; despójalo de la espuela y las insignias, y, a dos manos, frenético, insano, le arranca, le desgarrá, le hace añicos recamos, sedas y holandas. En viéndole desnudo, le echa encima las repugnantes pieles; cíñele luego los hierros remachándoselos él mismo con su propia mano. Apártase unos pasos, no bien termina; brama de ira y, entre acecidos y temblores, le dispara estas palabras:

¡Maldito sea el día en que te engendré! ¡Malditas las entrañas que te concibieron!
¡Aparta de mi vista, hijo desnaturalizado! ¡Véte a acabar tu vida, enterrado a pan y agua, en el sótano más hondo del castillo! ¡Púdrase tu cuerpo, hierva de gusanos antes de morirte, abísmese tu alma en los infiernos y caiga sobre tí la maldición de tu padre!

Repitió el eco las palabras, obscurecióse el cielo, corrió el espanto en la comarca; y Timbre de Gloria, escoltado por sus propios escuderos, marchó a la condena.

Un pergamino, escrito por el Capellán del castillo y firmado por una cruz -que era todo el autógrafo del castellano- fue remitido al padre de Flor de Lis. Por tal documento se le hacía saber la locura del mancebo y el fracaso consiguiente de las bodas.

De allí a poco, dio el anciano en sacrílega demencia. No la mano, sino el pie, puso en el rostro del Capellán; acabó a golpes de hacha con cuanta imagen de santo había en el

castillo, suspendió de la horca la estatua de San Miguel, patrón glorioso de su raza; convirtió la capilla en perrera, y las venerandas reliquias de mártires, que de siglos atrás guardaba la familia como tesoro preciosísimo, fueron arrojadas al muladar.

Tras el furor, le sobrevino lamentable atonía; entróle frío en el tuétano, y murió, impenitente, blasfemo, espantoso.

La infortunada viuda quiso, al menos, desenterrar al maldecido. Bajó hasta la mazmorra y, a la luz de las antorchas con que dos pajes le alumbraban, vio al hijo de sus entrañas revolcado en su propia sangre, aplastada la cabeza como una masa informe.

No sobrevivió la infeliz a tanta desventura. Sus hijas e hijastras, unas quedaron locas, otras fatuas y tontas las restantes. Los siervos se alzaron a mayores; y sobre los inmensos dominios y riquezas de tan ilustre raza cernióse la rapiña.

Flor de Lis, entre tanto, se agostaba como azucena roída por el gusano. Viuda moralmente, muerta para el mundo y con el alma enferma, metióse religiosa en orden de estrecha regla.

Tan tétricos sucesos fueron asunto de una balada gemebunda, con que los dulces y errantes trovadores disipaban el tedio de los magnantes y hacían llorar a las castellanas, en las sombrías veladas del invierno.

II

Ni una vez, ni úna, se acusó a sí propio el licenciado de la tragedia del castillo. A raíz del *pero*, tembló por su cabeza, temiendo que el garzón le divulgase; con la muerte del castellano respiró. Para el corazón de ángel que le quiso con ternura y le colmó de favores; que llevó, sin venderle, sin maldecir de su nombre, la espina envenenada, no tuvo luego el victimario ni el perfume de un recuerdo.

Pasó el tiempo y hasta la misma balada se olvidó.

Viento favorable había elevado al licenciado Prez y honra le dieron sus talentos, su saber, los altos puestos que ocupó y los grandes personajes que frecuentaba. A mayor abundamiento, un su tío, arcediano opulentísimo, lo instituyó su único heredero. No obstante todo esto, y los cincuenta años en que frisaba, permanecía célibe.

Embebido hallábase una noche el insigne Reinaldo en la maraña de ruidosa litis, de que era parte, y, a tiempo que pasaba de *Las Pandectas* a *El Digesto* y de los fueros a las pragmáticas, oyó que Timbre de Gloria, con voz triste y suplicante, le dijo al oído: ¿Pero qué, maestro?

Soplo helado de ultratumba le recorrió las vértebras, le erizó los pelos, y lo dejó en la silla como petrificado. Allí quedara, si un trueno horrible que conmovió los cimientos

de la tierra, no lo botase del sillón y lo volviese a la vida. Tiróse en el lecho como un sonámbulo, y la conciencia, muda hasta entonces, le habló.

A la mañana siguiente se postraba, bañado en llanto, retorcido de dolor, ante un sacerdote. De todo le absolvió... menos del *pero*. Vuela al obispo, y tampoco: es delito reservado al Papa, al Papa únicamente. ¿Qué hace?

Sale y publica su falta por calles y por plazas; corre a sus arcas, vacia las talegas y reparte el oro entre los pobres; va a un escribano y cede lo demás a templos y hospitales. Nada se reserva. Viste luego el sayal de peregrino; coge un báculo y emprende, a pie descalzo, camino de Roma. Implora donde llega el mendrugo de pan; duerme en despoblado sobre asperezas y cantiles; golpéase el pecho con piedras puntiagudas. Demacrado, macilento, el cuerpo una sola llaga, toca a las puertas de la ciudad Eterna, treinta y tres meses después. Merced a los buenos oficios de unos monjes llega hasta su Santidad.

Oyóle el Vicario de Cristo y le dijo: Enorme es tu delito, hijo mío; enorme ha de ser tu penitencia. Mucho has expiado hasta ahora; pero ese mucho es a tu falta lo que una gota de agua al mar. Parte ahora mismo, y, siguiendo siempre hacia Oriente, peregrina hasta que mueras. Tomarás, por todo sustento, tres bocados cotidianos de pan negro y tres veces la porción de agua que te quepa en la cuenca de tu mano. Sólo dos horas dormirás, y estás al mediodía y siempre sobre piedras y a la intemperie, lo mismo en invierno que en verano. A donde quiera que llegues, solicita por los muertos del día, y véla tú solo al que la suerte te depare. Si no le hay, véla este esqueleto, que has de llevar siempre contigo, sobre la espalda, pegado a tus carnes bajo el sayal de lana. Te ceñirás tibias y peronés a la cintura, como un cilicio; cúbitos y radios, al cuello, como un cordel. Toma esta caldereta que contiene el agua inagotable del perdón, y esta rama inmarcesible de olivo. Llévalos siempre ocultos y da con ellos paz a cuantos muertos velares. Si cumples esto, hijo mío, hasta tu muerte, estarás en vía de salvación.

Ciñóse allí mismo el esqueleto, tomó la bacía y el hisopo... y a andar, a andar.

¿A dónde no fue? Recorrió mares y continentes, metrópolis sabias y populosas; discurrió por aldeas y cortijos, por comarcas ásperas y desiertas; probó el pan de todas las naciones, bebió el agua de todos los ríos y aspiró el aire de todos los climas; conoció los ritos fúnebres de todas las religiones; veló muertos de todas las razas y oyó lamentarlos en todas las lenguas.

Siempre hacia Oriente, hacia Oriente, llegó al caer de una tarde melancólica a la ciudad nativa.

¡Tlan! ¡Tlan! ¡Talán! Gemían las campanas, enloquecidas de dolor; seguían otras y luego otras, y los lamentos del bronce llenaban el ámbito, y el eco los repetía más tristes cada vez. Respirábase en la metrópoli ambiente de orfandad; discurría el gentío con aire de pesadumbre, y por entre el clamoreo de las campanas, oíase como un concierto de sollozos.

Avanzó el peregrino ciudad adentro. En todas partes, hombres y mujeres, niños y ancianos agotaban el mismo tema, en llorosos grupos. Por palabras y frases tomadas aquí y allá, vino en conocimiento del suceso: la madre *Esclava del Cordero* había muerto en olor de santidad y en uso perfecto de sus facultades, a la edad de ciento quince años. La ciudad toda pedía su canonización.

Por los andenes de una plaza, seguido de muchos sacerdotes, venía el Obispo. Arrodillóse el peregrino en los portales de un edificio, para recibir la bendición. El aire ascético y penitente del romero; su barba centenaria, que al estar él de hinojos barría por el suelo; los surcos que el llanto había labrado en sus mejillas; la extraña corcova que le formaba el esqueleto, llamaron sobremanera la atención de su Ilustrísima. Detúvose un instante; y el peregrino, con humildad y unción que conmovieron hondamente al prelado, besóle el anillo y le pidió permiso para velar la religiosa. Hízole seguir hasta palacio su Señoría, y de ahí a poco envió a las monjas orden terminante de dejar sola la muerta, de cerrar la iglesia inmediatamente, y de enviarle las llaves.

Con el último toque de ánimas entraba el peregrino en el antiguo templo. La presencia de Dios y el misterio de la muerte sentíanse en el augusto silencio del recinto. Luctuosos paños pendían de las bóvedas en oscilantes pabellones, velado estaba el altar como en cuaresma. Sobre él, sangriento y lastimoso, en cruz enorme de marfil, se destacaba un Cristo de Viernes Santo; como astro distante y solitario, alumbraba apenas la lámpara del Sacramento. En la amplia nave central alzábase, negro e imponente, el catafalco de la muerta; seis blandones reflejaban sus luces en las guarniciones y lágrimas de plata de las fúnebres colgaduras. Postróse boca abajo el peregrino y oró un corto espacio; se arrastró, luego, de rodillas hasta el centro, y dio sobre el féretro los treinta y tres asperjes de costumbre. A penas terminados, cae el sudario, y, alta, rígida, con majestad hierática, se alza la monja y dice:

Bien haces en hisoparme, peregrino. El agua santa de la misericordia cae sobre los muertos como rocío del cielo. Te esperaba. Por permisión divina, tengo de revelarte grandes cosas. Toma un escabel y siéntate; gira en torno la mirada y dime lo que veas.

Y su voz, argentina y dulcísima, se modulaba en inflexiones de suprema tristeza.

Obedeció, subyugado, el peregrino. Velo impenetrable cubrió la lámpara del tabernáculo; apagáronse a un golpe los blandones, tiniebla pavorosa, como de interior de tumba, envolvió el templo.

-¿Qué ves, hermano mío? -preguntó la religiosa.

Guardó silencio el peregrino, como absortado, y al cabo habló así:

-Hermana... Grandioso, incomparable espectáculo se ofrece a mis sentidos. Lumbre intensísima, para mí desconocida, inunda cuanto veo. Lejos de cegarme, mi visual alcanza y precisa a distancias incalculables. Oigo, y mi audición percibe la armonía de

concierto y distingue, a la vez, el más vago y leve rumorcillo. Todo lo entiendo y lo defino, por obra de intuición sobrehumana. En todo estoy a un mismo tiempo, cual si tuviera el dón de ubicuidad. Ni cordilleras ni nevados limitan el infinito horizonte. Si esto fuere espectáculo del mundo, el globo de la tierra ha debido abrir su planisferio, sin perder por ello sus innúmeras sinuosidades. Colocado estoy en el centro, sobre una eminencia, punto preciso de vista para abarcarlo todo.

-¿Y qué ves desde allí, peregrino?

-Veo magníficas basílicas de severa, desconocida arquitectura, que hunden en el cielo sus agujas; santuarios que brillan en las cumbres como bloques de nieve inmovible; dilatados monasterios que blanquean en mitad de las llanuras; villas que en torno de aquéllos se agrupan, cual si buscasen su sombra. Veo, en desiertas altiplanicies, lazaretos más extensos y hermosos que los palacios de los reyes. Veo infinidad de bajeles de mil formas, que surcan todos los mares, que anclan en todos los puertos, que llevan en sus velas y en sus mástiles la Cruz de Jesucristo ¡Ah!... ¡La divina enseña por todas partes! Osténtanla en sus coronas y en sus cetros monarcas poderosos que pasan ante mí en incontable procesión; osténtanla en sus tiaras la serie de pontífices que más allá contemplo; en sus mitras, es otra de prelados que diviso a lo lejos; en sus casullas, legión innumerable de sacerdotes.

-¿Y qué más?

-¡Siempre la Cruz, hermana mía; por cientos, a millares, como campo de mieses! En cada cruz, un cuerpo suspendido: son mujeres de ideal belleza. Aspero saco, erizado por dentro de sutiles puntas, encubre sus encantos y se clava en sus carnes; se distienden sus miembros, medio dislocados, crujen sus huesos; pies y manos se atrincan contra el leño por cordeles de esparto; corona semejante a la de Cristo ciñe sus cabezas; corre la sangre por sus frentes, de sus poros salta el sudor de la fatiga y del suplicio. No mueren: se atormentan. Como la santa de Pazzi quieren la vida para padecer; y cada una de aquellas mártires es descolgada por sus hermanas, antes de que la tortura la haya hecho sucumbir; otra la substituye, y a ésta la siguiente, por que no esté nunca desierta la Cruz del Redentor. Son *Las Crucificadas*. Limpias como la nieve al descender del cielo, se ofrecen en lento, perpetuo holocausto por los crímenes del mundo. Porque la víctima sea más preciosa; por sacrificar lo que más amaron las hijas de los hombres, sólo hermosura reciben en su seno.

Deténgome, ahora, ante otro cuadro no menos indecible. Son como aves blancas que vagan sin cesar. Se arremolinan en bandadas; se dispersan como pétalos de rosa que se deshojase en el aire; giran, febricitantes de amor, para posarse luego donde quiera que agonicen los mortales. Vuelan de los apestados a los leprosos, del lazareto al cobertizo del campo, donde perece el aislado. Caídas del cielo, surgen en los siniestros y catástrofes. A través del nublado de la metralla y el vapor de sangre de los combates, entre las nubes de polvo y los escombros del terremoto, sobre las aguas furiosas que inundan los pueblos, entre las llamas del incendio, en toda desgracia, en toda muerte,

flota y tremola, como enseña de paz, el velo cándido que las envuelve. Son *Las Cazadoras de Almas*. Se diezma, se aclara la bandada. No importa. Por soplar en el oído del moribundo el nombre de Jesús, perecen ciento; ciento, por que bese el labio contraído la imagen de Jesús, y por disputar una alma a Satanás, en su hora suprema de asalto, perecieran todas.

Me pasmo, ahora, ante un prodigio que no soñaron los genios de la tierra. Es un lienzo. El alma del pintor debió de subir al cielo y tornar aquí abajo para reproducirlo. Arriba, sobre iris y divinos resplandores, corona el Eterno a María por Reina del Empíreo; espíritus angélicos y bienaventurados se prosternan, la glorifican y la aclaman; la inmensidad de cabezas forma horizontes. Abajo, entre incendios de gloria, miro el Cordero; los coros de Vírgenes entonan en rededor el himno de la pureza...

¡Ah! ¡Otro cuadro, y otros, y millares! Todos del cielo. Pintando están centenares de artistas. Es escuela al par que oblación. Trabajaban de rodillas, por su Dios y para su Dios, poseídos de fiebre glorificadora. A cada pincelada alzan los ojos al cielo y se transfiguran: piden inspiración al Padre de la Belleza y le ofrecen a un tiempo sus trabajos. Son *Los Artistas sin mancha*.

Quedóse de pronto silencioso, como abismado en la contemplación.

-¿Por qué callas, peregrino?

-El gozo me roba el alma, hermana mía, y temo que mi vista se engañe. Estoy en Jerusalén. Sobre la cúpula de Omar se eleva, victoriosa, triunfante, perfilada en el cielo, abiertos los brazos, protegiendo al mundo, la Cruz de Jesucristo. Se eleva sobre los encumbrados minaretes pintados de arrebol, sobre las torres cuadradas y las cúbicas habitaciones, en los desiguales muros y en las puertas de la Ciudad Santa. Infinidad de templos católicos se yerguen en su recinto, yérguense en las escarpadas alturas del Moria, en el Valle de Sión, en la cima del Monte Olivete. Arquitectura y estatuaria cristinas, de arte prolijo y hondo simbolismo, cubre de mármoles preciosos las pendientes del Gólgota. Las campanas repican gloriosas en todos los templos; vibra el júbilo en las ondas del Siloé y del Cedrón, en las cumbres del Monte del Escándalo; regocíjense en sus sepulcros las cenizas de David y de Josafat. Muchedumbre de fieles se desborda en la que fue mezquita de Omar; resuena el órgano como intérprete de tanto corazón; por el dombo anchuroso suben las preces entre gasas de incienso. Sobre el altar de David, en custodia magna, donde cuajó el Oriente sus tesoros y el arte sus maravillas, está expuesta la Majestad de Dios. El púlpito de ébano y marfil, orgullo de Noradino, ocúpalo un prelado. Su rostro hermoso se contrae por la inspiración, flamean deslumbrantes sus pupilas, fuego divino arrebata su verbo en raudales de elocuencia. Celebra el santo de la fiesta, al Emperador de Oriente que rescató definitivamente y para siempre el sepulcro de Jesús, los lugares donde se vertió la Sangre Redentora y se instituyó la Eucaristía, al espanto del paganismo que extendió el nombre de Dios por todo el Asia, por las regiones enantes misteriosas de Nubia y Abisinia, por cuantas islas constelan el Océano... ¡Veo al santo, lo estoy viendo!... Es el mismo...

-Basta ya, peregrino. (Dijo la religiosa siempre en pie. Tornó aquél a las tinieblas y revivieron lámpara y blandones). Basta ya. Cuanto has contemplado es mínima parte del gran todo. Eso, que tanto te enajena, está sólo en la mente de Dios, que lo mismo abarca lo que ha sucedido que lo que debió suceder. Nada de esto ha pasado aquí en la tierra; bien lo comprendes. Hubiera pasado, peregrino; más una simple palabra bastó a impedirlo: fue tu *pero*. Yo soy aquella Flor de Lis, de otro tiempo; de mi unión con Timbre de Gloria hubiera resultado, por descendencia, la muchedumbre de héroes, de genios, de conquistadores y de santos; el cúmulo de grandes hechos, de instituciones, de obras inmortales y de glorias que acabas de contemplar. Esa lumbre para tí desconocida, fuera la glorificación de Dios acá en la tierra. El santo que has visto y oído celebrar, fuera mi nieto Timbre de Gloria I, Majestad cristiana de todo el Oriente. Mide ahora las consecuencias de tu falta. Quitaste una honra; echaste sobre un hombre inocente la maldición de su padre; extinguiste una raza; arrojaste dos almas al infierno; privaste a la tierra de infinitos bienes y al Cielo de infinitos santos; impediste la salvación de millones de almas, el reinado y la glorificación de Dios; te interpusiste entre El y sus criaturas. Esto hiciste, licenciado Reinaldo. Un siglo há, precisamente, que, en este mismo templo en que estamos, imploraste perdón por tu delito. Perdonado estás. Un siglo llevas de expiación: vas a terminarla en esta vida y a principiarla en la otra. El día supremo del juicio universal saldrá tu alma del fuego que purifica, para ser juzgada la última. También a la pecadora que te habla se le esperan tres siglos de esa llama. Pecó mucho: esposa de Cristo, necesitó noventa años para arrancar de su corazón el amor a un muerto, a un suicida. Mas el Dios de las clemencias concedióle ciento quince años de vida terrenal, para que llorase sus culpas, como te ha dado a tí ciento cincuenta. Encargada estoy en este instante de la justicia divina.

¡De rodillas, peregrino, que vas a comparecer ante el Supremo Juez!

Baja del féretro la monja, acércase a licenciado y con la débil diestra le arranca la lengua de raíz.

Al día siguiente, los alguaciles reales llevaban un reo a la vergüenza. Al acercarse a la picota de piedra, vieron encima una lengua humana que aún palpitaba. Van a quitarla y fuerza misteriosa los rechaza. Ni entonces ni después pudo nadie acercarse. Cernióse el espanto en esa piedra como sobre lugar de maldición; de él huyeron las aves y las brisas; en torno de esa lengua hízose el vacío, que ni el aire impuro quiso contaminarse. Ahí está: ni el agua la reblandece, ni la calcina el resistero, elemento alguno la destiñe. Ahí está, sangrienta, palpitante, indestructible como la calumnia.

Y vosotras, hijas sencillas de mis montañas, rezad por el alma del licenciado. En los grandes días de perdón, cuando se despuebla el purgatorio, allá se queda esa alma solitaria. Si vuestras preces no acortan el plazo irrevocable, amenguan, al menos, el fuego blanco de la purificación. En alta noche, cuando el viento se queje en las ventanas y gima en las techumbres; cuando los perros aúllen de tristeza, rezad por el *Anima sola*.

El Rifle

La mañana refulge gloriosa y las vitrinas de todos los almacenes están de gala, de alegría y paz en el señor. En esa víspera clásica se exhiben con ingenua elegancia, para tentación de chicuelos y de papás, cuantos juguetes, comestibles y ociosidades han creado las industrias nacionales y extranjeras. Gentes de toda clase y condición atisban aquí, husmean allá, trasiegan por dondequiera, en busca de los regalos que, en aquella noche de venturanzas, ha de traer el Niño Dios a la rapacería de la familia. Demandaderas y sirvientes van y vienen, cargados de cajas y envoltorios; los obsequios se cruzan, los presentes se cambian, mientras la horda mendicante implora e implora en ese momento cristiano en que los corazones se ablandan.

Un caballero, de aire noble y ya maduro, observa desde una esquina del Capitolio aquel agitarse vertiginoso de la colmena. Su aire revela hondos pesares. ¿Cómo no? Es un señor sin hijos, separado de su mujer y forastero en la capital. La soledad y el hielo de su vida le acosan en este día en que se rinde culto a la familia, se prende el lar de los afectos y se piensan en los ausentes y en los muertos queridos.

La felicidad que nota en tanta cara extraña le hace más acerba su desgracia.

-¿*Embolo mesio*? -le dice un granujilla hasta de once años, con voz arrulladora de súplica. El hombre hace una señal de asentimiento, pone un pie sobre la caja y el menestralillo empieza.

Está astroso, desharrapado, roto; pero sus manitas y sus pies son escultóricos, sus uñas encañonadas y pulidas. En medio de aquel desaseo se adivina en esas extremidades el proceso de una estirpe aristocrática. En torno del raído casquete se alborotan unos bucles castaños que enmarcan una carita de tono ardiente, con facciones de ángel. Hay en sus movimientos, manipuleo y ademanes, esa gracia indecible de los niños cuando ejecutan con esmero algún trabajo.

El hombre lo estudia.

-¿Cómo te llamas?

-¿Yo, patroncito? Me llamo Tista Arana.

Y muestra unos dientes de rata, y pone en el señor unos ojos rasgados, claros y luminosos como la mañana.

-¿Tienes padres?

-No tengo más que mi madrina. Mi madrecita se murió cuando tenía seis años. ¡Era muy linda! Y mi taita me llevó donde mi madrina. Como vivía en la casa de junto... El taba casao con ella.

-¿Y murió también tu padre?

-Se cayó de un andamio, aquí en el Capitolio, y se le salieron los sesos.

-¿Y tu madrina te quiere mucho?

-Ni sé qué le diga a su mercé.

-¿Te pega?

-Me curte muy duro cuando no le junto hartos pesos y cuando toma chicha, y también cuando se me rasga la ropa. Ayer me jartó a totes. Es muy fregada.

-¿Y cuánto ganas al día?

-¿Yo, patroncito? Pues unas veces apenas pa pagale la comida, que son doce pesos, y otras, cuando más, algunos veinticinco. Los grandes sí consiguen mucho.

Pasa a éstas un fámulo con unos paquetes, y, al caérsele uno, salta al andén un riflecito sumamente cuco.

-¡Cómo gozarán los hijos de los ricos! -exclama Tista medio transportado-. ¡Vea ese rifle patroncito!

-¿Quisieras uno así?

-¿Y qué me gano con querer?

-Pues, ¡quién sabe!

El señor le paga veinte pesos por el lustre y lo lleva a un almacén para que escoja un rifle o lo que quiera.

El rapaz no puede creer aquel sueño, no puede comprender acto tan raro. Pensara que el patroncito se burla, a no ser por la paga tan enorme que ha recibido. Entra tembloroso, la cabeza baja, cambiando de colores. No puede oír, no puede hablar. Pero uno de los dependientes, que sabe su oficio, viene en su ayuda. Que escogiera el chico zoquete lo que a bien tuviese ya que la fortuna le sorprendía. Le alcanza tambores, espadas, cornetas, carros, animales. *Un rifle*, articula al cabo el chicuelo. Le sacan varios, y elige uno de salón y aire comprimido. ¡Qué maravilla! La lata parece acero, la caja es un primor y mide casi una vara. "No es tan zoquete", dice una compradora. ¡Qué zoquete es un experto! En su turbación desarticula el arma, y, con sus trémulas

manitas, hace jugar el mecanismo. Le dan un dardo amarillo, lo pone con precisión y hace puntería con mucha monada a un elefante. A ser blanco le acertara el Guillermito Tell en la propia trompa. "¡Qué chirriado!", exclaman. Explica, entonces, cómo ha visto el tiro en el salón del Bosque y cómo los niños de un míster le han prestado sus rifles cuando ha ido a Chapinero a lustrarles el calzado.

Una docena de flechas acompaña el rifle. Le envuelven todo aquello y lo recibe en un desvanecimiento de ensueño. Dos granujas del oficio y varios mendiguillos le rodean. ¡Qué envidia la de aquellas criaturas! ¡Qué bocas las que abren! ¡Cómo se les transfigura el colega y cómo miran al caballero extraordinario! El caballero paga y sale apresurado. Ya no tiene cara triste: tres pesos de dicha verdadera, bien pueden aliviar un millón de pesadumbres. Pero va pensando, a la vez, que la vida tiene muchos dolores absurdos.

Tista le alcanza, con los ojos humedecidos.

-¡Dígame su mercé ónde vive p'ir a embolarle de balde todos los días y hacerle los mandaos!

-¡Gracias, Tista Arana! Ya no podrás servirme mucho: pasado mañana me voy.

-¿A dónde, patroncito?

-A Cúcuta, donde estoy a tus órdenes.

-¡A Cúcuta!... (Y una ráfaga negra pasa por aquel cielo).

-¿Y cómo se llama su mercé?

-El señor Equis. Para servirte.

Y el señor Equis se embebe entre la turbamulta de la calle.

Los granujas siguen a Tista, lo cercan, se lo disputan, lo adulan. Aquel rifle caído del cielo le ha conquistado en un instante alta posición y gran renombre. Sino que aquel corazón de niño, que no ha sentido el hálito de otro corazón hidalgo; que al abrirse a la vida del afecto, no ha conocido un sér que le proteja, que por su sér se interese, que le arroje un mendrugo de cariño, siente ahora, con esa intuición de la niñez desamparada, haber entrevisto la felicidad para perderla al punto. Esto, que el inocente paria no puede comprender, le amarga la posesión repentina de su tesoro.

-¿Dónde será Cúcuta, ala? -dice al más prócer de sus flamantes tagarotes.

-Eso es muy lejos: ¡por allá en los Llanos!

-¿No es cierto, ala, que el señor Equis no me dio limosna como a un chino sucio, sino que me dio un regalo como a un niño suyo? Es un señor muy bueno.

-Sí: eso fue un regalo que vale mucha plata. ¿No viste, pues que pagó tres billetes de cien pesos? Vendélo pa que comprés ropa.

-¡No, ala! Yo quiero más mi rifle que muchos fluxes. Yo mantenía mucha gana de rifle y me lo dio él.

Yo consigo esta noche el blanco y mañana me voy a tirar al Chorro de Padilla. Yo compro más flechas cuando se me acaben. Yo se apuntar mucho.

Tiró calle arriba, hacia su casa, no tanto por buscar el almuerzo, cuanto por guardar el regalo y contarle a su madrina la estupenda historia. Vivian por Las Aguas, en esa barriada que se extiende falda arriba, entre eucaliptus y cerezos, como banda dispersa de perdices. José Luis, el geógrafo consejero, le sigue hasta allá, por ver si estrenan el arma envidiada.

La niña Belén, madrina del héroe, está a la puerta, medio tomada por la chicha. Oye el relato, admira el rifle ve cómo se maneja; pero no encuentra el acontecimiento verosímil. Si era hurto de los dos facinerosos, que se confesaran con Cristo. Ni el llanto del uno, ni las protestas del otro, ni la entrega de los dineros ganados, la sacan de su sospecha. Tanto moteja a José Luis de instigador y urdemales que el pobre no tiene más remedio que marcharse a la estampía.

-¡Guardá eso horita mismo! -le vocea al triste moco-suelo-. Y yo averiguaré hoy mismo diónde lo sacastes. ¡Y ya sabés!: si vienen aquí los policías a poner pereque, te doy una muenda que te habés de acordar de yo toda tu puerca vida! Andá a almorzar y salí ligero pal trabajo, que hoy es día bueno y mañana necesito pa las Pascuas.

¡Caramba con su madrina! Mientras más trabada la lengua, más violenta para echarle a él unas de machete y otras de cañafístula. ¿Por qué sería así su madrina? El cuitado, entre si rabio o lloro, guarda rifle y flechas bajo la estera del camastro calandrajiento donde dormía, por allá en el rincón más oscuro del tugurio. Toma en volandas el pedazo de pan negro, las dos papas y el plato de cuchuco, ya con nata arrugada por el frío, y... otra vez en busca de la vida.

II

La niña Belén cierra las puertas de su alcázar, se tira sobre el jergón y descabeza un sueñecito de dos horas. Despiértase tan bien, que hasta se siente hermosa y más apta que nunca para la pelea.

No es ni vieja: apenas frisa en las tres docenas; y a no ser por los efectos de la chicha, que ya principian a manifestarse en ese cuerpo gentil, aún quebrara corazones la viuda del maestro Arana.

Por lo mismo que su matrinomio no fue, propiamente, el paraíso de las dichas, ni ella el espejo de las casadas, aspira a segundas nupcias; que un clavo saca otro clavo, y al ladrón arrepentido hay que dejarlo entrar para que muestre su enmienda.

Es su designado para tan alto puesto nada menos que el maestro Ricardo Albarracín, viudo con dos hijos, zapatero de viejo, que tiene por allí cerca un simulacro de taller. Y como el amor fue siempre la gran fuente de inspiraciones, cágame que a la niña Belencito le viene, en tal momento, una idea, una idea redentora. Dicho y hecho.

Hace arqueo, saca plata y sale; se entra en un tenducho; merca por treinta pesos un mamarracho de muñeca, manufacturada en el país y hasta una libra de confites ordinarios. Torna a su casa, se emperejila, se pone cintajos en la cabeza, se echa encima los mejores trapos. Saca las flechas y el rifle; trata de doblarlo y no puede. Se lo amarra entonces en la cintura con la caja hacia arriba y cubre el cañoncito con el delantal. Toma lo otro, cubre todo con el pañolón, cierra y... caminito de mi dicha.

Ni el más leve escrúpulo la escuece. ¿Por qué? ¿Qué iba a hacer ese chino feróstico con el tal escopetín? Holgazanear, molestar, poner pereque o matar a algún cristiano. Sí. Era muy capaz de eso y de mucho más si a mano le venía. Si era tan perverso como la infame que lo había echado al mundo; un culebrón, una tatacoa. ¡El zarcucio éste la tenía jubilada. No había salido de él porque... porque siempre la ayudaba! ¡Valiera la verdad!

Era la niña Belén una de tántas infelices que llevan en su sangre la tuberculosis del vicio. Nacida y criada entre el foco fue un milagro el que hubiese conservado sus pulmones hasta su matrimonio. Pero este santo estado, que a tántos salva, la perdió a ella de un modo galopante. No pudo, por más que lo pidiese a cuanto Cristo hubo, juntar a la de esposa la corona de madre, ni supo guardar aquélla cual debiera. El tal Arana le resultó, desde el principio, muy partidario de la poligamia; y ella tuvo por lógico y equitativo acogerse a la ley mosaica de ojo por ojo y diente por diente.

Las mutuas hazañas de aquel matrimonio endiablado se resolvían en una epopeya palpitante de pescozones a la aurora y escandaleras al ocaso. El cónyuge le prendió, junto al suyo, otro lar, con mucha leña y mucha llamarada. En él se recogía, porque lloviera o porque hiciese sol; en él cifró sus delicias; en él se consiguió lo que no pudo en la incubadora bendecida: un polluelo, como un sol. Pero lo bueno nunca dura. Murió el ave de arrullo melodioso y el nido se deshizo. ¿Qué iba a hacer el pobre pajarraco? Traerle el pichón a la gorriona abandonada para que lo abrigase bajo el plumaje helado de una maternidad postiza.

Sentíase la mísera en la picota del ridículo. Así y todo bregó por querer de algún modo aquel inocente; que no hay mujer que no sea madre en cualquier forma. Mas no pudo mover aquel cariño. En ese corazón leproso no había una fibra siquiera donde

pudiesen brotar tan santas caridades. Por fortuna que el padre velaba por su chico y le asistía cuanto un hombre pueda hacerlo. Tanto le quiso que cualquier día le reconoció por escritura pública. Esto envenenaba más, si era posible, a la esposa infecunda. Preparándose estaba para abandonar por siempre aquel techo que le era insoportable, cuando le llevaron muerto y destrozado al esposo aborrecido. Y era tal el tósigo que acendrabá aquella entraña, que la viuda sólo vio en aquella tragedia el castigo del culpable y su propia liberación.

A más no poder retuvo en el suyo al huerfanillo: amigos y allegados, lograron que entendiese que si le abandonaba en manos extrañas, ponía en riesgo la mitad de dos barracas y de un lote, que le pertenecían legalmente, como herencia de su marido. Ni escuela ni enseñanza de ninguna especie para aquella criatura que parecía sobrar en la tierra. Su dulzura y docilidad las tomaba la madrastra a hipocresía y falsedad, viendo en él trasunto fidelísimo de su madre. Pronto lo mandó a mendigar y, como era tan lindo y tan simpático, como imploraba con una vocecita deliciosa, siempre llevaba algo a la casa. El mismo, sin que a Belén se le ocurriese tal oficio, se fue entablado en el de limpiabotas, y figuraba en el gremio como el más chiquitín y andrajoso. De ahí adelante lo fue explotando, a más y mejor, la desgraciada mujerzuela.

Henchida de esperanzas se encamina, un tanto envarada por el rifle, al taller de su adorado tormento. Hállalo solo y muy apurado, porque tiene compromisos para el día siguiente, y el oficialillo aprendiz ya se ha declarado en vacaciones. Harto se le alcanzan al remendón las pretensiones de la viuda, de quien tiene las peores referencias. Así es que se pone en guardia acogiendo a la sirena con alguna displicencia. Pero ella no amaina por tan poco. Todavía en pie, le dice muy seductora:

-Hoy no vengo a hacerle ningún encargo, Ricardito. Es que tenemos, esta noche, una parrandita, donde mi comadre Isaura Primisiero; y, como yo soy una de las alferas, vengo a convidarlo. ¿No es cierto que no me desaira?

-Mucho le agradezco (sin levantar los ojos del trabajo). Y, desde que pueda, iré con mucho gusto; pero creo que no acabo hasta muy tarde.

-Asómese, aunque sea un momento. Hay novena y van unos piscos que tocan primoroso y una muchacha calentana que canta muy bien. ¡Vaya que no le pesa! ¡Allá verá los bambucos que vamos a echar!

-Haré lo posible; pero no quedo comprometido.

-¡Vaya! No le hace que sea tarde. Venía, también, a trele los aguinaldos pa sus dos chinitos. Como soy tan reservada pa todas, pa todas mis cosas, los treigo muy escondidos. ¡Vea cómo vengo! (Alza él los ojos; ella pone en la mesa flechas, muñeca y confites y se zafa el rifle). Resulta que, como tengo tántas amigas que tienen chinos, no alcanzo pa todos. Esto no es más que pa los preferidos. Este riflecito, con la cajita de flechas, pa Estebitan; la mona pa Carmencita; y estos confites pa que se los reparta a juntos.

-¡Pero, Belén!... ¿Cómo se puso en ésas? -exclama el padre, deponiendo un tantico sus esquiveces.

-¡Eso no vale nada, Ricardito! Y pa eso semos las amigas: pa complacer a los amigos en lo que podamos. Y vea: yo qu'estos que estos regalitos se los dé usted, como cosa suya. La gente es tan fregada que, si comprende qu'es es regalo mío ¡quién sabe lo que dirán!

Belén se sienta; Ricardo desenvuelve el rifle.

-¡Ah, caray! ¡Este es un regalo de rico! Esto le debió costar muchísimo... Con la mona y los dulces era suficiente.

-Yo quiero regalarle a Estebitan algo que le llame la atención: como está tan grande y tan entendido y tan chirriao... A la niña, como toavía está tan patojita, ai le compré ese embustico. Es hasta pecao dale juguetes buenos a los chiquitos, pa que los rompan al momento.

Ricardo examina el arma, presa de encontradas cavilaciones. Calcula su precio y los recursos de la regaladora y aquello no lo compagina. La viuda se va ofuscando.

-Vea, niña Belén, -murmura luego-. Con mucha pena le digo que no es decente que yo le acepte este regalo. Usted quiere que pase como mío y yo soy un hombre muy pobre. Debo dos meses del arriendo del rancho; y el dueño, que vive en la casa de junto, me ha amenazado con quitarme los muebles, si no le pago al fin del mes. Si él ve este rifle a mi muchachito, me pega la insultada del siglo. Con que mejor sería que le hiciera el regalo a otro amigo más pudiente.

-¡Imposible, Ricardito! ¡Eso sería un desaire horrible! Hagamos una cosa...

Suspende, se queda lela, la cara se le desfigura. A estar en pie, se fuera al suelo redonda. En la puerta ha surgido, como brotado de la tierra, Tista en persona. Trae sobre la caja de su oficio un disco de cartón. Los tres guardan espectante silencio. Al fin lo rompe el rapazuelo.

-Madrina: aquí le treigo lo que junté. Me vine desde ahora, porque no hay a quién embolale: to los cachacos y los guaches de botines tan ya emparrandaos. Ya los policías saben que el rifle no es robao. Yo y José Luis les contamos todo y llevamos testigos. El señor que me lo regaló no se llama nada el señor Equis es un dotor de leyes que se llama Javier Villablanca. Vive en el *Hotel Astor*. Fuimos ond'él, y él le dijo, también, al policía; y...

-¿Es éste el rifle?

-Por supuesto, mestro Ricardo. Y ¿pa qué lo trajo, madrina?

Belén salta del asiento y se dispara a la calle. El zapatero, descompuesto y tembloroso, agarra el resto del regalo y se lanza tras ella.

-¡Vea, misiá Belén!, le grita ronco. Llévese su mona y sus confites, no sea que resulten con dueños.

Oye ¿cómo no oír? Pero no vuelve el rostro. Va volando, sonámbula, enchichada con un brebaje enloquecedor, que nunca ha probado.

El remendón no acaba de enterarse, por que Tista, por instinto de hidalguía y por temor de su madrastra, trata de tergiversarle los hechos. Ricardo lo despacha, enhoramala, con todos los presentes.

¡Oh, su madrina! ¡Quería regalarle su rifle al chino Esteban! ¿Por qué sería así su madrina? Su corazoncito se le va apretando. Siente angustia, susto, piensa unas cosas vagas que le causan miedo y que le dan tristeza. Ya no piensa en ir, después de la comida, a estrenar el arma. Ya no se ufana de llevarla, ni de ser su dueño exclusivo. No se le ocurre tampoco, probar de los confites.

Prosigue indeciso. ¿Subiría o no a la casa, desde ahora? Tiene que subir, irremediamente, para entregarle a su madrina la plata y la encomienda. ¿A qué se exponía, si no? Avanza, pero se detiene en cualquier parte, ensimismado y caviloso. Encuentra conocidos y no les ve; le hablan y no les oye; le rodean, y se retira. "¡Chino gediondo! ¡Chino creído!" -le grita un émulo-. "¡No cabe en el pellejo por ese rifle!" -le grita otro-. "¡Te lo robaste, ladrón! ¡Sos un ladrón!". Nada contesta. Sigue despacio, y por ahí se sienta en un pretil.

¡Ay! ¡Si él se fuera para Los Llanos, con el doctor Villablanca! Le lustraría el calzado, le limpiaría la ropa, le ensillaría el caballo, le pondría las polainas y el espolín; le haría todo, sin que le pagase un peso. Y no le hacía que el doctor le curtiese. De él no le dolerían ni regaños ni totes. Era un patrón tan bueno, tan bizarro con los pobrecitos. ¡Ay, Los Llanos!

Pasan niñeras e institutrices, con sus chiquitines que vuelven de meriendas del *Chorro de Padilla*. Pasan carruajes que van de francachela hacia *La Cuna de Venus*; pasan las murgas de artesanos punteando sus liras, rasgando sus tiples; pasa gente regocijada y bulliciosa; y Tista, en el pretil, apoyado en el rifle. ¿Por qué se estaría acordando, ahora de su madrecita? ¡Era tan linda! ¡Le daba tántas cosas!

Una nube se desgrana pletórica y Tista corre. Cuando se acerca a la barraca, asoma la madrina, le llama por señas y se entra. No bien el chico traspasa aquel umbral, la puerta gira rauda; Belén tuerce la llave y la tormenta estalla. "¡Este arrastrao! ¡Este bandido!". Le arrebató frenéticamente el rifle y, contra un banco, contra una piedra, con los pies, con las rodillas, con los dientes, lo abolla, lo tuerce, lo quiebra, logra partirlo. Sale al patinejo, contra el vallado termina la obra y lanza, falda abajo, pedazo por pedazo. Vuela adentro, hace añicos la muñeca, avienta los confites, salta, pisotea, pulveriza, epiléptica, posesa.

Tista, hasta entonces paralizado, da un alarido de dolor y espanto. Se queda seco y articula luego:

-¡Me lo quebró, me lo botó, porque el maestro Ricardo no la quiere!

-¡Callá, desgraciao... o te mato!

Le ase de la greña, le arrastra, le da contra el suelo.

- ¡Máteme, madrina! -grita enloquecido-. Máteme, pero es por eso! ¡No la quiere! ¡No la quiere!

Lo pisa, lo golpea. No lo aplasta de una vez, porque ella misma da consigo en tierra, presa de espantosas convulsiones. Tista brinca, como una rana, y se mete debajo de una mesa. Echa sangre por boca y por narices.

Belén sigue en el suelo revolcándose. De pronto da un corcovo y queda rígida. El niño aceza, acurrucado en su escondite. El agua cae a torrentes y la noche se inicia.

La hembra se sacude al rato. Da un corcovo y se encabrita. Lloro y suspira, gime y solloza. Mucho ha sufrido en esta perra vida; pero esta afrenta indecente ¡ni en su infierno! Se muere. Mas, ¡qué morir, ni qué demonios!: ¡Chicha!, ¡mucho chicha! ¡Aguardiente!, ¡harto aguardiente! ¡Y reñir y acabar, con esa tolimense tiznada!

Se alza, se estriega, se yergue.

-¡A ver la plata, maldito! -vocifera trágica.

Tista busca entre sus desgarrones y le entrega lo que encuentra. Trastea ella por un baúl y saca un puñalejo, recuerdo de un su amigo. Sale en seguida, y deja bajo llave al infeliz.

Apenas solo, desata los raudales de su llanto. Tiembla, tiritita, los golpes le duelen, le duelen mucho. Tan pronto le viene un frío que le llega hasta los huesos: tan pronto un calor que le sofoca. Siente sed, siente que su carita se crece en dolorosa tirantez, que sus ojos se van tapando. Se tira en su esterilla. No sabe si duerme, o si vela o si sueña. Le parece que oye horas, que oye cohetes y músicas lejanas. Al fin oye claro y distinto las campanas. Repican muy recio.

Los ángeles entonan el *Gloria in excelsis Deo* y el niño se arrodilla e impreca: "¡Madrecita querida! ¡Llévame p'onde vos! ¡Ya no quiero ir a Los Llanos! ¡Llévame madrecita!".

Bibliografía

Obras de Tomás Carrasquilla

Obras completas (2 vol.), Editorial Bedout, Medellín, 1964. Apartes de los cuentos, novelas y la obra periodística, incluye los ensayos, polémicas y la correspondencia de Carrasquilla.

Sobre Tomás Carrasquilla.

Kurt Levy, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*, Medellín, 1958; Helena Iriarte, *La novela del realismo*, en Gran Enciclopedia de Colombia (tomo 4), Círculo de Lectores, Bogotá, 1992; Jaime Mejía Duque, *Tomás Carrasquilla*, Procultura, Bogotá, 1990; Vicente Pérez Silva, *Tomás Carrasquilla, autobiográfico y polémico*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1991.